

863.69 R887J

UNIV. OF ARIZONA

Roxlo, Carlos/José Robles : romance

mn
crii



3 9001 03978 7729



CARLOS ROXLO

JOSÉ ROBLES

(ROMANCE CRIOLLO)

JOSÉ ROBLES

CARLOS ROXLO

JOSÉ ROBLES

(Romance criollo)



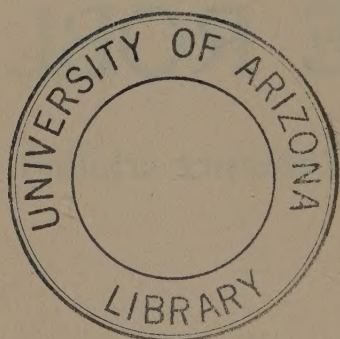
MONTEVIDEO

LIBRERÍA NACIONAL A. BARREIRO Y RAMOS

Barreiro & Cía., Sucesores

Calle 25 de Mayo esquina Juan C. Gómez

1916



863.69
R887j

DEDICATORIA

63/64-P

DEDICATORIA

*Al espíritu de mi madre
y al señor Enrique de Vedia.*

Mi querido Enrique:

*Permítame que escriba, en esta página, el nombre
de mi madre y el nombre de usted.*

Ella es mi musa y usted mi consejero.

*El ritmo de las alas de la invisible me dictó los
acordes de mis estrofas. Copié mal; por eso mis estro-
fas carecen de música.*

*La crítica acertada de usted impidió que este libro
fuese un atentado contra la belleza. El discípulo, que
era muy torpe, no supo aprovechar las lecciones de
usted. Por eso el libro, si resulta mediano, no alcanza
á bueno.*

*No hablemos de mi madre. Hablemos de usted. A
ella no necesito pedirle clemencia.*

*Usted es novelista, poeta, profesor, escribe en dia-
rios, publica textos, habla elocuentemente, tiene mu-*

chas mentanzas en el cerebro y muchos resplandores en el corazón.

Mi ofrenda es, por lo tanto, un atrevimiento; pero usted es mi amigo.

El amor de mi madre, y la amistad de usted, me aseguran dos lectores afectuosos: uno en el cielo y otro en la tierra.

Por eso quise que el nombre del mentor brillase al lado del nombre de la musa.

Me consta, además, que usted no encuentra inútil ni antiestético, — lo prueban sus libros, — que se mencione al ombú, al churrinche, á la guitarra, al rancho, á lo que es criollo, á lo que á mí me parece lo más artístico y lo mejor del mundo. ¡Engrandecerse; pero con el terruño y para gloria de la bandera donde relumbra el sol!

Al decir artístico quiero decir instrumento de arte, fuente de inspiración, motivo de emociones. Por eso me atreví á la osadía de esta dedicatoria.

Perdóneme, acepte el testimonio de mi admiración y crea en lo sincero de mi cariño.

CARLOS ROXLO.

Agosto, 1916.

COMO DE COSTUMBRE

COMO DE COSTUMBRE

Buenos Aires, Septiembre de 1916.

Señores Barreiro y Compañía.

Montevideo.

Mis señores y amigos:

El señor don Antonio Barreiro y Ramos, predecesor de ustedes; el señor don Antonio Barreiro y Ramos, á quien yo quiero mucho y por varias razones; el señor don Antonio Barreiro y Ramos, que honró su origen con las firmezas de su labor y que honró su apellido con las firmezas de su honradez; el señor don Antonio Barreiro y Ramos, venido de una patria que debe ser muy noble, pues engendró á mis padres, que fueron miel fina, y puso un corazón de caballero antiguo, de hidalgo de prosapia, en el pecho de don Antonio; el señor don Antonio Barreiro y Ramos, que editó mis libros, no por afán de lucro, pues nada producen, y sí

porque inspirele cierto cariño, cierta afectuosa benevolencia, me ligó fuertemente, pues nada liga tanto como la gratitud, á la casa donde ustedes prosiguen la obra de probidad de don Antonio Barreiro y Ramos.

Esa ligadura no ha sido un buen negocio, comercialmente considerada. Si ustedes lo dudasen, pregúntenlo á Antoñito, otro afecto que tuve la dicha de ganarme, como se saca un premio de la lotería. El premio era una suma de consideración. Y conste que al usar el diminutivo con persona que me merece muy alto respeto, por su ardor en las luchas del trabajo noble y por la claridad de su inteligencia, obedezco á la tiranía de la costumbre, pues todos llamamos invariablemente con ese cariñoso diminutivo á mi señor don Antonio R. Barreiro.

Éste les dirá, con la sonrisa que ustedes conocen, que si mis libros se venden poco, la culpa es de mis libros, que carecen de miga y carecen de ornato; pero agregándoles, siempre sonriendo, que poquito á poquito se saldrá del clavo y que la casa, la casa de ustedes, tuvo por ley tratarme con paciencia y consideración. ¿Merecida? Lo dudo; pero es así. — Más vale caer en gracia que ser gracioso, — dice un refrán de tierras de Castilla.

Ya ven ustedes que no puedo curarme del terrible defecto de la sinceridad. No hablo bien de mis libros; pero hablo bien de mis editores. Es que debemos decir siempre lo que pensamos. Es que mis libros, los libros que escribí con delectación, yo sé perfectamente lo que valen. Puse mi almita en ellos, mi almita de chingolo cantor y montaraz; pero, seamos justos, un chingolo, aunque adore con pasión á la luz y tenga la dulce manía del canto, será siempre un chingolo. Siendo esto así, ¿cómo desconocer todo lo que hicieron, á fin de que el chingolo pasase por ruiñeñor, los que le hospedaron en jaula de plata, poniéndole luego en un balcón florido, en un balcón que alzaba sus macetas sobre una de las calles más concurridas de la capital?

Los enamorados y los soñadores, es decir, los transeuntes que más fácilmente se apasionan de las simplicidades de un cantar montés, vieron la jaula sin ver al chingolo, oculto por lo verde de las macetas, y monologaron: — La verdad es que, cuando me siento triste, me gusta oír al pájaro que canta en lo de Ba-rreiro.

De donde se deduce, sin sombra de duda, que el chingolo les debe lo poco que vale al balcón y á la

jaula, á la librería y al impresor. Metido en su monte, ó sea en su cuarto, ¿qué hubiera hecho con sus cantares? Es de creer que se hubiese vuelto mudo ó envidioso, aunque el chingolo de que se trata me parece que hubiera preferido la fosa del silencio al cubíl de la envidia. Tal vez me equivoque. Tal vez el chingolo, creyéndose bueno, es un chingolo malo. Por eso mismo, en virtud de esa duda, el chingolo les debe agradecimiento á los que le hospedaron en una jaula puesta en un balcón. Otros cantaban mejor que el chingolo; pero éste tuvo la suerte de encariñar á don Antonio Barreiro y Ramos.

Como yo soy pobre, lo que no es un crimen, no puedo editar. No editar es decirle adiós á un ensueño, y me quedan muy pocos. Yo tengo mis flaquezas. Canto para mí y canto para el público. Ya sabrán el por qué. Se lo diré muy pronto y en esta misma carta. Lo que quiero decirles, por el momento, es que agradezco á ustedes, aunque valga muy poco mi gratitud, el que sigan aceptando mis humildes libros, porque les aseguro que me dolería que mi nombre se desvinculara del nombre de la " Librería Nacional ".

Dejen piadosamente mi jaula donde está. Eso costará á ustedes algún sacrificio. Puede que también les

proporcione alguna satisfacción. Escuchen ustedes, reflexionando que aquello que les voy á decir no se le dice nunca á un editor vulgar. ¿Saben por qué me agrada escribir para el público? Porque enemigo del arte por el arte, soy partidario del arte por la idea. La literatura es un corazón que sangra y que se da, siendo imbécil é innoble gastar los ricos zumos de cerebro en pulir lentejuelas para pegarlas al traje de las musas. Yo no quiero que tomen á mi amada, á mi amada inmortal, por una bailarina. Mi musa es un espíritu. Mi musa piensa, mi musa llora, mi musa está apasionada de su país. ¡Mi musa vuela hacia lo que viene!

El arte tiene una misión social. El arte, sin una misión de índole colectiva, valdría menos que el oficio de lustrabotas. Si el arte vale más, como yo presumo, es porque lustra almas. El arte es idea, libertad, progreso, civilización y, sobre todo, misericordia. La joven que sueña, la madre que sufre, el hombre que aspira, el anciano que vive con sus recuerdos, todas y todos, deben hallar un amigo, un confidente, un guía, dos alas en el arte. Dos alas, sí: el ala del bien y el ala de la hermosura. Con una sola no se puede volar. ¡Todos los pájaros tienen dos alas!

Publicar mis libros no será un negocio; pero, el que

los publique, contribuye á extender el sentimiento de la piedad y á que se robustezca el culto del país. Esa es la única satisfacción que puedo proporcionar á ustedes. Como los conozco, como han crecido ustedes en la casa que edita mis libros, sé y me consta que esa satisfacción vale á sus ojos más que el dinero. Ustedes no comercian con lo que yo produzco, ni yo produzco para que mis libros me den ganancia. Es por eso que mi nombre, mi humildísimo nombre, no está de sobra, y está en su sitio, en las vidrieras y en los catálogos de la " Librería Nacional ".

El arte es honradez. El artificio es insinceridad. El arte es una gran esperanza y un gran consuelo. El artificio es una vaciedad, que presume de hermosa, porque no sabe que no hay hermosura sin belleza interior. Yo espero que este libro hará sentir. Yo espero que este libro hará soñar. Yo espero que este libro afirmará de nuevo mi amor al pago y mi fe en sus destinos, pues con zumos de sus jazmines aromé estas hojas y con cimbros de sus trigales dí música á estas rimas. Yo tengo un ensueño: azular las almas. Yo tengo una ambición: que sepan que soy hijo de mi país cuantos me leyeren, á fin de que si alguno encuentra que lo que hago merece estima, esa estima refleje

honor en mi tierruca. Sé que ésta no precisa que yo cante su nombre, ni elogie su belleza, ni recuerde sus glorias; pero al hijo le gusta hablar de la madre y está en su derecho cuando la reverencia. Antes de que mi espíritu entrara en mi cuerpo, me enseñaron todas las naciones del mundo, me dieron á escoger, y elegí el Uruguay.

Sinteticemos. Víctor Hugo ha dicho, creo que en el prefacio de "Les rayons et les ombres": Uno de los dos ojos del poeta pertenece á la humanidad; el otro pertenece á la naturaleza. — Yo he condensado la humanidad en mi patria; y la naturaleza en la naturaleza de mi terruño. Mi humanidad quiero que sea noble; y mi naturaleza sé que es hermosa. Para lograr lo primero y decir lo segundo, necesito una tribuna, un pulpito, un libro, y esto sólo puede proporcionármelo un editor. Ya ven ustedes cómo tengo razón para estarles agradecido. Patria y porvenir, si llegáis á amarme, amaréis también á los que imprimieron mis humildes libros. Es de justicia, si me sobrevivo, pues por ellos y con ellos llegaré al Futuro.

De ustedes, siempre de ustedes, el chingolo que canta en el balcón con flores de lo de Barreiro.

CARLOS ROXLO.

PRIMERA PARTE

PRIMERA PARTE

I

La narración empieza

Me llamo José Robles. Como creo
Que es aleccionadora y divertida,
Hace ya mucho que me entró el deseo
De escribir la novela de mi vida.

Debo acercarme al fin de mis jornadas,
Porque enturbia el cristal de mis visiones
El polvo de las rosas amustiadas
Por el ardiente sol de mis pasiones.

Vuelven á mí pesares que quedaron
Gimiendo de ansiedad en los caminos,
Y amorosas venturas que pasaron
Como pasa la flor de los espinos.

En un humilde rancho de totora
Me vió nacer la lumbre vespertina,
Siendo mi madre un alma soñadora,
Una especie de musa campesina.

Mis amigos mejores, los primeros,
Juro y perjuro por mi honor que han sido
Las lomas, los ombúes, los horneros
Y el pasto por la lluvia enverdecido.

Turbando la quietud de la lechera
Así sus ubres de pezón de rosa,
E hice cantar al cubo la hechicera
Balada de la espuma mantecosa.

Me miré en el cristal de las surgentes
Donde se abreva el corredor venado,
Y que bajan á brincos las pendientes
En que se apiña el trébol perfumado.

Me sorprendió la nube que amenaza
Convertir en lagunas los barriales,
Persiguiendo al carpincho y la torcaza
Entre los temblorosos pastizales.

Amé bien á mi madre, al sol, al llano
Y á las barrancas en que el río llora,
Enseñándome á ser justo y humano
La esbelta Ceres y la dulce Flora.

Os diré que un zagal cazó un chingolo,
Que lo hizo libre mi valiente auxilio,
Y que el artista me compuso un solo
Que hoy leo cada noche en mi Virgilio.

¡Salud al ave de pequeñas alas,
Al coplero noctámbulo del monte,
Que me enseñó á zurcir, bajo los talas,
Los bucólicos himnos de Anacreonte!

Mi padre fué pintor. Una mañana
Invadieron el campo sus pinceles,
Y hubo un idilio en la quietud boscana,
En los frondosos grupos de laureles.

Era hermosa mi madre. Todavía
Me parece que el sol de nuestro cielo
No alumbra tanto como el sol que ardía
En sus ojos de obscuro terciopelo.

El pintor fué de numen soberano
Y era mi madre noblemente hermosa;
Bajo el dosel carmíneo del verano
La retrató de zíngara y de diosa.

La decía el pintor, cuando consume
El poniente sus cárdenos destellos:
— No hay perfume oriental como el perfume
Que exhalan tus negrísimos cabellos. —

La decía, también, en el follaje
Que alumbran los noctámbulos cucuyos:
— No hay lenguaje más dulce que el lenguaje
De la calandria de los labios tuyos. —

El idilio gentil finó en casorio,
Vistióse el llano esmeraldíneas galas,
Y resonó del monte hasta el cimborio
Un repique de cálices y de alas.

En vano quiso contrariar mi abuelo
La feliz conjunción de enredaderas;
Bajo el purpúreo estío de mi cielo
Arden los yacarés y las cruceras.

Mi madre fué jazmín inmaculado,
Una dulzura tierna y comprensiva;
Estoy, cuando la nombro, arrodillado
E incienso como lámpara votiva.

Muchas noches veló junto á mi cuna
Meciéndome con canto plañidero,
Mientras sobre la fronda y la laguna
Levantaba su alerta el terutero.

No extrañéis que recuerde su cariño
Y permitid que amante la bendiga,
Porque fué su ternura para el niño
Lo que el rayo de sol para la espiga.

Cuanto os pueda decir de su ternura
Siempre será canción inacabada,
Porque tuvo su psíquica estructura
Lo fino de la palma colorada.

Cuando me envuelve el rusticano aroma
De aquel amor tan puro y tan sentido,
Me parece que veo á una paloma
Con las alas abiertas sobre el nido.

Era mi abuelo setentón, adusto,
Amigo de refranes y consejas,
Con los urbanos casi siempre injusto
Y diestro narrador de historias viejas.

Subía por las curvas de los cerros,
Al despuntar el sol empurpurante,
Sin otros servidores que dos perros
Con colmillos más duros que el diamante.

Cuando rendido de bregar volvía
Con olores á ruda y mejorana,
Sobre los campos ya resplandecía
La hechizadora estrella tramontana.

Rey del monte, las cuestras y los ranchos
Donde nació y en que hospedó á los míos,
Amaba lo rapaz en los caranchos
Y le plugo lo espeso en los sombríos.

Ardiente defensor del matreraje
Que huía del taller y de la leva,
Fué su culto más hondo el del coraje
Y receló de la costumbre nueva.

Era su cutis como duro pielgo
De un vino centenario y hervoroso;
Don Quijote, jinete en su jamelgo,
Soñó con Dulcinea del Toboso.

Para aquel concolor, que se enfiebraba
Refiriéndome cosas de pelea,
La tierruca de ayer, creyente y brava,
Valía mucho más que Dulcinea.

Hablemos del pintor. No lograría
Deciros como fué por más que hiciera:
Cuando nací, ya el césped le cubría;
Murió un mes antes de que yo naciera.

Duerme en el cementerio de la estancia,
Del sol bajo los grandes lamparazos;
Un aroma le impregna en su fragancia
Y le cobijan de una cruz los brazos.

Duerme en los montes donde yo he nacido,
Bajo el crespón azul de nuestro cielo,
En el mar sin riberas del olvido,
Al lado de mi madre y de mi abuelo.

Mi madre me contó las maravillas
Sin fin de su pincel y su apostura,
Ante la cruz dobladas las rodillas
Y haciéndome besar su sepultura.

Más tarde y en un cofre apolillado,
Túmulo de esperanzas irrisorias,
Dí con un manuscrito intitulado
Por el pintor: — *Mis últimas memorias.*

¡Cuántas veces, leyendo el manuscrito,
Detuve con angustia mis miradas,
Como si el eco de mi propio grito
Fuesen las frases para mí trazadas!

¡Cuántas veces, perdiéndome en la umbría
Con el libro temblante entre las manos,
Sentí que en mis arterias renacía
La fatua luz de los ensueños vanos!

¡Cuántas veces el libro y mis dolores
Vertieron las ponzoñas de su idea,
Junto al aroma que lloraba flores
Sobre la cruz del mártir de Judea!

— 24 de Abril. — Lo he decidido.
Todo acabó. Barramos las benditas
Esperanzas que el cielo ha convertido
En un montón de secas margaritas.

¿Para qué resistir? Sería en vano;
Carezco de constancia y de destreza;
Nunca palpitarán, bajo mi mano,
La forma y el color de la belleza.

La visión hechizante me aniquila;
El afán de plasmarla me tortura:
Me traicionan la diestra y la pupila;
¡Está en mí, no en mis cuadros, la hermosura!

Cuando más corazón pongo en mi empeño,
Una bruja sarcástica y mezquina
Coloca entre mis ojos y mi sueño
Lo vago de la niebla vespertina.

Busquemos la quietud en el olvido,
No es para mí la gloria codiciada;
Dejaré la ciudad, donde he sufrido,
Cuando asome la luna congelada.

De la razón icemos las banderas;
Salgamos del trampa de los deseos:
¡Oh azules y purísimas quimeras,
Que tanto idolatré, desvaneceos!

¡Salve á tí, que llenaste silenciosa
El ara en otra virgen esplendía!
¡Yo te encuentro también dulce y hermosa,
Pálida y otoñal Melancolía!

— 10 de Mayo. — Respiro, reflorezco,
Me saturo de eglógicos aromas,
Con el sol de las cumbres amanezco
Y les doy de comer á las palomas.

Cosme Castruzzi me ofreció un asilo
En un puesto del rey de esta cuchilla;
Son deliciosos el frutal tranquilo
Y la corriente de arenosa orilla.

Castruzzi, de mi padre compatriota,
No es muy locuaz. También en el sosiego
De estos verdores, la desgracia flota.
Castruzzi tiene un hijo mudo y ciego.

Llueve mucho y sin tregua. Las cañadas
Me dicen que invadieron los yuyales;
Las pocas golondrinas retrasadas
Se morirán de frío en sus nidales.

La tempestad me hechiza. Sus rumores
Me parecen anuncios de verdura;
En sus hornos se forjan los colores
De la gentil vegetación futura.

De la eléctrica fragua en lo amarillo
Se elaboran los oros de la espiga,
Los granos de la carne del membrillo
Y los pequeños dientes de la ortiga.

De la eléctrica luz con lo encarnado
Zurcen sus floraciones los ceibales,
Sus plumas el churrinche indomeñado
Y su yelmo ducal los cardenales.

Ayer, en cambio, desgastó el otoño
El rubí de la punta de sus flechas;
Y en los mustios verdores de un madroño
Una calandria se sació de endechas.

Las tardes son hermosas. La neblina,
Que sube hasta el ombú con lento paso,
Envuelve con su chal de muselina
La desnudez dorada del ocaso.

Es el ombú mi predilecto amigo:
Clavado en la cuchilla más cercana,
Mueve sus hojas, para hablar conmigo,
Curvándolas con rumbo á mi ventana.

Al principio y al fin de mis paseos
Me saludan las ramas del coloso,
Diciéndome sus graves balanceos
Que aquí he de hallar las dichas del reposo.

Me cuesta no pedir á los pinceles
Que traduzcan los brillos vesperales:
¡Las nubes son manojos de claveles!
¡Montañas de topacios y corales!

¿Para qué? ¡Por el fondo de mi cielo
Debe rondar la bruja despiadada
Que no me deja descorrer el velo
En que se envuelve la visión soñada!

¿A qué tender los doloridos brazos
Hacia el puro raudal de la cisterna,
Si nunca copiaré sino pedazos
De la visión de la Hermosura Eterna?

— 8 de Junio. — Ayer, en la lomada,
Tuve una aparición encantadora:
De una tela de Zeuxis escapada,
Vino hacia mí la virgen de la aurora.

La mañanera luz sobre su frente
Igual que un astro olímpico fulgura,
Dorando el velo róseo y transparente
Con que la ornó la clásica pintura.

Trepaban los rumores rusticanos,
Los de las lirás del ceibal y el nido,
Hasta el ombú que vela nuestros llanos
Sobre las lomas del terruño erguido.

Envuelta por las rimas cadenciosas
Que la llanura al despertar cantaba,
Me figuré que iba colgando rosas
En todos los arbustos que encontraba.

Bajo aquel horizonte que tenía
El verdoso color del crisopasio,
La encantadora virgen parecía
Una musa pintada por Parrasio.

¿Quién era? No lo sé; pero presumo
Que unida está mi suerte á su destino,
Aunque huyen mis venturas como el humo
De las chozas que encuentro en mi camino.

Toda la noche con su rostro bello
Soñó mi fantasía delirante;
¡Ya es para mí su matinal destello
El del último círculo del Dante!

Soñemos, corazón: en el bosque
La hallo otra vez al despuntar el día;
Un cardenal preludia bajo el traje
De renacientes hojas de la umbría.

Chispean los ardores del verano,
Las serpientes se silban su deseo,
Se atrebola la túnica del llano
Y hay garzas del arroyo en el junqueo.

Mis escondidas penas le confío,
En los secretos del amor la instruyo,
Pongo á sus pies la plenitud del mío
Y ella me dá la plenitud del suyo.

¡Soñemos, corazón! ¡La delicada
Sombra que vino á verte en la cuchilla,
Que sea para tí la Inmaculada
Con que Murillo tropezó en Sevilla!

¡Ojalá que esparciesen sus amores,
Sobre tus telas, el fulgor divino
Que puso con sus labios quemadores
La Fornarina en el pincel de Urbino!

— 5 de Octubre. — Pronto realizado
Veré mi ardiente y varonil deseo;
Mi tiernísimo afán la ha conquistado
Como á la Aurora conquistó Perseo.

De la cumbre bajando la aspereza
Le hablé de mi pasión nunca igualada,
Y me dijo que sí con la cabeza
En uno de mis hombros reclinada.

A la luz del poniente y sin testigos,
Besó sus ojos la ternura mía;
Tiene el color dorado de los trigos,
El moreno color de Ruth y Lía.

Ya todo reverdece en la llanura,
Hasta mi corazón puesto en puñales;
El monte de fragancias se satura
Y en los nidos hay cánticos nupciales.

Haz, dulce amor, que silben las envidias
Al ver que me coronas de laureles:
¡Dáme, Minerva, el genio de tu Fídias!
¡Dáme, Anfitrite, el numen de tu Apeles!

— 26 de Diciembre. — Estoy vencido:
Cruzo y recruzo los ceibales rojos
Por nerviosas angustias sacudido,
Con la visión flotante ante mis ojos.

Esa mujer, que mis congojas vela,
No logró sublimar mi fantasía
Y deshojado por el monte vuela
El lirio azul de la esperanza mía.

¿Para qué persistir? Esta alborada,
Pisando espinas y pisando flores,
Tiré al río, que llora en la cañada,
Mis pinceles, mis lienzos, mis colores.

Mi inspiración es la leprosa sierva
Que expulsaron del místico convite:
¡No soñemos con Fidias y Minerva!
¡No hablemos más de Apeles y Anfitrite!

— 13 de Abril. — Junto al raudal cercado
De cimbrantes y agudas espadañas,
Voy á morir de todos olvidado
Cuando otro ser palpita en sus entrañas.

El hijo de mi fiebre voluptuosa,
¿Hereditará mi matador deseo?
¿Latirán sus arterias con la odiosa
E inapagable sed de Prometeo?

Si el olímpico lauro le fascina,
¡Que en las batallas por la gloria sea
Hades arrebatando á Proserpina
Y Pigmaleón venciendo á Galatea!

¡Que cruce de los golfos las espumas
Y salte de los bancos la resaca,
Viendo lucir tras las rendidas brumas
La eterna luz de su celeste Itaca!

¡Voy á morir y lucho todavía
De mi ilusión entre las mallas preso,
Como Alcides agónico quería
Despedazar la túnica de Neso!

¡Voy á morir y lloraré al dejaros,
Monte que guardarás mi último grito,
Garza que cruzas los arroyos claros
Y estrellas que vagáis, islas con faros,
Por el piélago azul de lo Infinito!

II

Avispas y mieses

I

Musa que forjas y rimas
Quimeras y tradiciones,
Con ronqueos de bordones
Y con agudos de primas;
Musa gentil que sublimas
Lo nacional, lo sencillo,
Calandria en el espinillo,
Perfume sano en la ruda
Y oro en el sol que saluda
La agreste viola del grillo;

Musa de cedrón orlada
Y humilde percal vestida,
Musa en la fronda escondida
Del borde de la cañada;

Musa de la surestada,
El ñandú y el saguaypé,
Que adoras en lo que fué
Y arrullas en guaraní
Al hijo del mainumbí
Y al broto del caicobé;

Musa, que del mamangá
Plegas las alas de tules
Sobre las rojas ó azules
Flores del burucuyá;
Musa, que en el arazá
Del tucu enciendes las llamas
Y del naranjo en las ramas,
Donde hay un mirlo canoro,
Columpias los frutos de oro
Que con tu aliento embalsamas;

Musa de las vidalitas,
El pericón y el cielito,
Que con tu músico grito
Lo pasado resucitas;
Musa de las margaritas
Que cantas, en la cumbrera

Del horcón de la tapera,
Tu augusto credo al heroico,
Al libre y al melancólico
Instinto de la pradera;

Musa que hilas los violados
Borlones de los cardales,
Llévame por los trigales
Donde hay tordos acoplados;
¿No es cierto que en los dorados
Siglos de la edad pagana,
Una ninfa virgiliana
Tuvo la suerte de ver
A cuatro orugas tejer
Cuatro amapolas de grana?

Oh musa de los espinos
Con flores de primavera,
Y que al sol de mi bandera
Doras la miel de tus trinos;
Ven pronto, que en los vecinos
Brazaletes de rubí
Del ceibal, ya el colibrí
Su sediento ardor mitiga

Y ya se oye en cada espiga
Un zumbo de camoatí.

El aire, que bebe aromas
En el pastizal maduro,
Refresca rítmico y puro
El trébol de nuestras lomas;
Sobre un yathay, dos palomas
Su epitalamio modulan
Y armoniosamente ondulan,
Por el camoatí arrulladas,
Las espiguillas doradas
Que en el ráquis se articulan.

El camoatí zumbador
Es orgullo del bosque,
Y afiligranado encaje
Por su estructura interior;
Huele á zarzarrosa, olor
Que el arpado gargantillo
Celebra en el espinillo,
Cuando envuelve el carmesí
Tul del sol al camoatí
De aspecto tosco y sencillo.

El que fíe en apariencias
Desdeñará del joyel
Boscano, la dulce miel
Pródiga en finas esencias;
Es áurea, con transparencias
De limpísimo cristal,
Y la ambrosía inmortal
De los banquetes homéricos
Se concentró en los esféricos
Alvéolos de su panal.

La multitud zumbadora,
Del sol al férvido rayo,
Alígera y sin desmayo
Sus néctares elabora;
Recorre, desde la aurora
De reflejos amarillos,
Juncaleras y tomillos,
Pasionarias y maizales
Para llenar sus panales
De azúcares y de brillos.

El enjambre sonoro
Hunde su aguijón sagrado

En el broche fecundado,
Que se columpia oloroso;
Y en el rebusque afanoso,
No hay antera ni corola
De guindero ó de amapola
Que en el tisú de sus galas
No sienta zumbiar las alas
Que nuestra luz tornasola.

En las gemas del plantío
Y en los cálices del llano
Trabaja todo el verano
Y ronda todo el estío;
Desde las casas al río,
Desde el cerro á la pradera,
Liba en la flor hechicera,
Sucta en el jugoso fruto
El obrero diminuto
De la miel y de la cera.

Vuelven al panal cargadas
Y esconden en el panal
El dulcísimo caudal
De las esencias libadas;

Son las obreras aladas
Como tejedoras de oro,
Que á cambio de su tesoro
De azúcares y colores,
Dejan vibrante en las flores
Su canturreo sonoro.

— ¡Gloria al trabajo! — murmura
Con sus zumbos el enjambre,
Sobre el vaivén del estambre
De la flor abierta y pura;
Señoras de la espesura,
Que recorren con afán,
Desde el ceibo al arrayán
Se llaman y se sostienen
Enseñando las que vienen
El camino á las que van.

No sé dónde ni sé cuándo,
Pero sé que un cascarudo
En un invierno muy crudo
Nació cojo y tiritando;
Unas veces tropezando
Y muchas veces cayendo,

Fué las hierbas recorriendo
Y en un monte se internó,
Soñando junto á un timbó
Lo que os iré refiriendo.

Soñó que se convertía
En una mosca con alas,
Y que en las florales galas
Líquido azúcar bebía;
Soñó que, al volar, ardía
Como joyel diamantino,
Que tuvo al sol por padrino
Y que pasaba la noche
Entre las sedas del broche
De los zarzos del camino.

Soñó que su ardiente afán
De melíficos licores
Saciaba libando flores
Argénteas de guayacán;
Soñó que del arrayán
Y del jazmín era dueño,
Despertándose el pequeño
Cascarudo sin fortuna

Para pedirle á la luna
Otro dulcísimo sueño.

Amarillenta moría
La luna en el horizonte,
Y el hada gentil del monte
Aún las frondas recorría;
La súplica triste y pía
Del cascarudo escuchó,
Y clemente le trocó
En una mosca con alas
Que sobre unos viejos talas
Libre y feliz se mecía.

Poco después los zorzales
Que payan en el talar,
Vieron á la mosca hilar
Del camoatí los panales;
Sus alvéolos virginales
Son crisoles de oro fino,
Donde el zumo del espino,
En que el sol licuó sus chispas,
La república de avispas
Convierte en néctar divino.

II

El gargantillo cantor
Es un pájaro salvaje,
Que flota sobre el ramaje
Como una endecha de amor;
Tiene parduzco el color
Y en la garganta una cinta
Negra, muy negra, retinta
Y que ondula cuando himnea
Al naciente que clarea
Y de topacio se pinta.

Oigamos, oh mi señora,
Cómo el gargantillo canta
Su salve á la lumbre santa
Que el trigal madura y dora;
Es triste la hechizadora,
La breve y suave canción
Del pájaro del terrón
Que vivifica el pampero
Y en que el alerta del tero
Pasa sobre el albardón.

El melodioso sonido
De sus trémulas escalas
Parece un rezo con alas
En el aire suspendido;
¡Acorde dulce y sentido,
Que no acabas de subir
Hasta el astro de zafir
Que madura mis espigas,
Quiero que tú me bendigas
Cuando me sienta morir!

Es que nací bajo el brillo
De la claridad que himnea
La salve que redondea
La cinta del gargantillo;
Me educó en el espinillo
El zorzal con sus redobles,
Infundiéndome las nobles
Codicias de mi terrón
Y dándole un corazón
De churrinche á José Robles.

Tras de mi padre, mi abuelo
Rindió á la tierra tributo,

Dejando como absoluto
Rey de la estancia á un chicuelo;
Me bañé en el arroyuelo
De cristales azulados,
Tuve petisos cansados
De subirme á las quebradas
Y ví emigrar las bandadas
De los flamencos rosados.

Desde las esmeraldíneas
Lomas, pude contemplar
En los declives brotar
Al mastuerzo y las gramíneas;
Vigilé las rectilíneas
Fronteras de los potreros,
Y descubrí los esteros
Cuyos sinuosos canales
Cruzan las garzas ducales
Y los patos laguneros.

Por el monte y el maizal
Vagué libre y vagué solo,
Cantando como un chingolo
Oculto en el matorral;

Bajo el ala maternal
Ágil y fuerte crecí,
Al carancho perseguí,
A la lechuza silbé,
Con salamancas soñé
Y el alfabeto aprendí.

La morena Marcelina
Me asombró, con pataratas,
Junto á la olla de tres patas
Que en la rústica cocina
Hierva á la luz matutina
Y hierve al anochecer,
Viendo á la carne ceder
Del duraznillo al calor
Y viendo en el asador
La grasa á gotas correr.

Recé el credo de la siega
Y la salve de la trilla
Bajo la luz amarilla
De la estación veraniega;
El trigal, que se doblega
Luciente y amorenado,

Gimió bajo el acerado
Filo de la segadora,
Que sabe que se elabora
El pan con oro sagrado.

Gloria al esfuerzo bendito,
Gloria al trabajo fecundo,
Santa ley del pobre mundo
Que nos mece en lo infinito;
— El trabajo, patroncito,
No deshonra y da alegría, —
Muchas tardes me decía
Un indio de faz bronceada,
Que fué pastor de majada
Y brujo de toldería.

El indio tiene razón,
Que mi terruño encantado
En la estrofa del arado
Ha puesto su corazón;
Cada espiguilla es un don
Ofrecido al porvenir
Por mi huerto de zafir,
Que es pródigo al florecer,

Muy ardiente en el querer
Y rudo para morir.

Las caravanas de hormigas
Van y vienen por las eras
Para llenar sus paneras
Con innúmeras fatigas;
Empujadas las espigas
Por el aliento estival,
Chocan con un musical
Ritmo de golfo encrespado
Y cada espiga un pausado
Vaivén imprime al trigal.

¿Quién no goza contemplando
La extensa planicie rubia,
Que con el sol y la lluvia
Va creciendo y madurando?
Esas mieses, que cimbrando
Abundosas y aireadas,
Se muestran á mis miradas
Con suaves matices de oro,
Son la dicha y el tesoro
Y el honor de mis llanadas.

A la luz canicular,
Que ofende con su reflejo,
Me adiestró el indio, ya viejo,
En el arte de emparvar;
Ví subir y ví bajar
De las cuestas los verdores
A los carros cimbradores,
Cuyas pacíficas reses
Corona el vaivén de mieses
Y el tramonto de fulgores.

Tras el embolse á paladas
De los elípticos granos,
Las carretas cruzan llanos,
Descienden las hondonadas,
Suben por las gramilladas
Cuchillas, con griterío
Vadean crugiendo el río,
Descargan junto al galpón
De la vecina estación
Y vuelven al rancharío.

Dientes de piedra y acero
Que moléis los rubios granos,

Los oros de mis veranos
Os doy con placer sincero;
Que el molino cancionero,
El que girando rechina,
Los convierta en flor de harina
Y del horno en el volcán
Se transforme en áureo pan
Su morenez campesina.

Campo, que valientemente
A la patria luz tremolas
Tus pendones de amapolas,
De trigo rubio y luciente,
Si acero y piedra es el diente
Que tritura tus afanes,
Es en fragua de titanes
Donde tus oros molidos
Se subliman convertidos
En tiernos y blancos panes.

Es que tu esencia pusiste
En el trigo que engendrabas,
Y con ópalos forjabas
Las espigas que tejiste;

Regocíjate é insiste
En engendrar y en parir
Reses de ojos de zafir
Y espigas dulces de ver,
Pródigas en florecer
Y rudas para morir.

Siempre que doy con trigales
Tostados por el estío,
Silbean en torno mío
Calandrias y cardenales;
¡Numen, que en los manantiales
De la verde serranía
Azulas la luz del día
Que sazona mi trigal,
Que sea tu himno final
Un credo á la patria mía!

¡Salud, terruño hechizado
Donde el pampero cunea
A la dorada marea
Del trigo bien encerado!
¡Salud, terruño arrullado
Por las espigas cantantes,

Cuyo sol llueve diamantes
Y á quien dijeron su loa
Acuña de Figueroa
Y Magariños Cervantes!

III

Antaño y ogaño

I

Cuando á los pies del aroma
Quedó dormido mi abuelo,
Por mandato de mi madre
Cambió la estancia de aspecto.
Las paredes de terrón
Muros de ladrillo fueron
Y las totoras, que un día
Abrigaron nuestro sueño,
Convirtió en un mar de llamas
El desdén del arquitecto.

Ví á mi madre entristecerse,
Cuando los soplos del viento
Se llevaban hacia el río
El humo de sus recuerdos;

Y un cardenal, desde un álamo,
Cantó un dulcísimo treno
Al ver trocados en chispas
Sus tintes de bronce viejo.

Lo que no cambió fué el campo
Siempre verde y siempre recto,
A pesar de algunas lomas
Que se elevan, como senos,
Sobre los valles vestidos
De esmeralda por el trébol.

Lo que no cambió fué el monte,
El de los añosos ceibos,
El que se viste de púrpura
Bajo el fulgor veraniego;
El que rima, en los zarzales
Puntiagudos de sus cercos,
El canto de los chingolos,
De los grillos el rasgueo,
El mugir de las vacadas
Y el zumbiar de los insectos.

El monte fué siempre el monte
Con un arroyo en su centro,
Con rubíes en sus ramos,

Con nidos entre sus flecos,
Con mucho sol en sus copas,
Con mucho azul en su cielo
Y con camoatís en torno
De sus capullos bermejos;
Con luciérnagas fosfóricas,
Cuando la luna con regios
Lazos de carbunclos prende
La crin de sus potros negros;
Y con la savia que bulle
De sus troncos en los huecos,
Como el río de mi sangre
En las venas de mi cuerpo.

Lo que no cambió es lo agreste
De los juncos del estero,
Donde todavía hay nutrias,
Cirujanos y flamencos.

Lo que no cambió es el mundo
Virgen donde alzan su espléndido
Abanico las palmeras,
Donde la carda urde el fleco
Violáceo de sus borlones,
Donde grita el venteveo,

Donde las cigarras pulsan
Su estridente violoncelo,
Donde los manzanillares
Nos sofocan con su incienso,
Donde el ombú cabecea
En la curva de los cerros
Y donde lucen las víboras,
En los saraos de febrero,
Sus maravillosas túnicas,
Sus trajes cachemirescos,
Sus escamas con matices
Purpúreos, verdes y negros.

Mi madre, que era una santa
Y tuvo noble el ingenio,
Unió al gozo de lo antiguo
El gusto de lo moderno.
Cerca del tala, el manzano
Mece á los soplos del céfiro,
La eucarística blancura
De su flor de cinco pétalos;
El peral, fino en sus fibras,
Sacude de trecho en trecho
Lo suave de sus verdores

Con gentiles balanceos,
Y el eucalipto deseca
Lo que fué pútrido légamo.
Es que á la luz de mis campos
Florece todo lo bello,
Y se agarra á mi tierruca
Con fuerza todo lo excelso.
¡Salve, llanuras que dáis
Vigor al trigo moreno,
Y salve, naranjos de oro
De mi dulcísimo huerto!

Tampoco varió, en sus hábitos,
Lo que poblaba mi feudo;
La quinoa y la cicuta
Las mismas escenas vieron.
Negro el chiripá, bordada
La blusa, blanco el pañuelo,
Finas las botas y un lujo
El tirador con floreos.
El puñal luce los oros
De su puño y de su encierro,
Como joyel cincelado
Por un artista arabesco.

Hacia atrás, para que cimbre,
El ala de los chambergos;
El poncho sobre las prendas
Y el lazo siempre á los tientos,
Apoyándose en las ancas
Redondas del azulejo.

Si son de plata maciza
Los estribos de brasero,
Hay también plata en las copas,
Como platillos, del freno.
Pericones en las primas
De las vihuelas con flecos,
Un retruco á cada envite,
El continente resuelto,
El mate ronda que ronda,
Melancólico el ensueño,
Con salamanquinos duendes
En las grutas del cerebro
Y un coraje á toda prueba
En el ñandubay del pecho.

II

Cuando las finas lacas de la noche
Disuélvense en las cumbres de mis cerros,
Y el nacarino encaje de la luna
La aurora plega con sus róseos dedos;
Cuando el alba se viste su kimono
Orlado con turquíes crisantemos,
Y el elefante de rubí del día
Trota ya en los caminos de lo etéreo,
Iniciase en mis llanos, siempre verdes,
Del terrón el fecundo laboreo,
Y con la luz de la herramienta al hombro
Salen de sus cabañas los labriegos.

Las praderas, entonces, del trabajo
Cantan el himno redentor y eterno,
Agitándose el alma, toda el alma
De mi terruño juvenil é intrépido,
Con el panteísmo de la edad antigua
Y la inquietud de los actuales tiempos.

Adoramos en tí, madre gloriosa
De la húmeda granada, los espléndidos

Záfiro de las vides y el relumbre
Esmeraldíneo de los verdes henos;
Adoramos en tí, pródiga madre,
Con incásico afán; pero sabiendo
Que lo que preña tu bendito vientre,
Es la serosidad del sudor nuestro.
Los oros que te cubren, son pregones
Que anuncian que venció nuestro ardimiento;
Los frutos que nos das, los infantamos
Violándote sobre tu propio lecho,
Como á una ninfa de las horas pánicas
Entre los mirtos de los bosques griegos.

El rodillo apisona los sembrados,
Donde muy pronto ondularán los tiernos
Productos del trigal, que zafirea
La húmeda calidez de los terrenos.

Se cuentan las majadas, si es el día
En que se tiene la habitud de hacerlo,
De las unas gozando en los vellones
Y de las otras alabando el peso.

Desuéllase el capón para el consumo,
Tirando á los mastines sus desechos,
No bien la lumbre de la aurora baja,
Como signo de paz, desde los cielos.

Entona, en el bretal de palo á pique,
La agreste hierra su canción de fuego,
Cuando la res, vencida por el lazo,
Bufa y resopla sobre el duro suelo.
—¡Va la marca!—se escucha, y entre el coro
De los jinetes de marcial aspecto,
Llegan los marcadores con el signo
Bien acuñado en el humeante hierro.

Se agrupa, en el corral, á las medrosas
Yeguas para los triunfos del cerdeo,
Y cuando el lazo por los aires canta
De sus silbidos el viril concierto,
Y el rebenque sus órdenes chasquea,
Y el pial tortura los nerviosos remos,
En las bolsas aprétanse las crines
Que con salvaje libertad crecieron.

Los cardenales amarillos lucen
Las aurinegras plumas de su yelmo,
Y el zapallar se ufana, rastreando,
Con lo auriverde de su fruto esférico,
Porque el pincel de nuestro sol charrúa
Se ríe del pincel del Tintoreto.

¡Oh dulces gozos de mi dulce infancia,
Oh siempre puros y viriles juegos,
Con qué ternura suave y melancólica
Hacia vosotros las pupilas vuelvo!

Es que cercando al niño en la pradera,
El monte, la pendiente y el estero,
Resonaban las odas del trabajo,
Los clarines triunfales del esfuerzo
Que civiliza, el órgano que canta
Del porvenir los redentores credos.

El campo es la virtud, es la alegría,
Es la augusta verdad tras que corremos
Los ansiosos de un filtro que reanime
El vigor de las almas y los cuerpos.
Todo aquí, con perfumes y verdores,
Nos dice el salmo de la vida, el verbo
De la resurrección, desde que el alba
Deshoja los claveles de sus huertos
Sobre el mundo dormido, hasta que surge
La estrella de la tarde como el rezo
Último de la luz al despiadado
E incognoscible autor del Universo.

El nomadismo original se aleja,
El áger cambia al soplo del progreso,
Las costumbres de antaño se transforman
Y con rigor se juzga lo pretérito.
Lo que fué soledad tornóse chacra
Y los juncos, guarida del matrero
Y fortín de los tigres, en mareas
De alfalfares en flor se convirtieron.
Es verdad, ya lo sé; pero en mi espíritu
Dominan soberanos los recuerdos,
Y aún para mí, sobre las verdes cumbres,
Sus harpas pulsan los nativos genios.

¡Mi alma es la bella que hechizó la bruja
Que hace sus untos en los montes nuestros!
¡Mi alma es la virgen de pupilas de oro
Del más azul y lindo de los cuentos!
¡Mi alma es la bella que quedó dormida
En el fondo del bosque! ¡No es mi reino
El reino en que vivís! ¡Pasad de largo
Y no os angustie mi marmóreo sueño,
Que los que nada de la vida esperan
Pertenecen al mundo de los muertos!

¡Oh la vida! ¡la vida! Muchas veces,
Del fachinal salvaje en el misterio,
Medité contemplando á las cruceras
Fascinar á los hijos del hornero.

El pichón, con sus píos dolorosos,
Turba de las totoras el silencio,
Notando que sus alas paralizan
Los dos puntitos de carmín siniestro.

El ave pía cada vez más bajo,
Cede al influjo del fulgor magnético,
Con las alitas entreabiertas corre,
La boca del reptil se une á su cuerpo,
Se oye otro pío y la serpiente succiona
La sangre que era epitalamio y vuelo.

Así también del mundo en los trampales
Nos acechan las sierpes de lo infecto,
Para succionarnos ávidas los nobles
Jugos del corazón y del cerebro.
Al rojo cardenal de mis quimeras
Las venenosas víboras mordieron,
Y el cadáver del pájaro divino
En la mejor de mis entrañas llevo.
¡Mi gentil cardenal, aún tus redobles
Resuenan en el fondo de mi pecho,

Y al ritmo de tus trovas, en los óleos
De mi agostada juventud me impregno!

No debéis afirmar, porque no ofician,
Que no existen los driades y los elfos,
Que no hay willís meciéndose en los molles
Ni silfos jugueteando en los enebros.
Lo que fué, porque fué, dejó su esencia
Inmortal en los ámbitos del tiempo,
Como imprimen las horas que fenecen
En nuestras almas su imborrable sello.
¡Revivid y sangrad á mi conjuro,
Dichas y afanes del ayer homérico,
Como los troncos de la selva brújica
Heridos por la lanza de Tancredo!

IV

Junto al fogón

Ya os dije que al morir mi adusto abuelo,
Quedé patrón del valle y de la umbría;
Fuí como alondra que levanta el vuelo
No bien apunta el día.

El sol nativo me selló en su cuño
Una sana y ardiente encarnadura;
Adoré de las cosas del terruño
En la dulce hermosura.

Solo y libre corrí junto á los ríos,
Libre y solo vagué por las florestas,
El aire agreste me llenó de bríos
Y fuí el rey de las fiestas.

Tocóme la mejor de las tajadas
Del pucherete criollo, del puchero
Que coronan las ricas empanadas
Y el asado con cuero.

Tuve un potrillo de pelaje moro
Que era una admiración escarceando,
Y que corría más que Brilladoro,
El palafrén de Orlando.

Pesqué, cuando me plugo, en los raudales
Al dorado de escamas relucientes;
Supe cómo patean los baguales
Y silban las serpientes.

Dialogué con los patos del estero,
En el margarital dormí entre flores,
Y enseñáronme el culto del hornero
Los toscos leñadores.

En la noche invernal, cuando brillaba
Alegre el duraznillo en la cocina,
Deliré con los cuentos que narraba
La negra Marcelina.

En la noche invernal, cuando el pampero
Dobla y quiebra los juncos del bañado,
Me asombró con sus lances de tropero
El indio Maldonado.

En la noche invernal, si en el obscuro
Corredor un mastín ladra ó respinga,
Me azoré recordando algún conjuro
Perverso de Mandinga.

Cuando seca la luna, en los desiertos
Pastizales, la red de sus tisúes;
Cuando el ñacurutú llama á los muertos
Silbando en los ombúes;

Cuando el chajá alertea en los caminos,
Y en su negro cubículo enroscadas
Esperan que verdeen los espinos
Las víboras pintadas;

Cuando las lluvias hinchán el arroyo,
Y el aperiá tiritita en los yuyales,
Y sueñan con que enflora el chirimoyo
Los mustios cardenales;

Junto al fogón, que humea en la cocina
Y en donde cruje el tronco desmayado,
De duendes discutí con Marcelina
Y de hazañas me harté con Maldonado.

V

Un cuento de Marcelina

Marcelina empezó: — Tiburcio Agüero
Era el taita del pago. ¿Quién sabía
El lazo manejar con más baquía
Y componer mejor un parejero?
Desde mocito fué, de loma en loma,
Sin rival en la hierra y en la doma.
Su nombre se mentaba
Por generoso, honrado y corajudo;
Pero con las carreras y la taba,
Como perdía siempre que jugaba,
Se quedó poco menos que desnudo.
Dió en pedirle consuelo á la bebida,
Que es el más vergonzoso de los vicios,
Sin hallar la quietud apetecida,
Siendo una cosa por demás sabida
Que alguno le dañó con maleficios.
Hablando, como un loco, con la luna,
Muchas veces maldijo á su fortuna:
¡Ya no era el taita del jardín campero
Aquella sombra de Tiburcio Agüero!

Una noche soñó que su lechera,
Mirándole, mugía en el establo:
— Un maleficio es una cosa fiera;
El patrón sanaría si tuviera
La pata de una oveja del diablo. —
¿Cómo adquirir el talismán? De prisa
Vendió, para beber, el heredado
Campito suavemente perfumado
Por la cola de zorro y la artemisa.
¡En el trébol fragante, que cimbraba
Al compás de la brisa,
Otro, los bueyes que vendió, engordaba!
Poquita cosa le quedaba á Agüero:
Su rancho, su corral, su parejero,
Su lechera, su poncho y su cuchillo;
Pero al rayar de un sol el primer brillo,
Con la lechera le pagó al pulpero,
Cerró su rancho y aprontó el tordillo.
Partió al trote, gozoso, confiado
Y con rumbo al poniente. — Cuando extinga
Sus fogones el sol, habré encontrado
El alfalfar nutrido y embrujado
Donde pasta la hacienda de Mandinga. —

Tiburcio se engañó: días enteros
El tordillo marchó salvando esteros,
Cenagosos y largos cañadones,
Corrientes que bramaban tempestuosas,
Cardos con agudísimos lanzones
Y médanos con trampas peligrosas.

El tordillo, una tarde, llegó á un monte
De algarrobos. Ni un pájaro, en sus ramas,
Despedía á la luz. El horizonte
Era un incendio de purpúreas llamas.
Los capullos, muy grandes y bermejos,
Parecían reflejos
Del poniente de púrpura; y llovía
De cada flor, abierta en la enramada,
Un goteo de sangre empurpurada
Que con humos de azufre enceguecía
Al tordillo de crin ensortijada.

Cada gota, al bajar, lanzaba un grito:

—¡Matadle!—¡Que se vaya!—¡Si supiera!—
—¿Qué busca aquí?—¡Ladrón!—¡Ebrio!—¡Maldito!—
—¡Sucio!—¡Bellaco!—¡Cámbiale en aruera!
—¡Te volveré lechuza!—¡Yo, mosquito!
—¡Yo, víbora!—¡Insolente!—¡Fuera!—¡Fuera!—

Desdeñoso, gallardo y altanero
Por el monte siguió Tiburcio Agüero.

Aquietando á su flete con la mano,
Al llegar del hechizo á los confines,
Galopó á la ventura por un llano
Que alfombraban las hierbas más ruines.
El alambrado le sirvió de guía
Y buscó una tranquera en los torcidos
Postes, donde el alambre se mecía
Con ásperos y lúgubres quejidos.
Mucho tiempo marchó junto á la hilera
De los postes. Ni asomo de tranquera,
Ni señal de salida. Ya mediaba
La noche. Agonizaba
La lumbre de la luna. Diestramente,
Al lado de los postes, hirió el hierro.
Era inrompible. Su puñal luciente
No podía sacarle del encierro.
Quiso saltar. Retrocedió espantado.
A la voz de tremendo maleficio
Miró abrirse, detrás del alambrado,
Las negruras sin fin de un precipicio.
Tirando de la rienda al parejero

E inmóvil sobre el yuyo del potrero,
Que blanquean los rayos de la luna,
Maldijo nuevamente á la fortuna
El valeroso corazón de Agüero.

Siguió sin rumbo. De improviso, un monte
Se ve en el horizonte.
El tordillo se entró por el ramaje,
Donde la luna enreda
Las nacarinas blondas de su traje,
El sutil hilo de su blanca seda.
Es lúgubre y bravía
La silente arboleda.
Ni un nido ni una flor. Ya la agonía
Terminó de la luna, y en la sombra
Se alargan de las raíces los tendones
Para tejer, con nudos y listones,
De aquella gruta vegetal la alfombra.
Allí el árbol del hierro y los quillayes
Se enlazan, con abrazos de verdura,
A los duros y añosos ñandubayes.
El tordillo camina á tropezones.
No se siente un rumor en la espesura.

De pronto el flete bufa y se encabrita,
El cuello enarca y de terror palpita.
Tiburcio Agüero descendió de un salto
Y vió un jaguar, cuya mirada dura
Con magnéticos brillos de cobalto
Entre los troncos vírgenes fulgura.
La fiera, convulsiva de coraje
Y el elástico cuerpo distendido,
Se abalanza con ímpetu salvaje
Sobre el campuzo fosco y decidido.
Éste, al sentir el roce de la garra,
Le dice al concolor con un ronqueo:
— Mis hombros no son cuerdas de guitarra
Y me ofende, compadre, su rasgueo. —
Esquivó el golpe y esperó á la fiera
Que volvía cimbrante y traicionera.
Sin vacilar, magnífico y sereno,
El poncho le tiró sobre los ojos,
Le hundió el cuchillo en el felpudo seno,
Volvió á herir con empuje soberano
Y sacudió los salpicones rojos
Del gavilán y la fornida mano.
Lanzó el jaguar, agónico y vencido,
Un terrible ronquido,

El aire desgarró de una zarpada,
Y quedó entre los troncos extendido
El bronce de su piel acuchillada.

Tiburcio jugueteó con las traidoras
Uñas del concolor, y alegremente,
Haciendo resonar las domadoras,
Le puso el pie sobre la mustia frente.
Acarició, silbando, al parejero
Y desolló al jaguar con maestría,
Para que fuese el afelpado cuero
Testimonio y pregón de su osadía.
La piel tendió en las ancas del tordillo,
Volvió á montar, siguió por la espesura
Y llegó á un llano que verdea al brillo
De las palomas de oro de la altura.

¡Allí están! ¡Las halló! Sobre el jugoso
Tapiz de aquellos ricos gramillares,
Esperan á que llegue el valeroso
Que rinde y acuchilla á los jaguares.
Allí están, sí, como viviente espuma
Del perfumado río de gramilla;
Como montones de nevada pluma
De cisnes sin asomo de mancilla.

¡Qué lindas son! Su túnica de bodas
Envidia, al florecer, el limonero,
Y la más blanca, la mejor de todas,
Es la que sale á recibir á Agüero.
Tiburcio descabalga; su rendido
Cuello la humilde presentó al paisano,
Y Agüero la degüella conmovido,
Cubriéndose los ojos con la mano.
Una pata le corta; se oye un coro
Subterráneo de gritos y de quejas;
Son más lucientes las palomas de oro
Y huyen, como venadas, las ovejas.

Al vicio lo derrotan la encendida
Voluntad, la constancia y el coraje;
El vicio es el potrero sin salida,
El monte rojo y el jaguar salvaje.
La víctima, con pena degollada,
La que el pescuezo le presenta al tajo,
Es el maleante afán de no hacer nada,
¡Es el odio á las luchas del trabajo!

Ya el tordillo traspone las colinas
Y las llanuras, rápido y valiente,

Cuando empiezan las luces matutinas
Y se apagan las luces del poniente.
Colorín, colorante y colorado;
Que se apronte á narrar otro cuentero;
¡Ya relincha el tordillo alborozado!
¡Es que vuelve á su casa, transformado
En un hombre de bien, Tiburcio Agüero!

VI

Al compás de la lluvia

Hay días odiosos,
Hay días terribles, hay días aciagos:
Cuando el norte amustia
La violada borla del florón del cardo.
Monótono suena,
Los nervios crispando,
El grito estridente que el escuerzo lanza
Entre los pajíos de cortantes dardos.

El potro, en la doma,
Bufa más arisco, se muestra más bravo,
Y hay menos derroches de trompetería
En las clarinadas alegres del gallo.
¡El viento del norte
Encona á las víboras y aplasta los ánimos!

El campo está seco,
La lluvia no quiere refrescar el campo;

En los yuyos tristes

La savia, sedienta, corre con desmayo.

El viento es muy fuerte

Y el aire es pesado:

Su soplo de brasas quema los cipoes;

Crujen, á su soplo, las fibras del álamo.

De pronto obscurece

Y suben despacio

Por el horizonte, de promesas lleno,

Las nubes que forjan el zic - zac del rayo.

Las unas son blancas lo mismo que novias,

Las otras ostentan un ropaje pardo:

Son como ovejitas de vellones finos

Que arrea el arriero que arrea los astros.

El aire es más puro,

El norte es muy claro

Y los alguaciles, de alas transparentes

Y ojos opalinos, van de tallo en tallo

Diciendo á los yuyos, que desesperaban,

Que el timbal del trueno sonó en el barranco.

Del aire encendido

No queda ni rastro;

Las nubes son muchas

Y vuelan muy bajo,

Cerquita del suelo,
La copa rozando
Del ombú que hiergue su sien centenaria
Sobre la cuchilla de redondos flancos.

Muestran los jarales,
Que del cerro cubren los declives ásperos,
Más oscuro el verde de sus verdes hojas,
Más blancas sus flores de pétalos blancos.

Las nubes, subiendo
Lo mismo que pájaros,
Ya no se columpian en los yaribães,
Ya son como águilas que vuelan muy alto;
Y rezan las gotas
Su alegre rosario
En las campanillas de la pasionaria,
En los totorales de filosos dardos,
En los racimitos negros del saúco,
En los macachines que alfombran el campo,
Y hasta en las paredes que amasó el hornero
Encima del poste de los alambrados.
La tierra mojada con su olor reanima
Al hombre y al árbol,
Parecen más rojos los amapolares,
Más rubios parecen del trigal los granos

Y véis de continuo,
Tejiendo triángulos,
Pasar presurosas hacia el horizonte
Las niveas bandadas de cisnes acuáticos.

Llueve cinco días
Y están los ocasos
De una inenarrable
Tristeza impregnados;
No queda un camino
Que se preste al tránsito;
Sobre la laguna, que agrandó su feudo,
Son los camalotes como esquifes náufragos;
La res chapalea
Y se hunde en el barro;
En pos de los cisnes,
Hacia el horizonte, desfilan los patos;
Su rabel monótono,
En todas las juncias, tañen los batracios...
Hasta que el pampero,
Con su hercúleo brazo
Golpea las nubes, las vence y en tiras
Sus húmedas gasas arroja al Atlántico.

En tanto las aguas
Inundan los campos
Y en tanto en el nido
Se esconden los pájaros,
Mi madre improvisa,
Para entretenerme, pasmosos relatos,
O escuchó en la triste
Prisión de su rancho
Silbar dulcemente, mientras trenza tientos
Con moños y argollas, á mi Maldonado.

VII

El jinete sin cabeza

Amortigüen mis pesares
Los ritmos de tus bordones,
Guitarra cuyas canciones
Se cimbran en los palmares;
Dí que á los brillos lunares,
Y si resopla el pampero,
Cruza el llano y el estero
El jinete sin cabeza
Que se oculta en la maleza
Cuando se apaga el lucero.

¿Sin cabeza dije? — No,
Porque á la mano crispada
De su dueño, la tronchada
Cabeza auxilio pidió;
Aquella mano la alzó
Por los cabellos asida,

Y la cabeza sin vida,
Gota tras gota sangrando,
Va los yuyos amustiando
Con el riego de su herida.

¿Quién ha sido y qué querrá?
Ninguno la reconoce;
Sale después de las doce,
Al amanecer se vá.
El que la mire tendrá
Mala vida y mala muerte,
Porque juran que es tan fuerte
Y malévolo su hechizo,
Que en venado asustadizo
A los que la ven convierte.

El duende descabezado
Negro potro jinetea,
Y á su potro aguijonea
Tras el corredor venado;
Le sigue por el bañado,
Por la loma, la llanura,
Y si le salva la pura
Transparencia matutina,

Los blancos dientes rechina
Al hundirse en la espesura.

Otras veces, si rendido
El venado se doblega
Por la salvaje masiega
En su fuga detenido,
El potro con un bufido
Sobre el venado se lanza,
Se contrae, brinca, lo alcanza
Y la lividez verdosa
De la cabeza espantosa
Ríe un grito de venganza.

A los lloros de la luna
Sobre la escena infernal,
Se estremece el achiral
Que festona la laguna;
E interrumpe la lobuna
Risa del descabezado,
El reposo descuidado
De la garza empenachada,
Del cisne y de la pintada
Gallareta del bañado.

De aquella risa el gruñido
Flota sobre el varillaje
Del juncal, como el salvaje
Resoplo de un tigre herido;
Por el eco repetido
Va de verdor en verdor,
Asusta al zambullidor,
A la espátula despierta
Y mueve, al morir, la puerta
De la choza del pastor.

La cabeza degollada
Sobre la res, casi loca
De angustia y miedo, coloca
La mano fría y crispada;
Cae, sobre la piel felpada
De la res estremecida,
La púrpura de la herida,
Y cada gota que vierte
La cabeza, se convierte
En coral enfurecida.

Silba, se enrosca, se arquea
Sobre el venado jadeante,

Aquel montón bermejeante
De reptiles en pelea;
Cada coral gallardea
Su furia en el fachinal,
Y su ponzoña letal
Derrama el diente ahuecado
Una vez en el venado
Y doce en otra coral.

¡Luna que doliente lloras,
Suspendida en el vacío,
Las lágrimas del rocío
Sobre mis viejas totoras,
Nunca en las aguas traidoras
Del estero secular
Vuelva tu luz á brillar,
Tragando al vampiro odioso
Lo verdinegro y filoso
De las pajas de techar!

Bajo el montón sibilante
Que colérico se eriza,
La pobre res agoniza,
Tumefacta y palpitante;

La luna pone un diamante
En el pretal acerado
Del potro del degollado,
Y la espantosa cabeza
Muerde con ruda fiereza
La garganta del venado.

De pronto, sobre el temblor
De los juncos de la orilla,
Suave y lentamente brilla
Como un lejano blancor;
Por el fachinal traidor
Avanza aquella blancura,
Un tero grita en la altura,
Dianea el clarín del gallo
Y el diabólico caballo
Se esconde tras la espesura.

Esta rusticana historia,
¿Es embuste ó es verdad?
Yo era niño y á esa edad
Todo cuento sabe á gloria;
Aferróse á mi memoria,
Mi madre me la narró

Y mi madre la aprendió
De un chorlo que metrizaba,
Que con las nutrias hablaba
Y en el fachinal murió.

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

Los dioses lares

¡Oh mi dulce vergel,—donde hay un nido,
Al que sirve de lámpara un cucuyo,
En cada ramo de ceibal florido,—
Escucha bien el credo que rezaba,
Para enseñarme á idolatrar lo tuyo,
La que en mí y en tu sol idolatraba!

Aquí, sobre el estero y sobre el río,
El martín pescador vuela y fulgura,
Cuando doran las mieses su verdura
En los llameantes hornos del estío.
Es su pecho encarnado

Un rubí que á los aires centellea,
Y su lomo se azula ó se verdea
Por la luz estival tornasolado.
De pronto se zambulle, reaparece
Y véis, en su delgado
Y negro pico, un pez que resplandece
Como joya robada
Al triple tul, flotante y azulado,
Con que cubre sus hombros la sagrada
Náyade del cristal de la cañada.

Aquí, bajo los rojos
Lamparazos del sol de nuestro cielo,
La pintada perdiz, de vuelo en vuelo,
Recorre la quietud de los rastros.
Aquí su ardiente pulidez ostenta,
En su bastón con nudos sostenida,
La espiga codiciada, succulenta
Y en su pajizo estuche guarecida,
Donde madura el rubicundo grano
Del morocho maizal americano.

Ceres, aquí, se baña en los efluvios
Del índico chañar. El aire vuela
Para besarla los cabellos rubios,
Que las manos amigas
Del nínfeo escuadrón ciñó de espigas
Y ciñó de amapolas. Cada noche,
Cuando la luna en los bañados ríela
Y sus punzos aguzan las ortigas,
Se ve pasar su marfileño coche
Que arrastran, diligentes,
Jaguares y serpientes.
Siembran sus protectoras
Y maternales manos,
Por cumbres y pendientes,
Por umbrías y llanos,
La red de las flotantes pasifloras,
El macachí, la salvia, la marcela
Y el junco, que festona las corrientes
Y el sueño azul de las ondinas vela.

Ceres, la que enseñó la agricultura
A los hombres primeros, ama el nido

Del picaflor, labrado y escondido
En el verde dosel de la espesura.
A las luces inciertas
Y de tintas liriáceas
Del destello lunar, las solanáceas
Hace surgir en las campestres huertas.
Su ropaje celeste, que ha entallado
Con cinturón de juveniles rosas,
Da motivo á que vaya custodiado
Su coche por nocturnas mariposas.
Luciendo así sus policromas galas,
Tras el coche con bridas de azucenas,
Susurran el cuarteto de sus alas
De brújicos encajes las hepialas
Y gnómicos tisúes las zigenas.
Cuando el terruño cruza la bendita
Deidad de los maizales, sus vigores
Siente crecer el viraró, palpita
El curupí meciendo sus verdores
Y á la luz de los astros, con sigilo,
Se besan el estambre y el pistilo
En la copa nectárea de mis flores.

Ceres esculpe, — dándoles el brillo
Que ostentan en sus frutos, — las panojas,
Y del guindal las lanceoladas hojas,
Y las aovadas hojas del membrillo.
Ceres, con su hechicero
Influjo, aromatiza el duraznero;
Embellece á la flor de la barranca
Con el joyel, redondo y amarillo,
De su gentil circunferencia blanca;
Tiende, sobre el timbó, la enredadera
De ñapingá; colora de negrura
El tronco de los molles; empurpura
El cáliz de los ceibos; y en la aruera
El haz de la apretada gusanera
En lucientes cucuyos transfigura.

No os dijo aún mi musa quitaña
Que en el ebúrneo coche reclinada
Va otra ilustre y pulquérrima matrona:
Es la rival de Ceres, la sagrada
Y divina Pomona.
Su origen es etrusco; los helenos

Su nombre y su virtud desconocían:
Roma besó las puntas de sus senos,
Que á fresa y dátíl dicen que sabían.
Pan la ofrece, en tributo
De adoración, el fresco y dulce fruto
De los guayabos, el gentil racimo
De las vides salteñas, el opimo
Licor de miel de las naranjas de oro,
Las drupas del palmar, de los manzanos
El acídulo néctar, el tesoro
De zumos de los tiernos macachíes
Que tintorean nuestros verdes llanos,
De la granada el globo de rubíes,
De los burucuyás los rojos granos,
Las succulentas moras del zarcero,
De los ñangapirés las esferillas,
Los granates del manto del guindero,
El pulido coral de las frutillas,
Y las monteses pomas
En donde rezan su canción de aromas
Del membrillo las carnes amarillas.

De las diosas benéficas el coche,
Que nacaran las luces de la noche,
Jovial dirige, con sapiente mano,
El rústico Silvano.
Mirad y notaréis, en el pescante,
El bastón de ciprés con que arrogante
Doma las furias del jaguar sañudo
Y al carnicero cimarrón arredra
El viejo semidiós, casi desnudo
Y coronado de silvestre hiedra.
¡Guardián de nuestras reses y celoso
Paladín de los árboles nativos,
Cuida de las ovejas el reposo
Y haz que encumbren altivos
Los ubajáes su dosel frondoso!
¡Sean nocturno asilo de las alas
Aborrecidas por las sierpes rojas,
De nuestros sauces las argénteas hojas
Y el obscuro verdor de nuestros talas!
¡Que el yaribá al salvaje
Churrinche dé refugio en su follaje,
Y que el pecho amarillo
Perfume su plumaje
En las ramas en flor del espinillo!

¡Oh mi terruño de ondulantes cuestras,
El de planicies de enceradas mieses,
El que forja con oros de sus puestas
Las policromas manchas de sus reses,
Que el cielo te bendiga
En el nido, en el trébol y en la espiga!
¡Que por todos los siglos, donde canta
El zorzal los repiques del verano
Y la ceiba sus púrpuras levanta,
Triunfe la majestad radiante y santa
De Ceres, de Pomona y de Silvano!

¡El himno de la luz vibre en la reja
Que cunas les construye á tus espigas,
Noble pasión del noble Lavalleja,
Madre inmortal del inmortal Artigas!
¡Mi idolatrado edén, bajo tu cielo
Dormir quisiera el sueño de granito
De la noche sin fin! ¡Que me enterrasen
Con el rostro hacia el sol, y que acercasen

Bien á mi boca tu fecundo suelo,
Para que siempre y siempre, en la infinita
Eternidad, mis labios te besasen,
Tierruca de mi amor, patria bendita!

II

En el corral

Maldonado está listo. — La manada,
En que abundan los zainos y los moros,
Espera en el corral bajo los oros
Con que anilla rubíes la alborada.

Elegante, tallada
Escultóricamente, está la overa
Que eligió el domador. Cual si previera
Que es la escogida, bufa y se arrincona,
Poniéndole en la crin ensortijada,
La zafirina luz, yelmo y corona.

Maldonado está listo. Sin apuro,
Al son de las agudas nazarenas,
Silba bajo el arroyo de azucenas
Que inundó los pajales de lo obscuro.

En sus ojos, de puro
Y metálico brillo, libre anida

La pujanza imperial, nunca vencida,
Del concolor. El lazo traicionero
Hace que rondan, con su silbo duro,
Los potros de ancha grupa y pie ligero.

La disparada empieza. — La tallada
Escultóricamente, luce airosa
Su terciopelo de jazmín y rosa
Entre el polvo que alzó la disparada.
De la overa rosada
Los remos liga el lazo sibilante.
Tiembla convulsa, y logra un breve instante
Resistir; pero el lazo la voltea
Con un rudo tirón. Desesperada,
Sobre el corral, resopla y forcejea.

El bocado prendido en los asientos,
El bozal bien seboso y el rendaje
Atado encima de la crin salvaje
Que se enruló peinada por los vientos;
Con estremecimientos
Del copete á la cola todavía,
Siente en su oreja, que acordó bravía
La música sublime de la llana,

La humillación que dan los rozamientos,
Nunca sufridos, de la diestra humana.

Después viene el suplicio del recado;
El horror de la cincha, que hunde el lomo
Y que machuca el costillar; el plomo
De la argolla en las carnes enclavado.

Ya saltó Maldonado
Sobre la overa: le hinca las lloronas,
El ijar sangra, crujen las caronas,
Dos brincos, un avance, un corcoveo
Y el cuerpo hercúleo, noblemente arqueado,
Es espuma, sudor, bote y cimbreo.

— Un lonjazo en la grupa. Puerta franca.
Sin padrinos. Conozco la pradera.
Es sin lindes el trébol y la hoguera
Del sol ya asciende como la hostia blanca.—

La escultural arranca
En un galope rudo y desbocado.
— Por allá no, que hay verdes de bañado;
Por aquí, donde hay verdes de gramilla
En que el lloro del cielo no se estanca
Y limpio el sol de los charrúas brilla.

¿Quieres saltar? — Pues salta matorrales
Con flores carmesíes ó azuleas.
Así. Con tus corcovos me cuneas
Como al zorzal columpian los juncuales.

Los cardos son puñales.
Evítalos. ¿Qué logran tus boleos?
Caigo de pie. Renuncia á esos deseos
Y sé más dócil, para ser hermosa,
Porque el sudor que viertes á raudales
Mancha tus sedas de jazmín y rosa.

¿Te paraste de golpe y cuatro veces
Seguidas saltas, con las manos tiesas?
Otras domé más duras, más aviesas,
Otras con más orgullos y arisqueces.

Es inútil que reces
Tus salves de corcovos y bufidos.
Tus músculos de acero están vencidos,
Tu cólera de fiera está gastada,
Y por lo fino de tu crin mereces
Verla con ramos de arazá trenzada.

¿A qué te ruborizas, la cabeza
Escondiendo en los nudos de tus manos?

¿A qué hacerte un ovillo, si son vanos
Todos estos alardes de fiereza?

Se acrece, la belleza
De tu sexo gentil, con la dulzura.
Tu brinco es un primor. Se me figura
Que otra vez te encabritas, mi rosada,
Y te aseguro que es una torpeza
Mostrar tu blanco vientre á la alborada. —

Y rayan los lonjazos la pulida
Piel de la bestia, mustia y jadeante,
Que da á la libertad, con resonante
Relincho de dolor, su despedida.

Sudorosa y rendida
Vuelve la pobre overa al caserío,
El sol relumbra en el cristal del río
Y el pescuezo, sedoso y argentado,
Golpea suavemente á la vencida,
Al compás de un cielito, Maldonado.

III

Al son del arado

Al brillo de la lumbre mañanera
Que baja de la paz de las alturas,
Flota sobre mis índicas llanuras
El canto de la alegre sementera.

— Vamos, José, — me dice la hechicera
Voz que tiene más ritmos y frescuras
Que el arroyo que cubre de verduras
Olorosas el cerro y la pradera.

Juntos, bajo las ramas del florido
Aromo que perfuma á los que amamos,
De la alondra el vibrante y encendido

Credo al sol reverentes escuchamos,
Y ante la cruz, que vela á los que han sido,
Nuestra plegaria matinal rezamos.

Ágil, después, los surcos paralelos
La enlutada sonriéndome inspecciona,

Y sus trenzas negrísimas corona
De oro la luz que corre por los cielos.

Sobre el campo, que fué de mis abuelos,
La simiente, vertida en la besona,
De la cosecha que pasó pregoná
Los fecundos y pródigos desvelos.

Nos dice: — Premiaré vuestras fatigas
Con enceradas y óptimas espigas;
¡Salve al trabajo varonil y hermoso! —

Y el arador responde á este bendito
Anuncio de victoria, con su grito
De:—¡Anda, Teniente! ¡Apúrate, Barroso!—

Es mucha de mi madre la belleza
Y es mucha del terrón la lozanía;
El terrón es el brío y la alegría,
Mi madre es la bondad y la nobleza.

De la luz del naciente la pureza
Fulge en los ojos de la madre mía;
Y es del terrón la incásica energía
Sacro raudal de gloria y de riqueza.

Al compás de la estrofa del arado,
Que sus viriles ritmos acentúa,
Parece que en el áger perfumado

Y en aquella mujer se perpetúa
Toda la excelsitud de lo pasado,
Lo mejor de lo godo y lo charrúa.

De la cerúlea lumbre bajo el lloro,
Que la besona varonil caldea,
La simiente magnífica se arquea
Con centelleos de abanico de oro.

Sobre el surco se extiende su tesoro
Para hundirse en las zanjás, que orillea
El mullido terrón y en que aletea
Más de un insecto de zumbiar sonoro.

Yo, como un cardenal enamorado
Del aire y de la luz, tras el arado
Me gozo en perseguir á las semillas;

Ellas huyen, del surco codiciosas,
Y mis dedos dibujan mariposas
Que el sol viste de gasas amarillas.

Con el timón rayando los caminos
Y la curva mancera levantada,
El arado nos dice su trovada
Bajo la luz de flecos purpurinos.

Silba feliz el tordo en los espinos,
Arrulla la torcaz en la cañada
Y la angélica voz de la enlutada
Endulza los trabajos campesinos.

Hay más perfumes en el limpio ambiente,
La reja del arado es más brillante,
Reluce más dorada la simiente,
El resoplo del buey es más pujante
Y el yugo menos yugo, si se siente
Rodar las perlas de la voz cantante.

De las coyundas el crugir pausado,
El suave hundirse de las anchas rejas,
De los terrones húmedos las quejas
Al penetrar los filos del arado;

El surco, que fecunda el inflamado
Golfo de olas cegantes y bermejas,
Todo lo inmenso de las cosas viejas
Que enterró en sus negruras mi pasado;

Renace con imperio en mi memoria
Sonando á excelsitud, como una gloria
Que en mis canciones perpetuarse pide,

Y os juro que salvara del olvido
Los días más hermosos que he vivido
Si tuviese el pincel de Larravide.

Así á la luz divina del brasero
Que todo lo apurpura y lo caldea,
Y en tanto la picana aguijonea
A Remolón, á Rubio y á Casero,
El rejal hunde su gastado acero,
El surco traza y sobre el surco ondea
Algún mixto que trova y que parlea
Entre el terruño gris y el sol de Enero.

La luz, la nube, el buey y la picana,
Tu pasto puna convirtiendo en trigo,
Pregonan que el arcángel del mañana
Dirige tu labor y está contigo,
¡Oh jardín de la tierra americana!
¡Oh madre y numen que amo y que bendigo!

IV

Idilio rojo

I

¿Acaso, en los verdores
Del trebolar en flor, no existe el drama?
¿Acaso no hay ensueños y dolores
En los sotos y alcores
Que se tapizan de olorosa grama?

¿Acaso, en la llanura,
Todo es paz y riqueza y alegría?
¿Acaso, en la selvática espesura,
No hay gritos de agonía
Y silencios preñados de amargura?

Doquiera que giremos,
Los que en el valle terrenal vivimos,

Siempre con el dolor tropezaremos;
Entre lloros nacemos
Y llorando, al morir, nos despedimos.

No libran á la entraña
Del garfio del dolor, que la destroza,
Ni la gruta que se hunde en la montaña,
Ni la agreste espadaña
En donde el silfo vespéral solloza.

Siempre el fuego del día
Y las luces nocturnas, — en la urbana
Confusión y en la rústica alquería, —
Se ciernen, musa mía,
Sobre la inmensa pesadumbre humana.

Pasando los trigales,
Pasando de los ceibos los verdores,
Pasando los bravíos pajonales,
Aún sus duros puñales
Esgrimen y empurpuran los dolores.

El linde de la estancia
Es el dorso de un cerro, que perfuma

Algún tembetarí con su fragancia
Y muestra, á la distancia,
De dos torrentes la hervidora espuma.

Con blancuzcos florones
El mato secular le festonea,
Sobre sus chircas el halcón rondea
Y en todos sus rincones
Hay un buho y un áspid culebrea.

El frío y la neblina
Descienden del cubil hosco y salvaje,
No bien se azula el matinal celaje
O el tramonto declina
Sonrosando las copas del ramaje.

En la ruda maleza
Del chircal, por los flancos extendido,
Todo es sombra, pavor, garra y zumbido;
¡Allí de la tristeza
Se mece, al soplo del pampero, el nido!

En aquellos rugosos
Breños y riscos, que el chircal alfombra,

El fulgor de los astros más hermosos
No platea los fosos
En que hilan las arañas de la sombra.

Vencen á las arañas
Unos tembetaríes muy entecos,
Que nutren mal del monte las entrañas,
Y un mundo de alimañas
Infecta del peñón los recovecos.

Bajan, después, al llano
Más confusos y espesos los varales,
Hasta llegar al borde de un pantano
Que no seca el verano
Ni endurecen los fríos invernales.

La cerril espesura,
Que el peñón con sus varas festonea
Y sus matos esparce en la llanura,
Gruñe, oprime, tortura,
Sofoca, amarra, pincha y latiguea.

Ante la marejada
Crespa y rojiza del verdor siniestro,

Se detiene con susto la venada
Y bufa el potro nuestro,
Que es de gran corazón y corta alzada.

Cuando el pampero agita
Con titánicos puños los varales,
El duro tacuaral tiembla, se irrita,
Se encorva, salta y grita
El redoble feroz de sus timbales.

Aquella red obscura,
Que no rompe la luz de las estrellas,
A entreabrir sus marañas se apresura
Cuando hiende la altura
El rojo culebrón de las centellas.

Si el monte y el barranco
Diciembre alegre con sus tintas claras,
Del cerro adornan el rugoso flanco
Lo purpúreo y lo blanco
De los tembetarís y las tacuaras;

Pero los hila el huso
De la bruja que impera en los breñales,

Poniendo en las guirnaldas lo confuso
Y montaraz que puso
En el triste verdor de los chircales.

Si la luz del verano
Lo muy zahareño de la red bravía
Teñir y embellecer procura en vano,
El viscoso pantano
Más lúgubre pardea todavía.

Veis, más allá, biguaes,
Regias garzas, gramíneas con zumbidos,
Sarandíes de troncos retorcidos
Y altos caraguataes
De hojas con dientes por el sol bruñidos.

A la luz de Febrero
Son un naciente las garceras alas;
Copian su tinte el cáliz del guindero,
Y el clavel serranero
Sobre el negruzco tronco de los talas.

Pero afirmo que en vano
Lucen allí sus oros y corales

Las ninfas de las albas del verano;
¡Siempre infecta el pantano
Y siempre son abruptos los varales!

II

Sólo un rancho negrea
De aquella soledad en los pavores;
Sólo el humo de un rancho se cimbreo
Sobre la gigantea
Red de pinzas, de miasmas y verdores.

Tras aquella negrura,
A trozos por la luz santificada,
Escondieron la hiel de su amargura
La esquilina figura
Y el roto corazón de Juan Terrada.

Antes era un campero
De francos ojos y de instintos nobles;
Alegre, guitarrero,
Hábil agricultor y medianero
De mi estancia, la estancia de los Robles.

En un valle, que enflora
No lejos de la cúspide bravía,
Otro hogar tuvo que miró á la aurora
Y en que un ave cantora
Con sus dulces endechas le mecía.

Con muy probos empeños,
Por una gran ternura embellecidos,
Cultivó los naranjos esquilmeños
Que aromaban sus sueños
Cubriéndose de flores y de nidos.

La luz de la alborada
Hallóle con su yunta en los trigales,
Hallóle con su bayo en la majada
Y hallóle con la azada
Para trocar en viñas los chircales.

A la lumbre serena
De nuestras noches, que el amor predican,
Juntó á los rasos de una faz morena
Su boca, siempre llena
De dichos que cual crótalos repican.

Era dulce y hermosa
 Aquella santa de los labios rojos,
 La de las carnes con perfume á rosa,
 La venadita airosa
 Con mucho sol en los oscuros ojos.

Era luz de alegría
 Aquella morenez, pura y creyente,
 Cuando otra morenez en la surgente
 De sus senos bebía
 El néctar de los lirios del naciente.

Una tarde dorada,
 En que ella del chircal tentó el enredo,
 Volvió convulsa, lívida, angustiada
 Y le dijo á Terrada:
 — ¿Por qué me dejas sola? ¡Tengo miedo! —

Juan pregunta y extraña
 Su pánico febril. Mas temblorosa
 Gime sin responder. La mariposa,
 Que aprisionó la araña,
 Debe temblar como temblaba Rosa.

Él insiste. Ella, muda,
Rompe á llorar de miedo y de tristeza.
— ¿Te insultaron? — le grita con voz ruda.
La mujer sufre, duda
Y responde que no con la cabeza.

Después, viendo en sus ojos
Una explosión de ardientes bizzarrías,
Cierra sus labios con sus labios rojos
Y dice, entre sonrojos:
—Tranquilízate, Juan; ¡son cosas mías!—

La lumbre de la luna
Desvanece sospechas y temores,
Nevando sobre el lienzo de la cuna
Donde aroma la bruna
E idolatrada flor de sus amores.

Reviven jubilosas
Las ansias del querer, siempre benditas,
Y zumban, como azules mariposas,
Los besos en las rosas
De aquellas dos sedeñas manecitas.

Una tarde, volviendo
Al jardín amoroso y bien querido,
Juan se detiene, con furor rugiendo,
Desde la puerta viendo
El trágico desorden de su nido.

Todo, ante el desgraciado,
De los desastres el pendón tremola:
El mastín, junto al lecho, degollado;
El lecho ensangrentado;
La pobre cuna derribada y sola.

Con estridente risa
Llora el dolor que le desgarrá el pecho:
¡También han degollado á su gurisa!
¡Y ríe! ¡Se precisa
Calma para que purguen lo que han hecho!

A la gurisa toma
En sus hercúleos brazos; una dura
Perla á sus ojos sin rodar asoma;
Y pone en la paloma
Un beso inacabable de ternura.

Y vagó, como·fiera
Que sacude la frente enmelenada,
Por el varal. Y hallóle la alborada
Sobre la traicionera
Viscosidad de matos circundada.

Y la nocturna sombra
Sintió aullar, como lobos, sus rencores;
Que hasta al reptil conmueven los clamores
Trágicos con que nombra
Del seco edén á las marchitas flores.

El tacuaral husmea,
Como sabueso, su hambre de venganza;
Muerde sus puños, gime, titubea
Y es tigra sofoclea,
Si presume que logra, su esperanza.

¡Nada encontró! La aurora,
Al buscarle clemente por el llano,
Aún vió sus garras de jaguar indiano
Hundirse en la traidora
Y húmeda podredumbre del pantano.

¡Nada encontró! ¡Nervudo
Gastó sus días y gastó sus noches
En el rebusque rencoroso y rudo:
Dos veces mirar pudo
Cubrirse al matorral de hojas y broches.

Pero Juan no veía,
La sombra de la muerta le cegaba,
La imagen de su amor le enloquecía,
En los matos se hundía
Y el cuchillo en sus troncos afilaba.

Se quedó allí, demente,
Como un espectro lúgubre y errante,
Con dos nombres clavados en la frente
Y era tal su semblante
Que huía, de sus ojos, la serpiente.

Una tarde encontróla.
Bajaba por los varos. La blancura
De las flores el sol besa y aureola.
Bajaba riendo, sola
Y en añicos la inútil vestidura.

Bajaba envejecida,
Horrible, innoble del poniente al brillo;
Él dió un salto de fiera enfurecida
Y en aquel seno, que enfangó la vida,
Hasta la cruz le sepultó el cuchillo

Subió por los varales
Con la muerta, á las luces del tramonto;
Encendieron los tucos sus fanales
En la cumbre, y de pronto
Empezaron á arder los matorrales.

¡Crujiendo empurpurada,
Torciéndose rugiente y espantosa
Sobre áspides y fieras, la encrespada
Urdimbre de verduras vió á Terrada
Subir, envuelto en luz, llevando á Rosa!

V

En la noche callada

Hay un puesto en el norte de la estancia,
Y junto al puesto surge una cuchilla,
Que un trebolar envuelve en su fragancia
Y en que la flor de los aromos brilla;
Los dos perfumes cruzan la distancia
Y besan á un vetusto coronilla,
En donde viven un zorzal parlero
Y una urraca, que es socia del puestero.

Lo que el puestero planta, se lo come,
Si lo plantado se convierte en fruta,
Y no hay botón de aromo en que no arome
Su plumaje y sus pies, la disoluta;
Antes, mucho antes de que el sol asome,
Ya se ríe, ya vuela, ya disfruta,
Ya le entona á la luz su primer rezo
Y ya grita en las ramas del cerezo.

En cambio, si el zorzal ó algún curioso
De pico y plumas entra en el huertío,
Hay que ver el bochinche escandaloso,
El bochinche de padre y señor mío,
Con que la urraca de penacho airoso
Les grita á los intrusos: — Esto es mío;
Con esto no se nutre ni negocia
Ninguno sino yo, que soy la socia. —

Está tan habituado mi puestero
A las bellaquerías de la urraca,
Que la deja saciarse en el guindero
Y á los intrusos de los guindos saca;
Burlona y vigilante como un tero,
Destruye, sin gustarlo, lo que saca
Para enzumar el pico con que muerde
El fruto rojo en la cortina verde.

El zorzal, aunque come, no destroza,
Como una flauta su canción silbea
Y aunque temprano se perfuma, goza,
Las alas cimbra, su oración cunea
En los aromos y también retoza
Con sed de amores á la luz febea,

El zorzal al puestero no le saca
El fruto en flor. ¡La pícara es la urraca!

Está el florido puesto separado
De la casa pairal por los cristales
De un arroyo muy limpio, muy rizado
Y payador de coplas nacionales;
Refleja, en sus espumas, lo encantado
De todos los matices vesperales,
Y ved que el sol que ríe en nuestras flores
Nunca se cansa de gastar colores.

¿Lo dudáis? ¿Os asombra lo que digo?
¿Queréis nieve? — Pedidla al jazminero.
¿Queréis oro? — Dorado es nuestro trigo.
¿Queréis rosas? — Hay rosas de zarcero.
¿Lo pardo preferís? — El pardo abrigo
De sus plumas os brinda el espinero.
¿Deseáis gemas de opalino oriente?
¡El tuco es un joyel fosforescente!

El puestero es un viudo, un emigrante
De aquel otro jardín, donde pregona
La fama el nombre colosal de Dante

Y un balcón hizo célebre á Verona ;
La voz es musical, franco el semblante,
Y muy limpia la nieve que corona
Aquella faz, que imagináis serena,
Pero que esconde una profunda pena.

Un hijo mozo, varonil, cetrino,
Pero un hijo que es ciego y nació mudo,
Grita elocuentemente que el destino
Con aquel hombre se mostró sañudo ;
Trágico es tu dolor, oh campesino,
Y sé que tu dolor se hace más rudo
Cuando vuelve la garza emigradora,
La vid madura y el cardal enflora.

Adivinas que el mozo va encontrando
Horribles su mutismo y su negrura,
Porque un ciego, también, puede soñando
Abismarse en la luz de la hermosura ;
El credo dulce y embriagante y blando,
Que el tordo silba y el raudal murmura,
Rezó el mudo á la flor de los amores,
Que es la más pasajera de las flores.

Castruzzi, recogiendo á una sobrina
Huérfana y pobre y avispada y fea,
Que trepó con el mudo á la colina,
Donde el pirincho triunfa y alertea,
Hizo arder, en el mozo, la divina
Luz del amor que todo lo hermosea,
Que canta como un mirlo y que fulgura
Como un rubí sobre su noche oscura.

Yo vagué, con los dos, por los collados
A los brillos liliales del naciente;
Y el macachín, de tintes sonrosados,
Zumos nos dió á los tres en la pendiente;
La urraca, en los aromos perfumados,
Se burló de los tres, y la corriente
Hiló, para los tres, flecos de espumas
En donde un cisne argenteó sus plumas.

Yo comprendí que estático y de hinojos
El mudo idolatraba á la campera,
Que fué para la noche de sus ojos
Sol de diciembre é invernal hoguera;
Con claros signos me pedía rojos
Capullos de montés enredadera,

Los flotantes cabellos le besaba
Y con burucuyá los coronaba.

Así crecieron. — Él con la divina
Ilusión de vivir siempre á su lado,
Y ella subiendo siempre á la colina
Para ver si llegaba lo esperado. —
Lo esperado llegó, se fué Sabina
Y Raimundo, más triste y más callado
Desde entonces, parece en lo florido
De los aromos, un mastín perdido.

No os canséis en decirle que es más fea
Que el cicutal con su blancura inclara;
Él la ve con los ojos de la idea,
No la ve con los ojos de la cara.
¡Ella es un sol inmenso, que azulea
Su oscuridad sin fin! ¡Si él la pintara,
Veríais una urdimbre milagrosa
De hilos de luz y pétalos de rosa!

Como el mozo no entiende de colores
No la sabe pintar, pero así es ella,
Un montón de zorzales y de flores,

Una cosa tan dulce como bella,
Y aun cuando nunca ha visto más fulgores.
Que la gran luz de su soñada estrella,
Él sabe que, — besando sus cabellos, —
Bebió perfumes, coplas y destellos.

Sabe más, porque sabe que se muere,
Y sabe más, pues sabe que se mata;
Si el rayo de la ausencia no le hiere,
Él conoce un puñal de acero y plata. —
Morir. — Hay que morir. — ¿Para qué quiere
La vida, si la sombra de la ingrata
No azula los negros de su sombra
Y allí, en lo obscuro, su mudez la nombra?

El pirincho se burla de su pena
Sobre el guindal en flor; en la cuchilla
De lo que fué la cántica resuena;
En la copa del duro coronilla
La despide el zorzal; y aun en la arena,
Aun en la blanda arena de la orilla,
Se sienten los acordes de su paso
En el silencio augusto del ocaso.

El pirincho le grita: — ¡Compañero,
El amor es muy dulce, pero nada
Tiene el azúcar que hallo en mi guindero!
¿En tu noche sin fin, encapotada,
Sin una salve y sin ningún lucero,
Querías que viviese encarcelada?
¡La sacó, de tu cueva de peludo,
Otro que ve muy claro y no está mudo! —

El zorzal le salmodia: — ¡Amigo mío,
Ya la hallarás allí donde fulgura
La eterna lumbre de un eterno estío!
¡Allí verás! ¡Allí, de la hermosura
Bañando tus miradas en el río,
Florecerá en jazmines tu ternura,
Y serán tus mutismos sepulcrales
Una orquesta de rojos cardenales! —

Creo inútil deciros que el que piensa
Sin hablar y sin ver, vive penando
Más que el que puede de su angustia intensa
La hiel volcar á gritos blasfemando;
Meditad en lo horrible de la inmensa
Desolación del hombre que, callando,

Sabe que arrastrará sus amarguras
Solo, muy solo y para siempre á obscuras.

No extrañéis, pues, si al declinar un día,
Que derrochó torrentes de escarlata,
Raimundo sube al cerro en que solía
Recordar los donaires de la ingrata,
Y en aquellos aromos, donde había
Adorado á la infiel, reza y se mata,
En tanto que el zorzal rima un sollozo
Y el pirincho un burlón grito de gozo.

Siempre en los dramas de lo humano ha sido,
Y siempre lo será, cosa corriente
Que sobre la agonía de un vencido
Se burle sin clemencia el maldiciente
Y llore con clemencia el bien nacido,
Pues dividir podemos á la gente
Que nos circunda, en astros y en arañas:
Llevamos sol ó pus en las entrañas.

Lo que el pirincho ignora é ignoraba,
Y por eso villano se reía,
Es que cuando Raimundo penetraba

En lo azul de la muerte, ya veía.
Ella, pero inmortal y que lloraba
De compasión, amante le decía:
—¡Yo copio de tu dueña la figura;
Pero es luz, y no limo, mi hermosura! —

El zorzal, porque el himno que se eleva
Sube hasta el fin del fin, supo que el mozo
Se había hallado con la amante nueva
En la boca de sol de nuestro pozo;
Y como ocultas en su pecho lleva
Las notas del dolor y las del gozo,
¡Sobre Raimundo, que al morir veía,
Repicó clarinadas de alegría!

VI

El padre

Castruzzi no llora, le falta un sollozo
Que ablande las hieles de su corazón,
Inmóvil contempla los restos del mozo
Y está tan cambiado que da compasión.

Raimundo era ciego, nunca se reía
Y á veces con signos intentaba hablar;
Pero con Raimundo se fué la alegría,
La calandria, el aire y el sol de su hogar.

Raimundo era inútil. En el camposanto
Se hallará solito. Y el padre pensó:
—Si es verdad que á veces descorren su manto,
Más negro que el negro pozo en que nació,

Cuando le concedan que salga del sueño
Y vagué á las luces del disco lunar,
¿Qué hará, siempre solo, mi pobre pequeño?
¡Si no tiene vista! ¡Si no sabe hablar!

Si la madre, al menos, le reconociera;
¡Hace tantos años que descansa allí!
Tal vez le conozca viendo su ceguera;
¡Los ciegos no tienen los ojos así!

Había en sus ojos una gran dulzura;
La madre y el hijo se adivinarán:
¡Las madres son madres y en la noche oscura,
Las madres, á tientas, con sus hijos dan!

¿Sabrá la dormida descifrar sus signos?
¿Y si no se logran entender los dos?
Ya harán que se entiendan los astros benignos,
Me dirán algunos. ¡Yo no creo en Dios!

¿A Dios qué le hacía mi pobre pequeño?
Le negó iracundo la gracia de ver,
Y debió impedirle que bordase un sueño
Tejido con locas risas de mujer.

El mozo soñando topó con la muerte;
Y en pos de una ingrata se apartó de mí:
Me lo traen sangriento, lívido é inerte;
¡Sabed que es mi vida lo que traen así!

La adorada mano que trazó su herida,
Repitió dos veces el golpe mortal,
Y el segundo golpe sepultó en mi vida,
— ¡Hasta el puño! — el rojo filo del puñal. —

Castruzzi no llora, le falta un sollozo
Que ablande las hieles de su corazón,
Inmóvil contempla los restos del mozo
Y está tan cambiado que da compasión.

El sol enrojece la cumbre del cerro,
El carro disponen, clavan el ataúd,
El zorzal redobla, se aleja el entierro,
Y el pirincho grita con desdén: — ¡Salud! —

Al trote y al tranco llegan al pueblito,
Que como á ocho leguas de la estancia está;
Allí no hay panteones de jaspe y granito,
Pero allí sus mirras zurce el resedá.

Una tapia cerca las humildes cruces,
Pintado de negro rechina el portón;
No hay allí epitafios, ni encajes, ni luces;
No hay allí más flores que las del malvón.

El sol agrietaba la tierra amarilla,
El suelo de greda, suelo de humedad;
¡Es el sol nativo, que perenne brilla
Cruzando los mares de la eternidad!

La lluvia y el soplo de la pamperada
Borraron los nombres del recinto aquel;
Allí lo que es nada retornó á la nada;
Allí no hay coronas de bronce y laurel.

En aquel recinto duermen los anónimos,
Y en aquel recinto ninguno escribió
Lisonjas que cambian en héroes epónimos
A los que la guerra civil encumbró.

Allí está el que labra la tierra bendita,
Los baguales doma, picanea al buey,
Enriquece al pago y en las cumbres grita
Si un mandón intenta convertirse en rey.

Allí de lo cierto de nuestra miseria
Puede persuadirse nuestra vanidad;
Allí no hay cintajos sobre la materia,
Ni embustes de oro sobre la verdad.

Allí para siempre descansa el burlado,
Sin lengua y sin ojos, que murió al saber
Que es de nuestros sueños el más encumbrado
Un sueño que nunca logra florecer.

El grano de arena se perdió en la fosa,
Ya el mozo descansa para siempre allí,
Y el sol sobre el mozo cimbra su radiosa,
Fecundante y pura lumbre de rubí.

Sobre el muerto rondan las rubias abejas,
El malvón les brinda su silvestre miel,
Se siente á lo lejos balar las ovejas
Y un tordo, en las cruces, ensaya un rondel.

Castruzzi es de mármol, le falta un sollozo
Que arranque las hieles de su corazón,
Y cuando apisonan la tumba del mozo,
¡Parece tan viejo que da compasión!

VII

Me llevan á la ciudad

Zorzales, que la seda de las alas
Sobre los viejos talas
Abrís para escalar y hender el cielo;
Oh bien olientes mantos de gramilla,
Que alfombráis la cuchilla
De esmeraldíneo y suave terciopelo;

Campos en que nació y en que he crecido,
Como en su agreste nido
El espinero y en su cueva el tuco;
Oh fecundante ambiente embalsamado,
Que azulas lo nevado
De los grandes corimbos del saúco;

Luces de la mañana y del poniente,
Que os bañáis en la fuente
Del riñón de la abrupta serranía;

Oh luces de la aurora y de la puesta,
Que en el llano ó la cuesta
Me escuchásteis rezar mi credo al día;

Chozas, que levantáis en el repecho
Vuestro negruzco techo
Por el empuje pamperal ladeado;
Caraguataces duros y espinosos,
Que crecéis abundosos
En las silentes aguas del bañado;

Ceibal, por el vaquero recorrido
Canturreando el silbido
En que se placen tus purpúreas galas;
Espigas de las mieses de la vega,
En cuyos oros pliega
La mariposa sus gentiles alas;

Huertío, que sazonas los pintones
Duraznos y compones
Del guindo en fruto las cromadas tintas;
Y naranjal, donde alzan su concierto
Los chingolos del huerto
Cuando con níveos cálices te encintas;

Oh tardes largas, puras y ardorosas,
Cuyo polvo de rosas
Hierva en la cumbre, hierva en el potrero,
Y á cuyas refulgencias carminadas
Vagué por las quebradas
Buscando nidos de perdiz y tero;

Oh galpones, donde unen las ovejas
El coro de sus quejas
Al coro del tric - trac acompasado,
En las ardientes horas de la esquila,
Cuando el vellón se apila
Cresposo, suave, fino y argentado.

Oh veladas felices junto al fuego
De mi hogar de labriego,
Que alumbra la cuentera y la sencilla
Plática de los toscos domadores,
Más ricos en vigores
Que el duro corazón del coronilla;

Oh guitarra, que triste como el viento
Que zumba su lamento
En los embudos del peñón serrano,

Compones con arrojós, amoríos,
Saudades y desvíos
La copla monorrítmica del llano;

Oh mi viejo jagüel, en donde entona
Sus himnos de bordona
De la represa azul la catarata;
Y en el que hunde, las tardes de sequía,
La vacuna bravía
Su hocico negro en tu frescor de plata;

Me separan de tí, fúnebre aroma,
Que centelleas como
Estiva nube cuando el sol te toca;
Me alejan de mi edén, oro que luces
Sobre las santas cruces
Ungidas por los besos de mi boca.

Cuando asome la luz del nuevo día,
La loma que fué mía,
El valle en flor que imaginé tan mío,
El monte agreste y el frutal lozano,
Esperarán en vano
Verme pasar con dirección al río.

Inútilmente aguardará la garza,
 Cuando la luz esparza
Los lirios de la aurora por la altura,
Que, cual buque corsario, mi barquilla
 Se aparte de la orilla
Y de los juncos corte la verdura.

Preguntará á los chorlos porque dejo
 Tranquilo en el espejo
Vogar y columpiarse al camalote,
Sin tejer con sus ramos de esmeralda
 El timón, la guirnalda,
La insignia y el velamen de mi bote.

El chajá, que fraterno alerteaba
 Si en la totora brava
Se tumbó mi barquilla zozobran-
Acusará de infiel á mi ternura
 Cuando asome en la altura
La estrella del pastor como un diamante.

Oh las garzas rosadas, con el rico
 Matiz del abanico
De sus plumajes albos y sedeños;

Oh churrinches, ariscos y encarnados,
Que pasáis como alados,
Engañadores y fugaces sueños;

Me voy á la ciudad, pero enredadas
Se quedan mis miradas
En la red de la agreste cina - cina,
Porque os juro, al partir, que deja el niño
La flor de su cariño
Colgando del ombú de la colina.

Mi terruño de libres soledades,
¿Qué dirán las ciudades
Al hijo de tus llanas giganteas?
¡El del clavel serrano, el del hornero,
El de flor de zarcero
Y bronce de maizal, bendito seas!

¡Sé bendito en tus cuestras onduladas,
Tus frondas perfumadas,
Tus trebolares finos y olorosos,
Tus linfas puras, tus cimbrantes mieses,
Tus mugidoras reses,
Tu áureo sol y horizontes espaciosos!

Me voy porque un hermano de mi padre
Le aseguró á mi madre
Que á su gurí transformará en letrado,
Aunque yo francamente no me explico
Que al pastoril pellico
Se prefieran las borlas del togado.

Unos ojos tiernísimos, que adoro,
Ablandan con su lloro
Las prendas que dispone en mis valijas;
Y yo miro á mi edén desde unos secos
Breñales, cuyos huecos
Aman las puntiagudas lagartijas.

Sube desde la llana hasta los riscos
Un fuerte olor de apriscos,
De cinamomos agrios y salvajes;
En el chircal hay cánticos de boda,
Y la campiña toda
Me despide meciendo sus boscajes.

— ¡Adiós! — me dice el trébol con sus ramos;
— ¡Adiós! — con sus reclamos
Me grita la torcaza ronronera;

— ¡Adiós! — me dicen los trigales rubios

Y— ¡adiós! — con sus efluvios

Solloza del jazmín la enredadera.

— ¡Vuelve pronto! — susurra, en el bañado,

El cimbreo acordado

De la paja cortante y amarilla;

— ¡Vuelve pronto! — suspiran, junto al cauce,

El álamo y el sauce

En que arpegian los nidos de la orilla.

— ¡No nos olvides! — el caudal de plata,

Que sus ondas dilata

A través de arboledas y juncales,

Murmura bajo el sol resplandeciente

Que amorenó mi frente

Y chispea en sus límpidos cristales.

Su adiós,—su triste adiós,—me canta el huerto

Con el dulce concierto

Del heliotropo que prendí á sus muros;

¡Es, para mí, la agitación del llano

La oruga que al manzano

Presagia días tétricos y oscuros!

Ya, en las casas, la madre de mi vida
 Me espera conmovida,
Hay más arrullos en sus labios rojos;
Y veo, al contemplarla desolado,
 El círculo morado
Con que la angustia le orilló los ojos.

Una noche envejece. En su semblante
 El dolor de su amante
Inquietud queda para siempre impreso;
Yo no sé que decirle, finjo gozo,
 Estalló en un sollozo,
Y en el círculo aquel sepultó un beso.

Al beso, que en el círculo se esconde,
 Otro llorar responde,
Y no es mi madre la que suelta el llanto.
La que llora convulsa es Marcelina,
 Y el dolor me domina:
¡Yo no creí que me quisiesen tanto!

—Vamos, José, que esperan nuestros muertos,—
 Y los campos desiertos
Saludan al gurí y á la enlutada,

Mientras allá, en lo azul, en lo infinito,
 Empieza el sol bendito
A recoger su clámide dorada.

Bajo el aroma en flor nos prosternamos,
 Mucho tiempo rezamos,
Mucho les dije á las sagradas cruces,
Y al alejarse de ellas mi agonía,
 Ví que ya el sol hundía
Tras de lo verde del ombú sus luces.

Una melancolía contagiosa
 Bajaba temblorosa
Del zafirino ennegrecer del cielo;
Miré al aroma de dorado traje,
 Y salió del ramaje
Una lechuza de silente vuelo.

Cuando en las tenebreces del vacío
 Y en los juncos del río
Irradió de la luna la fulgencia,
Ya al compás de sus locas campanillas,
 Por llanos y cuchillas
Balanceaba al gurí la diligencia.

TERCERA PARTE

TERCERA PARTE

I

En la ondina del Plata

I

La nueva casa, donde urdí mi nido,
Es una casa silenciosa y fría,
Como es la casa de los que han tenido
Miedo al dolor y miedo á la alegría.

Avellanado, cincuentón y adusto,
Mi tío vive y morirá soltero;
Se burla de lo hermoso y de lo justo,
Idolatra la fuerza y el dinero.

Me dejan ver sus frases licenciosas,
Que sonríen ahondando sus arrugas,
Que aquel reptil mordisqueó á las rosas
Como á los lirios muerden las orugas.

Desconoce á Voltaire y es volteriano;
Sobre bueyes perdidos pontifica;
Sabe que es lodo el corazón humano,
Que Tulio es pobre y Nicolasa es rica.

Busca que tenga doble faz su traje,
Le horripilan los versos y las flores,
Cobra con intereses mi hospedaje
Y bandidos les llama á mis pastores.

Estudia, lo que dice, en el espejo;
Piensa mal, duerme bien, come sin tino;
Confunde su paraguas, — si está viejo, —
Y se apropia el paraguas del vecino.

Es aquel hombre, viejo en apariencia,
Más viejo aún por su índole bellaca,
Y os juro, cuando vende su conciencia,
Que lo que dá no vale lo que saca.

Gozo de libertad; si estudio, bueno;
Si no estudio, mejor; mientras reciba
Lo que piden sus cartas, siempre lleno
Le hallaré de indulgencia comprensiva.

Y veo, á la ciudad acostumbrado,
Que es bella y que son muchos sus placeres,
Sin que olvide el semblante idolatrado
De la mejor de todas las mujeres.

Cuando rendido vuelvo á la callada
Frigidez del ambiente que me asila,
Aquella dulce imagen adorada
Revive en el cristal de mi pupila.

Y aquel perfil de santa, aquel trigueño
Rostro que huele á rosa de zarzales,
Me besa con ternura cuando el sueño
Cimbrea mi barquilla en los juncales.

Montevideo parece una gaviota;
Montevideo es una blanca ondina,
Que sobre el río se dibuja y flota
Cuando el sol nace y cuando el sol declina.

Por las azules olas circundada,
El hálito del mar cruza sus calles,
Que tienen lo gentil de la encantada
Ondulación de mis nativos valles.

Si la recorre el soplo de las olas,
Purificando sin cesar su ambiente,
Guarda de las costumbres españolas
Lo cortés, lo sincero y lo valiente.

Acaso la juzguéis afrancesada,
Si no profundizáis sus hábitos;
Pero está, para siempre, saturada
De godas hidalguías y virtudes.

Aun la vieja Matriz marca sus horas,
Aun la protege el Cerro inexpugnado,
Y aún hay melancolías flotadoras
Entre los eucaliptos de su Prado.

¿No conocéis la vida de sus playas?
Allí la población entera afluye,
Cuando la luz de policromas rayas
En mágicos tramontos se diluye.

Allí se vierte la ciudad entera,
El pródigo en caudal y el sin fortuna,
Para zurcir, soñando en la ribera,
Flores de amor con pétalos de luna.

Diciembre allí desposa, en el santuario
Del horizonte azul, dos infinitos:
El del agua, que dice su rosario,
Y el del cielo, que es oro, en los Pocitos.

Y si os placen los óleos de las flores,
Si gustáis del verdor de la enramada,
Si os seducen los pájaros cantores,
Allí está, con sus quintas, la Agraciada.

¿Preferís divagar en el reposo
De los ponientes de carmíneas sedas?
Pues Colón está allí con el umbroso
Silencio de sus largas arboledas.

Eres, ciudad, el pórtico del día
Y eres la almea de mi reino indiano,
A quien viste de ingente pedrería
El sultán sin rivales del verano.

¡Eres, ciudad, sirena de las olas
Que te arrullan con dulce canturreo,
Y te ciñe guirnaldas de amapolas
El sátiro del sol, Montevideo!

No creáis, sin embargo, que cerrada
Está al futuro la ciudad bendita,
De las espumas gólficas brotada
Como el nacáreo cuerpo de Afrodita.

Esa ciudad, sirena encantadora,
Ganó laureles en troyanas lides,
Y es una varonil trabajadora
Con músculos de hierro como Alcides.

Labra la excelsitud de sus destinos,
Esa divina amante del verano,
Pidiendo reglas al cretense Minos,
Victorias á Mercurio y á Silvano.

Náyade virgen, que de gracia llena
Con luz de sol su desnudez arropa,
En su puerto magnífico almacena
Todos los frutos que codicia Europa.

II

Amó á la obrera de progenie clara
El gurí de los rústicos boyeros,
El que tañer granizos y aguaceros
Oyó en el agrio varillar del jara.

El chingolo, nacido en la verdura
Donde monteses záfiro se abrían,
Circundóse de afectos que tenían
La seducción del lujo y la cultura.

A pesar de la risa volteriana,
Himno al poder y salve á la riqueza,
Que escucha cuando entona en la maleza
Su adiós al día el cardenal de grana;

A pesar del discurso irreverente
Que anuncia la derrota de lo hermoso,
Cuando despide al sol el armonioso
Concierto de las harpas de la fuente;

A pesar de los chistes de mi tío,
Mi almita de zorzal sigue tan pura
Como cuando escuchaba en la espesura
La anacreóntica orquesta del estío.

Creo en mi madre, en la virtud y en todo
Lo que enaltece al corazón humano,
Por mucho que me jure el volteriano
Que nos hicieron con ponzoña y lodo.

¡No es verdad!—¡No es verdad!—Junto á las ondas
De la ribera, donde muere el día,
Aún en el brío de sus alas fía
El salvaje churrinche de las frondas.

¡No es verdad!—¡No es verdad!—Ningún deseo
Bajo en el alma del gurí se esconde,
Y de su altivo corazón responde
El tordo azul que recorrió el junqueo.

El mundo no es el monte de serpientes
Y tigres que mi tío se imagina:
¡Junto al barranco se alza la colina!
¡Sobre el reptil las águilas valientes!

Oh sirena, que ríes coronada
Por el sol que madura mis espigas,
Como el trigo amontonan las hormigas
En la panera con afán cavada,

Yo llenaré de frutos y de flores,
En tí, mi corazón y mi cerebro:
¡Dale, ciudad, las mieles del enebro
A la avispa de zumbos cantadores!

¡Dame, ciudad, la ciencia que atesoras,
Tus codicias de lujo y de cultura,
Como me dió sin tasa la llanura
Oro de trigos y oro de totoras!

La libertad, que ponen en mis manos,
Utilízala en bien del tordo agreste,
Que se asila en las sedas de tu veste
Como el tuco en las cardas de los llanos.

Me entrego á tu saber, á tu hidalguía
Y á tu noble labor, oh ciudad goda,
En que celebran su festín de boda
El agua alegre y el alegre día.

Me quisísteis togado, pues togado;
Me quisísteis con guantes, pues con guantes:
¡De mi barca las velas arrogantes
Son pieles de jaguar negro y dorado!

El gurí, que rompía del estero
La urdimbre dura y silbadora y parda,
¿Puede temer, en la ciudad gallarda,
A los ásperos soplos del pampero?

Estudí con tesón, con valentía,
Con entusiasmo, con el alma entera:
Con el alma, que ungió la primavera
En los capullos que el varal mecía.

Estudié con ahinco, aleccionado
Por lo charrúa y firme del coraje
Con que doma á un bagual rudo y salvaje
El viejo concolor de Maldonado.

Poco pudo la risa volteriana,
Mi juventud de fuego pudo poco
Y estudié locamente, igual que loco
Corrí tras los ñandúes por la llana.

Me olvidé del juzgado y la elocuencia,
En más de una ocasión, siguiendo un taller
De cimbros de achiral desde la calle
De Sarandí á la plaza Independencia.

Y del lucero al relumbrar de plata
Me reí de pandectas y laureles,
Sonriéndole á un rostro de claveles
Que pasó junto al muro de Lanata.

Pero la sed de un triunfo resonante
Tan potente y tan férvida domina
Al que trepó al ombú de la colina
Y vió planar al águila gigante,

Que con el mismo empuje que en el llano
Buscaba nidos de perdiz y tero,
¡Hasta en las rojas noches de febrero
Hablé con Cicerón y Justiniano!

II

Visión de gloria

Soy sano, esbelto y obscura,
— Oro en cárcel de negrura, —
Mi pupila centellea
Si me exaltan la bravura
O si me exaltan la idea.

Color de espiga en la tez,
Asoma sededño el bozo,
Y esconde la morenez
Del gurí, gallardo y mozo,
Más ternuras que altivez.

Le debo á la soledad
Mi nobleza, mi vigor,
Y le debo á la ciudad
Mi sed de celebridad
Y el título de doctor.

En el fondo no he cambiado:
Me enamora el sol dorado,
La libertad me enamora;
Soy el churrinche encarnado
Que zumbaba en la totora.

Sé vestirme y perfumarme,
Sé valsar y la corbata
Con primores anudarme;
Pero no pudo cambiarme
La regia ondina del Plata.

En la esencia de mi ser
Está el campo en que nací:
Las guindas de rosicler
Y el juncal con su mecer
Niditos de colibrí.

Gozo opinión de sapiente
Y es copiosa mi elocuencia;
Pero, á la luz del poniente,
Sufro pensando en la fuente
Que arrulla con su cadencia

A la cúspide bravía
En donde, junto al ombú
Que el pampero sacudía,
Ví cómo el sol recogía
Su granático tisú.

Sé decir en un salón,
De los zíngaros al son,
Lisonjas que al alma van;
Pero envuelto el corazón
En perfumes de arrayán,

Sin pensarlo desvarío
Con el monte que fué mío,
Con el tero que gritó
Si mi canoa en el río
Con un sauce tropezó,

Con el parduzco nublado
Que baja por lo escarpado
De la fragosa colina,
Con el indio Maldonado
Y la negra Marcelina.

Como mi padre y mi abuelo
Soy blanco, porque en el suelo
Del jazmín y del cedrón,
Nace con el pequeñuelo
El culto á la tradición

Viril, encendida, intensa
Y con vejeces de ombú,
Que responde como inmensa
Clarinada, — Paysandú, —
Si se nombra á la Defensa.

Sin rosales no hay estío;
Tuve más de un amorío,
Desgasté más de una esquina
Y tejile, junto al río,
Rondeles á Colombina.

Ese voluble querer
No me impidió ambicionar,
Y ganoso de ascender
Supe en mi verbo poner
Las alas de Castelar.

Tuve adictos y rivales
En las veladas triunfales
De los clubs independientes,
Donde rimé con timbales
Y clarines mis ardientes

Odas á lo porvenir,
Al derecho y la verdad,
Gozándome en repetir
Que es muy hermoso morir
Vivando á la libertad.

La multitud aplaudía
Cuando mi musa esgrimía
El acero de la idea,
Como el Quijote blandía
Su lanzón por Dulcinea.

Al roble de la tribuna
Uní los lauros del foro,
Como en mis sierras se aduna
Del anochecer el oro
Con la plata de la luna ;

Pero el arte del togado
Ví que era el arte taimado
Que trueca lo incierto en cierto,
Como un físico empeñado
En galvanizar á un muerto.

La ley sirve para todo
Y á la ley no me acomodo,
Pues hallo que es pobre hazaña
Convertir en luz al lodo
O al cardenal en araña.

Como mi razón no entiende
De sofismas, se comprende
Que mirase con disgusto
Un oficio que defiende
A lo justo y á lo injusto

Con idéntica porfía
Y con idéntico afán,
Porque nacido en la umbría
Donde enflora el guayacán
Y en que el guayabo se cría,

Creció mi fe en lo sincero
Con el óleo del zarcero,
Con el correr de la fuente,
Con el himno mañanero
De la alondra al sol naciente.

Allí, en mi agreste verdura,
Lo que es ponzoña, envenena;
Lo que es tenaza, tritura;
Lo que es perfume, satura;
Lo que es lira, á lira suena.

En mi pago encantador
Se arrulla porque hay cariño,
Se mata porque hay rencor,
Y el cenagal temblador
No finge nieves de armiño.

Presto el foro abandoné
Y á mis quimeras volví,
Cantando con honda fe
El treno de Carumbé
Y el himno de Sarandí,

Dándoles á la verdad,
Al futuro, á mi bandera
Y á la dulce libertad,
El churrinche su alma entera
Y el gurí su mocedad.

Sueños de luz, que cuando muere el día
Tras los varales de la cumbre fría,
Con mallas de oro mi columpio hacéis,
¿Por qué volvéis á la memoria mía?
¿Por qué á mi herido corazón volvéis?

¡Argonauta infeliz, sólo te espera
El inútil consuelo de soñar:
El vellocino azul de tu quimera
Hundió la pamperada traicionera
En lo más hondo del profundo mar!

Andrómeda, — un fantasma, — mi deseo
Con su hermosura olímpica exaltó;
Pero — ¡ay de mí! — más triste que Fineo
Miré á Andrómeda en brazos de Perseo,
Y la muerte mis ojos no cegó.

Callen, sí, callen la ternura, el gozo,
La fe, el valor, el ritmo y la virtud
De aquellas horas en que, apuesto y mozo,
Arrancaban mis voces un sollozo
De entusiasmo á la ardiente multitud.

Dormid, fascinadoras ilusiones,
Quimeras hermosísimas, dormid,
Y arrullen el sopor de mis ficciones,
Zorzal de mis palmares, tus canciones
Más dolientes que el harpa de David.

Águila fuí, mis rémiges abiertas
Sacudía triunfante en la extensión:
Hoy, sobre cumbres mudas y desiertas,
Hundo en la nieve de las cosas muertas
Las alas de mi roto corazón.

Mi edén ya no es mi edén; aunque el estío
Pinte al ceibal con olas de carmín
Y los flamencos vuelen sobre el río,
Es la malvada risa de mi tío
El susurro del aire en el jardín.

Mi edén ya no es mi edén; aunque serena
Abra la luna su argentado tul,
El timbre de mi voz, cuando resuena
Entre los juncos, de ternura y pena
Hace que lllore el cardenal azul.

Mi edén ya no es mi edén; en vano brilla
El río junto al sauce familiar:
¿De qué sirven el remo y la barquilla
Si nunca, nunca, de la ansiada orilla
Veré lucir el místico palmar?

Mi edén ya no es mi edén, por más conciertos
Que las calandrias canten á la luz;
¿Qué me importan los nidos de los huertos,
Si estoy más muerto que mis pobres muertos
Del árbol de oro y de la triple cruz?

¡Oh mi mustio jardín, cuando huye el día
Y cuando el día nace en el crestón,
Del ombú de tu cúspide bravía
Desciende una letal melancolía,
Río de hiel que amarga el corazón!

¡Mi dulcísimo edén, antes bañado
Por un mar de corrientes de zafir;
Mi dulcísimo edén, te han embrujado
Las rosas sin perfume del pasado
Y los días sin sol del porvenir!

¡Aquí me encontrarás, consoladora
Que siempre á los vencidos recogió;
Aquí me encontrarás, porque aquí llora,
Sobre mi sueño azul, la silbadora
Calandria que se cimbra en el timbó!

¡Aquí me encontrarás; aquí te espero;
Aquí aguardo tu golpe de segur;
Aquí, junto á las rosas del zarcero;
Aquí, donde he nacido, donde muero
Y donde brilla el ópalo del Sur!

III

Ceibos y guayacanes

Cuando ya mis virtudes tribunicias
Dianean los clarines de la fama,
Por Maldonado sé que los mirrinos
Cálices verdes de sus flores blancas
Convoca el guayacán. Es que le injuria,
Le befa y le suplicia la arrogancia
Del ceibo, en cuyos cálices sus óleos
Pule la flor de tintes de escarlata.

Nunca termina el pugilato épico,
Nunca se aquietan del jaguar las zarpas,
Y un coro de gruñir de cimarrones
Flota siempre en las cumbres de mi patria.
Un niño nace, dicen las lechuzas
Su agorero silbar sobre los talas,
Y la leyenda del ayer estoico
Pone en la cuna el hierro de una lanza.

¡Oh, la vida! ¡la vida! — Entre los juncos
El zorro al aperiá persigue y mata;
En los aires, al tordo cancionero
El duro pico del halcón desgarrá,
Investigando, con sus corvas uñas,
El por qué del cantar en las entrañas;
El martín - pescador suplicia al sábalo
En los arroyos, donde ríe el nácar
De la clámide azul de las nereidas
Que huyeron de las grutas neptunianas
Para tañer, bajo los verdes sauces
De mi heredad, sus caracolas sáficas;
Y los valles arcádicos, nacidos
Sólo para las lides de la azada,
Entenebrece el odio de los hombres
Que olvidan que son hombres cuando mandan,
Cuando el fusil sus crímenes escuda,
Cuando el bajel de su virtud naufraga
Y algún sofista, deshonor de Atenas,
Loa en Licurgo á la brutal Esparta.

A los míos seguí, porque no aplaudo
Que el que empuja á los otros, en la playa
Se quede á ver trenzarse y destrenzarse
El huso de turquesas de las aguas.

Ya, viniendo del norte, se mecía
Al aire libre el poncho de Saravia
Y ya, del litoral bajo las frondas,
El aire ardiente de mi tierra hilaba,
Jugando con la luz y con las nubes,
El humo del fogón de Diego Lamas.

No mentaré á Tres Árboles, ni quiero
De Arbolito narraros las hazañas:
¿Á qué pedirle á mi zampoña rústica
Himnos de bronce de índole pindárica,
Si es un canoro cabecita negra
El que sus trovas zurce en mi guitarra?
Yo canto porque sí, como perfuman
Porque sí los rosales de mis zarzas,
Y como porque sí rima primores
El manantial que de las sierras baja.

Yo sé lo que en las noches estelares
Refiere el tuco al yelmo de la palma,
Y sé lo que en la virgen granadilla
Zumba el moscón de purpureantes alas,
Y lo que dice, en horas de sesteo,
La hormiga al monte de oro de la parva;
Pero no sé, por más que lo procuro,

Lo que dice el relumbre de las lanzas,
Porque mi pobre cabecita negra,
El que tiene un flautillo en la garganta,
Cuando el estruendo del cañón retumba,
Se esconde en lo profundo de la caja
Y las seis cuerdas, sobre aquellos odios
Incomprensibles, de piedad estallan.

Lo que sí juro es que el valor charrúa
Los rojos y los blancos derrochaban,
Como lo prueban las humildes cruces
Que, de Aceguá sobre las lomas agrias,
Se estremecen al roce de los místicos
Óleos de luz de las eternas lámparas.
El llanto de la noche es para todos
Los que en la cumbre montaraz descansan:
¡Es para los que suben por las cuestas,
De Camundá á la ronca clarinada,
Y para aquellos que en la cumbre hirsuta,
A la voz de Muniz, mueren ó matan!

En los dos campos se batió con bríos
Lacedemonios nuestra estirpe hidalga,
Ñandubay por su fibra indomeñable,

Más que la estirpe que cantó la mágica
Musa que supo de Héctor y de Andrómaca,
Que soñó con Ogigia y con Itaca,
Que nos dice las artes de Calipso
Y el profético don confiere á Calcas.
¡Nuestros héroes son héroes como Aquiles,
Y si volvieran las edades bárbaras,
Ellos serían los dilectos héroes
Del rui señor sin ojos de Tesalia!

Subimos á las cumbres y nos vieron
A caballo cruzar por las barrancas
Los mirlos que su amor repiquetea
Del coronilla en las urdimbres ásperas.

La suave brisa del ceibal, que enrula
El airón blanquinegro de la urraca,
Meció las banderolas bicolores,
Nuestras enseñas libres y gallardas,
Cuando tañe en los verdes paraísos
Sus toques de silencio la calandria.

¡Qué tristes son las horas del poniente!
¡Qué triste, sí, la lumbre tramontana
Flota sobre los riscos de la sierra
O sobre el trébol de los campos vaga!

¡Una ansiedad punzante y melancólica
En vuestro corazón entra y se espacia,
Cual si la bruja del recuerdo abriese
Su aromático pomo en vuestras almas!

Como el peludo, para hacer su cueva,
El fértil piso del terrón escarba,
Y van las uñas cada vez más hondo,
Y más el negro subterráneo ensanchan,
Así la bruja del recuerdo un nido
En vuestro triste corazón se labra.

A las pálidas luces del crepúsculo
Van desfilando las visiones pálidas,
Como si por los hilos de la luna
Descendiera una nube de fantasmas.
Una es la madre, que sabéis que os quiere;
Otra es la virgen, que ignoráis si os ama;
Otra es el libro, que quedó entreabierto
Sobre la mesa en la última velada;
Otra es el club, donde pasáis la noche;
Otra es la calle, donde está su casa;
Otra es la amiga, que juró informaros,
Y otra el proscenio, donde el arte irradia
Con lo impreciso del acorde músico
O lo preciso del bordón con alas.

Después vienen las noches, esas noches
Del campamento que recela ó calla,
Porque se sabe que hay siempre un posible
Peligro de sorpresa ó disparada.

Si estáis despiertos, y relincha un potro,
Os arrastráis al borde de la carpa,
Para ver si es el vuestro el que ha logrado
Romper la sogá ó arrancar la estaca.

El sueño os rinde, y os despierta el frío,
Las rodillas tenéis anquilosadas,
Porque á pesar del poncho de bayeta,
El aire es nieve y en el aire hay lágrimas;
Pero dormís y el sueño es la ventura,
Porque en el sueño la ilusión trabaja,
Y viene aquélla que sabéis que os quiere,
O viene aquélla que ignoráis si os ama,
Para decir lo que queréis que os digan
Hasta que rezan la oración del alba
El clarín en los claros del bosque
Y el perfume en las flores de las zarzas.

Otras noches, y á veces son de lluvia,
La legión macedónica no acampa,
Y el ejército sigue, y sigue, y sigue,
Mudo y al tranco, la espantable marcha.

Estáis molidos, húmedas las pilchas,
Los pies de plomo, la maleta lacia;
Pero si la columna se detiene,
Algunos de cabeza descabalgan,
Para seguir soñando sobre el suelo
Lo que en el lomo del corcel soñaban,
Porque por mucho que el peligro arrecie,
Que el tranco canse y que moleste el agua,
No faltará quien ronque en la montura
Como en un lecho de mullida lana.

Pero yo sé que hay noches más terribles,
De horror dantesco y de grandeza trágica.
¿Qué noches son? Cuando las nubes lloran
Después de un fosco día de batalla,
En que tuvisteis que ceder al número
O en que á los vuestros les faltaron balas.
No hay noches que se igualen á esas noches,
No hay noches más siniestras, más amargas,
Porque el trueno, que ruge en las alturas,
Y el torrente, que ruge en las barrancas,
No impiden que escuchéis los penetrantes
Quejidos de dolor con que os desgarran
Los que de Átropos ven á las tijeras
Hundirse sin piedad en sus entrañas.

A un paso, aquellos ayes de agonía;
En lo infinito, el son de la borrasca;
Detrás, los escuadrones que os persiguen;
Ante los ojos, un negror que aclaran,
Sólo un segundo y que se hará más grande,
De las centellas las purpúreas rayas;
Y sobre todo lo que llora y muere,
Y sobre todo lo que ruge y brama,
¡El sentimiento de la fe vencida
En la profunda soledad del alma!

Vuelve la luz, y con la luz que vuelve
Retoñan el denuedo y la esperanza.
Es el sol. ¡Salve al sol! El sol fecunda,
Alegra, pinta, reconstruye, esmalta.
El sol dora los mundos del presente
Y dorará los mundos del mañana.
El sol pule lo bronceo del lapacho,
El aguijón de los jejenes labra,
Y á la cigüeña, que en su luz se abisma,
Sirve de norte en mares de escarlata.
¡Creo en la luz, creo en la luz, y pongo
El cirio de mi fe sobre tus aras,
Oh sol de Zapicán y Liropeya,
Sol de Guatimocín y de Atahualpa!

IV

Sueño de amor

I

Con un placer extremo,
Hecha la paz, á la ciudad volvimos,
Y para algunos, por dos meses, fuimos
Una reencarnación de Aristodemo.

Hasta la gloria hastía,
Si no cambia de modos. Un buen día
Los mesenios son dulces ciudadanos,
Atenienses sin bríos espartanos,
Que buscan la grandeza en la armonía,
Y todo el mundo en la ciudad decía:
— ¡En paz reposen tirios y troyanos! —
— En la cumbre, lo justo; en la llanada,
El respeto á la ley; sobre la cuna,

El futuro sin sombras; la majada
Que descarnó la muerte, á la laguna. —
Eso se dijo y se escribía eso
A la lumbre del sol y de la luna;
Pero se miente en el papel impreso
Y se miente, también, en la tribuna.

De la luna y el sol bajo los cirios,
Pensaban los troyanos y los tirios:
— ¿Estuviste en la brega? Aún cuando ignores
El uso de las haches y las jotás,
Serás legislador. ¡No hay más doctores
Que los que saben engrasar sus botas! —
— Ven tú, porque me dicen que ninguno
Te aventajó en las furias del combate;
Aunque ensalzo y admiro al aceituno,
La verdad es que adoro en lo granate. —
Y aquel sueño de paz, dulce y sentido,
Que era un sueño de cívica grandeza,
Como un sol cuya lumbre se ha extinguido,
Se perdió tristemente en el olvido,
Que es el fin de la gloria y la belleza.

De ese modo borramos lo vetusto,
— Haciéndole enflorar con más vigores, —

Y á embravecer los cíclicos rencores
Volvió la torrentera de lo injusto.
Se recitaban frases muy hermosas:
— ¡La libertad, el porvenir, las rosas
De la niñez! Seamos, caballeros,
Desprendidos y probos y sinceros. —
¡Hablan muy bien las gentes mentirosas!

Yo fuí legislador; troné en la cima
Lo mismo que troné cuando era llana:
Dije que al hombre la verdad sublima,
Dije que es luz el mundo del mañana.

Trémulo de coraje,
Juré que no merecen el rendaje
De la nación regir, con torpes manos,
Los que al odio le rinden vasallaje
Y premian los sofismas cortesanos.

Crece el progreso y la quietud enflora
Cuando el que rige á la nación desdeña
Lo níveo ó lo purpúreo de la enseña
Si el brazo, donde luce, la desdora.

Juré que son augures que trafican
Con nuestra tierra, de herculeana base,
Los que embravecen el rencor de clase
Y sus sagrados fueros crucifican.

El pago se enriquece,
El orden cunde y la virtud florece,
Cuando la mies es mies, la paja es paja
Y cada avispa en su labor trabaja
Sin pedir más que aquello que merece.

Juré que el pago la virtud practica
Si el que manda es virtud y reverbera
En el que manda el sol de mi bandera,
Que es de todos y á todos glorifica.

Un hacedor de siervos, ¿no es aciaga
Potestad que enflaquece y prostituye?
— ¿Qué brilla? — ¡Como el filo de una daga,
Porque lo vil á borbotones fluye
Si el poder, á lo vil, encumbra y paga!

Al perderse mi voz en el vacío,
Como la voz del santo en el desierto,
Me convencí de que gastaba el brío,
Según la hermosa frase de mi tío,
En la tarea de curar á un muerto.

Sé ya, como su musa volteriana,
Que no podrán tribunos ni tiranos
Convertir en cuchillas á los llanos,
A las totoras en ceibal de grana,
En flores de espinillo á los gusanos
Y en luz de sol á la miseria humana.

II

Así acabó mi idilio
Con el hada Política, y os juro
Que prefiero á los goces de Epicuro
Las bucólicas salves de Virgilio.
Volví, pues, con encanto á mis pastores
Y volví con encanto á la lectura,
Como vuelven los mixtos cantadores,
Cuando el lucero en el varal fulgura,
Al nido que cimbrean los verdores.

Y apareciste tú sobre mi vida;
Apareciste tú, la muy soñada;
Apareciste tú, la bien querida;
Apareciste tú, de sol vestida
Y de lirios azules coronada.

Fué en Solís. — Reclinado en mi platea,
Escucho á Loreley. — Sobre la roca
Su sirénico líeder se cimbreo,
Y en el tul de su clámide de grana
Tímido se desfloca
El argentado resplandor de Diana.

Miré y palidecí, te conocía,
Y al ritmo de la dulce melodía
Que lloraba de amores en la breña,
Se abrió de par en par el alma mía
Para que entrase su celeste dueña.

Son tus ojos, que tienen la negrura
Del matorral y el brillo del boyero
De aquellos ojos que adoré en la pura
Fulgencia de las tardes del estero.

¿Ignoras que te quiero
Desde que hablé contigo en la espesura?

Eres tú, sí, la que rió en la zarza
Pues tienes, como signo, en tus mejillas
Los sonrosados tintes de la garza
Que cunean mis juncias amarillas.

Eres tú, cuya boca ha conservado
Lo rojo que le dieron mis frutillas,
Y que ayer, — ó anteayer, — se ha perfumado
En los capullos del ceibal pintado
De grana por el sol de mis cuchillas.

Dí, Loreley, á la de gracia llena,
Mis éxtasis de amor. — ¡Es tan hermosa! —

Seduce con tu canto de sirena,
Que como un canto de zorzal resuena,
A ese lindo botón de zarzarrosa.
Debe llamarse Luz, Raquel ó Helena.

Su nombre debe ser una armonía,
Su nombre debe ser una dulzura,
Igual que el nombre de la madre mía
Y como el nombre aquel que me decía,
Cuando la ví en los juncos, la espesura.

Dos actos sin mostrarse; ¿qué esperaba?
¿No ha visto que sufría?
¿Acaso con mi angustia se gozaba?
¿Ignora que la busco y que la sueño
Como cuando su nombre canturriaba
Desde los nidos del ceibal trigueño?

Aprendí, en la maleza,
Que no hay sol como el sol de su belleza:
Oh espinillo gentil de broches de oro,
Fuente de mi alegría y mi tristeza,
Salve de mi guitarra en lo sonoro,
Como la alondra, — que cantando reza, —
Ama á la lumbre matinal, ¡te adoro!

¿Cómo será su voz? — La del boyero
Desciende en melancólicas escalas:
Cuando su risa deleitó al junquero,
Me pareció sentir cadencia de alas.

¿Cómo será su voz? — Los cardenales
Trovan muy dulce cuando muere el día;
Cuando su nombre dijo en los juncales,
Callaron envidiosos los cristales
Del agua pura, transparente y fría.

¿Qué me dirá? — Quisiera
Que á decirme volviera
Lo que yo imaginé cuando flotaba
Sobre la juncalera
Que en torno de mi bote se cimbraba.

En busca del gurí, fosco y salvaje;
En busca del gurí, que es siempre suyo,
Ha dejado la garza el varillaje
Que hechizan los faroles del cucuyo.

¡En tí fío, en tí creo
Y adoro en tí, que aún vistes aquel traje
Blanco con que aurorabas el junqueo!

Está la vieja sala,
Por ser noche de gala,

En un mar convertida
De tules, joyas, brillos y entorchados;
¿Me celará, la vida de mi vida?
¡No hay ninguna, mi amor, ni más querida
Ni que tenga los ojos más rasgados!

Mi cielo en tí se encierra,
Mi suerte está en tu suerte;
Juro amarte, sin limos de la tierra,
Hoy, mañana, después, ¡hasta la muerte!

Los ceibales trigueños
Nos volverán á ver enternecidos;
¿Te acuerdas del ceibal que nos dió nidos,
Luz, aire, flores, cánticos y sueños?

Te diré allí, paloma de los llanos
En que enciende su mirra el chirimoyo,
Que el poder y la fama son más vanos
Que las vanas espumas del arroyo.

Cadáveres verás, si alzas el velo
Con que los cubre la ilusión dorada;
Lo absoluto está en tí, mi idolatrada;
¡Tú eres, mi bien, la eternidad del cielo!
¡La gloria es humo y se disuelve en nada!

Cayó el telón.—¿Te vas?—¿No he de buscarte?
Si esta noche los mundos se rompieran,
Escavar en las ruinas, para hallarte,
A mi fantasma los escombros vieran.
¡Alma del alma mía,
Lejos de tí ó sin tí, me moriría!

III

Volvimos á encontrarnos
En Solís y en Maroñas. — Los paseos
Me permiten bordarle los floreos
Que aumentan el afán de idolatrarnos
Y en un deseo funden dos deseos.
Su padre es un burócrata, muy frío,
Y algo más volteriano que mi tío.

Ya, voluptuosa y gaya,
Llueve rubí la lumbre del estío.
Principia la estación de encantos llena.
Nos diremos ternuras en la playa.
Su nombre es muy hermoso: Magdalena.

Sufro esperando la amorosa cita.
¡Irse á la estancia, cuando yo la quiero
Con pasión tan profunda é infinita
Que hallo, sin ella, lúgubre y marchita
La ardiente claridad del mes de Enero!

¡Irse á la estancia! ¿Piensa en mis amores
Cuando flotan los óleos de las flores
Sobre el valle, la cúspide y el nido?
¿No encontrará, cruzando los verdores,
A la bruja sin alma del olvido?

Como la luz, que descompone el viento,
Diversifica el tinte del espacio,
La ilusión, que es la luz del pensamiento,
Aquí dibuja un buque, allí un palacio
Y allá una choza, en cuya puerta lanza
Un doloroso adiós á la esperanza
La verdura de un sauce macilento.

En las arenas solas
Y en que hierve la luz del mediodía,
Esperando la tarde, me mecía
El rumor de los vientos y las olas;

Y miraba con graves
Ojos al mar, por ella preguntando,
Como un augur que vive investigando
El futuro en el vuelo de las aves.

Eran del mar y el viento los rumores,
Al mecer mi inquietud sorda y tirana,
Como una triste, dúlcida, lejana,
Ardiente y juvenil canción de amores.

Esperándola siempre bajo el raso
De violeta y carmín, con que el ocaso
Pregona el triunfo de la noche oscura,
Me sentía ganar por la locura
En que concluye la pasión del Tasso.

Os juro que canté á los luminares
Que tiemblan en las gasas del poniente,
Un cantar más ardiente
Que el ardiente cantar de los cantares;
Y que al verla venir, en la fulgencia
De un cielo de tramonto, hechizadora
Y transformando el véspero en aurora,
No extrañé que del Tasso la demencia
Besase las rodillas de Eleonora.

Me quejé. — No venía
Porque jamás su padre aceptaría
A un necio que desdeña la fortuna,
Que renunció á triunfar en la tribuna
Y que hacerle ministro no podría.

Yo absorto la escuchaba
Y el río, á nuestros pies, la melodía
Que nació con el mundo, nos cantaba.

Girasol de sus tiernas languideces
Y al oleaje poniendo por testigo:
— Cuanto codicie su soñar, le digo,
Si me ama usted, lo lograré con creces.
— ¿Y si pido los ópalos del cielo?
— ¿No sabe usted que no conseguiría
Dejar sin luces el zafíreo velo?
¡Yo los soles sin fin descolgaría,
Y con la luz de los ojazos suyos,
Donde hay miles de miles de cucuyos,
Lo infinito otra vez se estrellaría! —

Y retorné del mundo á los dolores
En los meses de grana y de topacio:
¡Salve y adiós, corderas y pastores!
¡Adiós, versos de Tíbulo y de Horacio!

V

Forma y esencia

Ya os dije que es hermosa, más hermosa
Que los lirios azules de los prados,
La que en sus ojos, grandes y atigrados,
Lleva de nuestro sol la fulgidez;
Es gentil, muy gentil y os aseguro
Que la palma rochense envidiaría
De su cuerpo la armónica euritmía,
De sus cimbros la suave languidez.

Aunque tiene la talla de las diosas
Cuyas rivalidades y amoríos
Nos cantó el numen inmortal de Chíos
Sobre las ruinas épicas de Ilión,
Hallaréis en sus pasos cadenciosos
Una música dulce y tan arcana
Que parecen los pasos con que Diana
Llega á las citas que le da Endimión.

Es su cabello como el ala córvea
Que azulea la luz de mis cuchillas,
Y hay oros de durazno en sus mejillas
Donde hay, también, matices de rosal;
No hay seda más sutil que sus pestañas,
Ni brillo como el brillo de sus ojos,
Y hay en la herida de sus labios rojos
Los húmedos esmaltes del coral.

Si su cuello de cisne redondea
Cuando la rima de sus frases canta,
Si su busto de núbil se levanta
Como marino y turbador vaivén,
Su perfume es el óleo de las flores,
Vasos de irresistibles embriagueces,
Con que Eva coronó sus desnudeces,
Besadas por Adán, en el Edén. |

Ya os dije que sus labios acarician,
Que no hay cimbrio que iguale á su cimbreo,
Y que enflora la dalia del deseo
De su busto en la suave ondulación;
Ya os dije que es perfecta su hermosura,
Que son sin par sus mágicos hechizos,

Y que en la noche de sus negros rizos
Se abre la estrella azul de la ilusión.

Tiene manos de reina y pies de niña,
Pebetero oriental es su fragancia,
Y en sus trajes más ricos, la elegancia
Transforma el lujo en noble sencillez;
En un salón atrae cual si estuviera
De invisibles imanes revestida,
Como está, por milagro, entretejida
Con rosas y jazmín su morenez.

Ellas la adulan y ellos le repiten
Incansables, turbados como niños,
La canción inmortal de los cariños
Que ante Jimena sollozaba el Cid;
Dulce, en algunos, la canción suspira,
Y en otros es, por lo sensual y loca,
Como el beso de amores que en la boca
De Bélkis puso el hijo de David.

Ella escucha y sonríe. Lentamente
Me hundo en su corazón. Tiemblo de frío.
Es una gruta que recorre el río
De la frivolidad y el interés.

Mis ojos, que sedujo su belleza,
Con platónicas luces la vestían
Y en el tiesto de mi alma le pedían
Que plantase los nardos de sus pies.

No puede ser la que gritó en la zarza
Cuando el gurí, de vuelta del estero,
Engavilló los broches del zarcero
Con un florido broto de ceibal;
No puede ser la que flotó amorosa
Sobre los verdes sauces de la orilla,
Cuando el chorlo vivaba á mi barquilla
En los dorados fillos del juncal.

No es la teócrita ninfa de los molles
Donde el churrinche oculta á sus pequeños,
Ni pudo de los guindos esquilmeños
Azucarar la balanceante flor;
¡Siempre, mujer, con resplandores de ópalo
Alumbraste la casa donde habitas,
Y nunca con camperas margaritas
Has tejido tu blanco peinador!

¿Qué sabes tú del árbol que en mis lomas,
Al soplo de las brisas, se cimbrea?

¿Qué sabes del flamenco, que aletea
Como nube de nieve y de clavel?
¡Ni te embriagó la grana de mis vides,
Ni te impregnó la grana de mis flores.
Ni escucharon rezar á tus dolores
Los dos sepulcros del aroma aquel!

El mundo, que te absorbe, no es el mío;
Mi mundo es una eterna maravilla;
Mi mundo es el arroyo, en cuya orilla
De las espumas se deshace el tul;
Mi mundo es aquel llano, donde el tero
De la noche invernal marca las horas
Y alertea llamando á las auroras
Para que incendien el espacio azul.

Te abrumarían de mi hogar la calma,
De mi madre la angélica dulzura
Y el dolor sacrosanto que fulgura,
Como aspeos de luz, sobre su sien.
Todo es allí memoria, certidumbre,
Renunciación, trabajo y sacrificio;
¿Quieres ser rica, adoras el bullicio
Y amas el vals?... ¡No vengas á mi Edén!

Tu padre y yo jamás confundiremos,
En un salmo común, gozos y quejas;
Yo no te miro nunca las orejas
Para ver tus pendientes de valor:
Conozco ya que tú me enseñarías
A encubrir podredumbres cortesanas,
Como tu padre miente hasta en sus canas
Que ocultan, como un crimen, su color.

Ayudarle á alcanzar es tu deseo
Y te forjó, con rabias de ambicioso,
Para dar tu hermosura al victorioso,
Para ofertarte al triunfo por botín;
¡Tu cuerpo al vencedor, aún cuando llegue
Arrastrando el cadáver de su vida,
La fe en girones, la virtud perdida,
Sin alas y con artes de malsín!

Ese viejo, rufián de tu belleza,
Supo hacer, con astucia cortesana,
Que te basten el palco ó la pavana
De acorde principesco y seductor,
Un cronista que adule lo fulgente
De tus ojos, la forma de tu traje,

O de tu escote el primoroso encaje,
Para que no te hastíe el vencedor.

Suya será la nieve de tu cuerpo,
El alma no, del alma tú dispones;
Es en vano que amable te abandones
Del vals al ritmo ó al coloquio azul;
Tu vida es para tí, para tí sola,
Para hartarte de estruendo y de locura;
Pero sin un minuto de ternura,
Como una flor sin óleos de Estambul.

Nunca hundirás tu vida en otra vida,
Tu ser en otro ser, como mi río
Hunde su encaje azul en el bravío
Y amargo seno del rugiente mar;
Si lucha, si resbala, si zozobra,
Si por un sueño luminoso brega,
Que no cuente contigo en la refriega:
¡Tu misión es lucir y avasallar!

¡Tú, siempre tú, tú sola! ¡Tú, primero!
¡Tú, la excluyente! ¡Tú, la preferida!

¡Sin una abnegación, sin que en su vida
Fulgures como rayo inspiratriz!
¡Ni hablarán por tu boca sus visiones,
Ni con tu amor azularás su bruma!
¡Tú no sabes de Egeria ni de Numa;
No quieres ser ni Laura ni Beatriz!

Del vencedor dormida entre los brazos,
Calentarás del vencedor el lecho;
Pero sin que los muros de tu pecho
Dejen entrar triunfante al vencedor:
¡Tú más alta, clavándole en la frente
De tus caprichos la ondulante enseña,
Igual si con lo azul del cielo sueña
Que si sueña con cumbres sin fulgor!

Su triunfo es para tí, para estrujarlo
Como fruta de mieles saturada,
Porque el triunfo, en tus manos, es la espada
Con que esculpes las copas del placer;
¡Su triunfo es para tí, sin que te importe
Que el vencedor se encumbre en la pelea
Enfangando los lirios de la idea
O levantando el cáliz del deber!

Entrarás en su noche, si te rinde
Su inglorioso laurel. — Si en lo estrellado
Se hunde viril, trayendo un incendiado
Diamante de hermosura ó de verdad,
Te hallará despectiva ó lacrimosa,
Porque tú representas, á tus ojos,
Algo mejor que los carbunclos rojos
Que azulan la insondable eternidad.

¡Tu vida para tí! — Dominadora,
Amante del placer, mal codiciada,
No eres la musa dulce y abnegada
Que consuela y que impele hacia la luz;
¡Te engañaron los frívolos amores
Que algunos lujuriosos te mentían,
Y no sabes soñar con los que ansían
Morir, viviendo al sol, en una cruz!

El tedio te domina; aunque lo niegues
Te espanta de tus horas el vacío,
Y en entretenimiento de tu hastío
Convertirás sin pena al vencedor.
Transformado, á tus pies, en muchedumbre,
Vivirá para tí, para tí sola;

¡Son tuyos lo que mancha y lo que aureola,
El astro azul y el cenagal traidor!

El dragón, que custodia tu belleza,
Es viejo, enjuto, sentencioso, grave
Y práctico, muy práctico, pues sabe
Que poco durará tu juventud:
— Vive para gozar. Eres hermosa.
No te des por amor. El amor pasa.
¡No hay cárcel más horrible que una casa
Con visiones de gloria y de virtud! —

Secretario y apóstol de un ministro,
Que piensa como piensa el secretario,
Aprendió que con cimbros de incensario
Se pueden las alturas escalar;
Y como en el que sube á tropezones
Hay simientes de déspota y verdugo,
Se goza cuando humillas con tu yugo
A los que no se saben arrastrar.

No me culpes á mí. Yo te quería
Como el nido al ombú. Dulce me fuera
Que tú, también, amases la quimera

Con cuyos oros trenzo mi canción;
¡La gloria y tú! La gloria para verte,
Como musa radiante é inspirada,
Enseñando, en tu diestra levantada,
Al porvenir mi rojo corazón.

¡No pudo ser! ¡Tú, sola! ¡tú, primero!
¡Tú y siempre tú la reina, la invencida,
Sin que jamás el éter de otra vida
En tus rayos azule su matiz!
— Agrandáis el poder de las visiones
Del gibelino de la selva oscura;
¡Es por la propia luz de su hermosura
Que eternamente irradiará Beatriz! —

José Robles pensaba de este modo
Al compás del bullicio de la fiesta,
Y gemían los sonos de la orquesta
El miserere de su triste amor;
Otra vez invencido en la batalla
Del verso, del sufragio y la tribuna,
Los unos envidiaban su fortuna
Y los otros su empuje arrollador.

Robles sentía el tedio de sí mismo,
Pero un tedio mortal. En la reñida
Refriega entraba con la fe perdida,
Pero con fieros bríos de mastín.
Pagaba con los grumos de su sangre,
Acrecentando de su nombre el fuste,
La áurea mentira y el florido embuste
De su predicación hueca y sin fin.

Aquel juglar, cansado de su oficio,
Resultaba un juglar maravilloso;
Hábil, gallardo, firme y conceptuoso
Con los de más volumen se atrevió:
Como un clarín su verba resonaba,
Con rémiges condóreas se cernía,
Y su ensueño, en sus salves, renacía
Como ardido rosal de Jericó.

Magdalena miraba desdeñosa
Al vencedor viril. Como un ultraje
Parecíanle el coro de homenaje
Y el musical relumbre del laurel.
Su sueño era subir, porque en la altura
Lucen mucho las joyas y las galas,

Pero con otro de menores alas
Y menos bríos que el titán aquél.

¿Sacrificar su yo? Fuera espantoso
Que ella, siempre celada y preferida,
Renunciase á tejer su propia vida
Por un juglar del arte de decir;
Robles, venciendo, se sintió vencido,
Pero al verse más triste y más aislado,
Dianó, como Proteo encadenado,
En las trompas de luz del Porvenir.

Aquella noche en medio de la fiesta,
Al contemplarla displicente y fría,
Supo que nunca — ¡nunca! — lograría
Avasallar su ingrato corazón.
Robles pensó: — ¡Te espera en la lomada!
¡Vuelve, y en la quietud de los palmares,
Sollózale á tu ensueño los cantares,
Que aún repiten las brisas de Sarón! —

VI

Maris Stella

I

¡Amar! ¡Amar á todos! ¡Amar profundamente!
¡Que nuestro amor, lo mismo que el astro y que el torrente,
Sobre los hombres brille y entre los hombres corra!
¡De nuestro verbo hagamos matiz que no se borra!
¡Que nuestro verbo, nido del cóndor de la idea,
Como una musa inspire, como una madre sea!
¡Que suenen nuestras almas, llorando de ternura,
Con las polifonías del bien y la hermosura!

¡Valor! ¡Alzad el cáliz! ¿Qué importa que suframos
Si amamos santamente, si inmensamente amamos,
Y el verbo, con las alas hundidas en la aurora,
Es un zorzal que arpegia y es un jazmín que enflora?

Tropezó con un lobo un hombre que rezaba.
El hombre le bendijo. ¡Todo lo perdonaba!
El lobo huyó gruñendo. Fué inútil. No podía
Olvidarse del hombre que amaba y bendecía.

Se volvió dulce y triste. Dejó á sus compañeros,
Se juntó á los pastores y amparó á los corderos.
A la luz de la luna, custodiando el aprisco,
El lobo se decía: — ¿Lo sabrá San Francisco? —

Un carancho á las pobres ovejitas cegaba
Comiéndoles los ojos. En los montes entraba
Para matar, sin hambre, á los mixtos pequeños.
Un mixto es una lira cuyas notas son sueños.
El hombre, que en armiño transfiguraba el lodo,
Al carancho bendijo. ¡Lo bendecía todo!
El carancho, confuso, se escondió en la arboleda
Junto á un nido en que había dos pichones de seda.
La seda era muy suave, entre roja y rosada.
Un pichón implumado es como una alborada.
El carancho abrió el pico. Fué inútil. No podía
Olvidarse del hombre que amaba y bendecía.
Dejó el bosque. Un cordero, en la llana desierta,
Balaba solo y triste junto á la madre muerta.
El carancho asustóle, le condujo al aprisco
Y pensó, al alejarse: — ¿Lo sabrá San Francisco? —

Mi duda no es un crimen. Jesús también dudaba.
Jesús también pedía, — cuando el verdón cantaba,
Al soplo del poniente, sus salmos compasivos, —
Piedad en el desierto monte de los Olivos.

Jesús, puesto de hinojos, le suplicó á la altura:
— ¡Aparta de mis labios la copa de amargura! —
¡Jesús, cuando se engrisan los picos de la sierra,
Con un sudor de sangre reverdeció la tierra!

¡Duda; pero sembrando la luz de la esperanza!
¡Sufre, como en el monte, sin hieles de venganza!
¡Duda; pero inciensando como el clavel y el lirio!
¡Sufre; pero ofreciendo tu duda y tu martirio,
— Sediento de ascensiones, sediento de pureza, —
Como se ofrece un cáliz con vinos de belleza,
Con vinos de ternura, con vinos de justicia!
¡Se voz que reconforta! ¡Se mano que acaricia!
Te digo, como Pedro: — Las horas son de prueba:
El porvenir, lo juro, será una tierra nueva
Bajo un nuevo diamante, sin tempestuosas nubes. —
¡Con el dolor con alas, hacia el futuro subes!

¡Que nuestro verbo sea la plenitud del día!
¡Que un gran amor azule nuestra melancolía!
¡Alcemos nuestras almas, como evocante grito,
Llamando á lo que viene! ¡Fundid otro Infinito!

Sed cautos en las obras; pero pasad por locos
En las aspiraciones. Os digo que son pocos
Los que esparcen estrellas sobre las multitudes.

¡Trocad la ortiga en trigo, las lacras en virtudes!
¡El verbo es hermosura, benignidad, concordia!
¡El verbo es un enorme sol de misericordia!
¡Curad, aún siendo sábado, al ciego y al leproso!
¡Que el pobre, en vuestra casa, encuentre el pan sabroso,
El cántaro con mieles, y al terminar la cena,
Bendiga de la luna los brillos de azucena!
¡Sed río de agua viva y arpegio de fontana!
¡Fundid constelaciones en la luz del mañana!
¡Sed milagro en Bethesda! ¡Sed el amor supremo,
El que perdona á Magda é instruye á Nicodemo!
¡Sed, en el mar del mundo, como la nave á paio
Y reanimad el broche de camelia de Jairo!
¡Hablad en cada frase poniendo una plegaria!
¡Que la tribuna sea la fuente de Samaria!

Jesús subió á la cumbre, sentándose en el monte,
Y oró bajo el divino fulgor del horizonte:
— El sol es nuestra imagen. Su claridad de grana
Más roja y más potente renacerá mañana.
Os digo que nosotros, cuando en la muerte entremos,
Más puros y más grandes también renaceremos.
¡Oh bienaventurados los misericordiosos,
Los pobres en espíritu, los de justicia ansiosos,
Los mansos, los que sufren, los pacificadores
Y aquellos que suplican por sus perseguidores! —

Sed como el mensajero de blancas alegrías,
Como el ángel del pacto de que habla Malaquías.
Aroma, si la quiebran, la ramazón del pino:
¡Que alumbre, vuestra sangre, los ojos de Longino!

Que la calandria siga, cuando paséis, su canto.
Las cunas son misterios. Todo lo dulce es santo.
Lo débil es sublime. El niño, que se asusta
Porque la madre duerme, es una cosa augusta.
Compadeced al nido sin pájaros pequeños.
Crujen las hojas secas del árbol de los sueños,
Las hojas arrugadas, en las cunas vacías.
Sed buenos con las madres. Las noches son sombrías
Junto á una cuna enferma. ¿Qué madre no ha llorado?
¿Qué madre no ha sufrido? ¿Qué madre no ha rezado?
Os digo que las madres son madres muchas veces:
Te alumbran cuando naces, te alumbran cuando creces,
Te alumbran cuando adoras, te alumbran si te inclinas
Vencido y doloroso. Las madres son divinas.
Son un milagro vivo. Son el amor más puro.
¡Las madres son las santas obreras del futuro!

Verted, como la palma, fresca en los desiertos.
Honrad, con vuestros actos, la cruz de vuestros muertos.
Pensad que en los ancianos brilló una primavera.
Crujid, en vuestras frases, con cimbros de bandera.

Poned, en vuestro verbo, la sal de la plegaria.
¡Que la tribuna sea la fuente de Samaria!

¿No es eso lo que pides á la piedad del cielo,
Oh dulce y silenciosa María del Carmelo?

María del Carmelo, por púdica y por buena
Te envidia, sin decirlo, tu hermana Magdalena,
Pues vale más el roce de tu hábito de lana
Que el roce de los labios purpúreos de tu hermana.
Tu cofia tiene alitas. De tu sayal oscuro
Hay algo, en cada pliegue, meditativo y puro.
Cuando los brazos abres, estática y votiva,
Tu rezo es una tórtola y es una sensitiva.
¡Ruega por los que vencen! ¡Ruega por los vencidos!
¡Que tu oración abarque las casas y los nidos!
¡Que tu oración recorra, como un viento errabundo,
Las cumbres, las llanuras y los mares del mundo!

Novicia, con la cinta azul en la cintura,
Era una rosa blanca tu virgen hermosura;
Y cuando te cortaron el flotador cabello,
El cirio puso, en todas sus hebras, un destello.
¡Bajo el mortuorio paño, muy pálida y muy quieta,
Parecías el joven cadáver de Julieta;
Pero santificada por el amor del cielo
Y el voto hospitalicio, María del Carmelo!

II

El jardín es divino. Sus óleos y colores
Derrochan, con lujuria, los vasos de las flores.
Unas begonias miran á ciertos tulipanes,
Como un grupo de almeas á un grupo de sultanes.
Subiendo por el muro del fondo, dos jardines
Divorcia una cortina de pálidos jazmines.
Gozosos en sus jaulas, bajo los incensarios
De un verde limonero, gorjean seis canarios;
Y un mirlo, en otra jaula, contra los hombres grita
Pensando que en un sauce dejó á su Margarita.

La luz, de sangre y de oro, flota sobre una aljaba
Más ardiente y lasciva que la reina de Saba;
Y un clavel rubicundo sonríe á una camelia
Tan blanca y soñadora como la dulce Ofelia.
El surtidor llorando, — cuando la brisa pasa
Moviendo lo incoloro de su flotante gasa, —
Se desmenuza en gotas, al soplo de la brisa,
Y el sol hierve en las gotas, que la vergüenza irisa.
Entre jaulas y flores, bajo la luz serena
De aquella tarde de ópalos, hablé con Magdalena.

Le dije que era hermosa; le dije que, en su cara,
Refulgían los ojos magnéticos de Sara;

Y que sus grandes ojos, de claridad febea,
Tenían la ternura de los ojos de Lea.
Agregué que era dulce su boca purpurina
Mucho más que los labios coralinos de Dina;
Y que la idolatraba mi corazón sincero
Como á Esther el magnánimo espíritu de Asuero.
Entre salmo de jaulas y perfume de rosas,
Le gemí muchas quejas, le juré muchas cosas,
Que la gran invencida escuchó indiferente
Junto al triste y armónico canturriar de la fuente.
El jazmín, sacudiendo sus perlinos rosarios,
Alabó mi constancia, conmoví á los canarios,
Y el mirlo, cuya pena sabía de mi pena,
Le gritó que era mala, muy mala, á Magdalena.

El que no soñó nunca, en diciembre ó en mayo,
Cuando bulle la sangre con ardencias de rayo,
Cuando el potro relincha, cuando enflora el zarcero
Y hay nidos en los verdes columpios del estero;
O bien cuando los silfos, que pueblan la colina,
Con pardas sedas tejen el tul de la neblina,
Y cuando de los ceibos entre las verdes hojas
No hay roncós mamangáes ni floraciones rojas, —
¡Se burlará si os digo que encontró mi ternura,
Entre áloes y jaulas, su calle de Amargura!

El que no sintió nunca, en julio ó en febrero,
Trocarse en cinamono su corazón entero,
Y no puso su espíritu, su espíritu angustiado,
A los pies de otro espíritu, santamente adorado;
El que no miró nunca despuntar la mañana
Contemplando los muros en que está la ventana
Del cuarto donde duerme la virgen escogida,
Como duerme la joya en su estuche escondida;
El que nunca, lo mismo que el moro shaksperiano,
Palideció de celos si estrechaban su mano,
O en el vals la mecían con cadenciosos giros;
El que nunca, con frases que parecen suspiros,
Rimó todas las notas del nocturno del beso;
El que no sintió nunca lo que sentía el preso
Mirlo de nuestros montes, ¡no entenderá la pena
Que sollocé en el verde jardín de Magdalena!

¿Qué sabe de dolores el que no ha conocido
El amargo tormento de amar sin ser querido?
Te digo, amor, que tú eres la sal de nuestra vida,
Nuestro jagüel cerrado, nuestra reja florida;
¡Te digo, amor, que tú eres el oasis fecundo
En las noches sin luna del desierto del mundo!

Entre salmos de mirlo y perfumes de rosa,
La joven me escuchaba impaciente y nerviosa:

¡Contradicción absurda! ¡Tener el alma seca
Y el semblante más bello que el rostro de Rebeca!

Poco á poco las luces del día se amustiaron;
Las jaulas, en el verde limonero, callaron;
Los jazmines, dormidos, se cubrieron de aroma;
El astro de la tarde, igual que una paloma,
Se cimbró dulcemente sobre el jardín hermoso,
Y rezó, una campana, la oración del reposo.
Tras un largo silencio, que rompe la elegía
Del surtidor en sombras, oí que me decía:
— Usted está muy alto; yo soy muy altanera;
Mi sueño no es su sueño; busque otra compañera. —
Y añadió, descubriendo su dolorosa herida:
— ¡Yo quiero ser amada, sin ser obscurecida! —
La llaga era profunda. Me erguí sereno y frío.
— Tiene razón, la dije; su sueño no es el mío.
Yo quiero darme todo, la quiero toda entera
Y usted es de usted sola. ¡Renuncio á mi quimera! —
Mi voz sonaba alegre; pero, en aquel segundo,
Sentí que se rompía bajo mis pies el mundo.
Mi corazón vencido, mi corazón deshecho,
Gritó en las cavidades más hondas de mi pecho:
— ¡Adiós, luz de mis ojos! ¡Adiós, blanca azucena
De mi jardín sellado! ¡Adiós, mi Magdalena! —

Entonces aparece sobre la escalinata
 Del jardín, — que la luna ha alfombrado de plata, —
 Magdalena más joven; Magdalena vestida
 Con un hábito obscuro; Magdalena, mi vida,
 Como cuando flotaba sobre el crestón lomero
 A la luz de los cinco diamantes del Crucero.
 ¡Ahora, sí, que no hay duda! ¡Es la visión aquella,
 Con sus alas de cisne, con sus ojos de estrella,
 La que al gurí seguía por los verdes juncas
 Donde repiquetea mis rojos cardenales!
 ¡Ahora, sí, que no hay duda! ¡Es ella, la divina
 Visión que tantas veces le pinté á Marcelina!
 ¡Es ella, la intangible señora del bañado,
 De la que tantas noches hablé con Maldonado!
 Camina. Baja. Es ella. ¡Tu paso es como el vuelo
 De mi visión del monte, María del Carmelo!

¡Tú, sí, que eres hermosa! ¡Tú tienes la hermosura
 De la clemencia! ¡Es nieve de lirios tu blancura!
 ¡Tú, sí, que eres hermosa! ¡Tú, sí, que eres bendita!
 ¡Antes de hallar á Fausto, así fué Margarita!
 ¡Tú, sí, que eres hermosa! ¡Cuando te miro, veo
 El ruiseñor y el muro y el balcón de Romeo;
 Pero la que le espera, seráfica y radiante,
 Oh visión de mis montes, es la Beatriz del Dante!
 ¡Oh cardenal del verde ombú de mis cuchillas,

Permite que mi espíritu te adore de rodillas!
¡Tú, sí, flor de la altura, que estás de gracia llena!
¡Qué vale, al lado tuyo, la inútil Magdalena!
¡Tú, sí, que nos arrobas con místicos amores,
Visión de mis ceibales nacida entre las flores!
¡Se ve, sobre tu sombra, la curva de tus alas!
¡Un ángel, cuando duermes, unge tus pobres galas!
¡Tú nunca has de pedirme los ópalos del cielo!
¡Tú vas sembrando estrellas, María del Carmelo!

VII

Allá de allá

¡Cálmate, corazón! — Dudo y la duda,
Con sus pequeños dientes de crucera,
Va limando las alas de mi espíritu
Y mis más puros goces envenena.

¡Es inútil! ¡La fe de los humildes
Nunca será mi fe! ¡No hay, en la iglesia
De mi mundo interior, ni un solo cirio
Que disipe las fúnebres tinieblas
En que se pierden el altar y el órgano!
¡Ninguno pulsa, en las cantoras teclas,
El himno colosal que nos conduce,
Pisando soles, á la Vida Nueva!

¡Es inútil! ¡El templo está cerrado!
¡Sin aceite las lámparas! ¡Sin tiernas
Súplicas el altar! ¡Vacío el cáliz!

¡Por el hollín mordida la patena,
Que sus oros perdió! ¡Mustias las blondas,
Secas las flores y las jarras secas!
¡En la abertura de los grandes tubos
Y en la concavidad de las trompetas,
Tejen sus hilos, sus flexibles hilos,
Sus largos hilos, las arañas negras,
Que riman las canciones de lo muerto
Donde rimaban las pascuales fiestas,
Con una tempestad de clarinazos,
Su saludo al Señor de las Estrellas!

Enfundadas las vírgenes, no puedo
Azularme en su mística belleza,
En la expresión de su divino rostro,
En sus dulces blancos de azucena,
Y seguir, á lo largo de los pliegues
De su sayal, las formas esqueléticas
Del cuerpo, que descarnan los ayunos
Y el áspero cilicio atenacea.
Las mártires, mulitas que sus brazos
Cruzan, cuando el cuchillo las degüella;
Las mártires, que miran al verdugo
Como las corzas miran á las fieras,

Sobre el misterio del altar sin luces
Me parece que saltan y se quejan
En una convulsión, en un espasmo,
En una de las crisis de la histeria,
Como á los pies del crucifijo argénteo
Y en la quietud nocturna de su celda,
Gemía, con el pecho palpitante
Y llorando de amor, Santa Teresa.

Cuando doy en pensar con beatitudes,
Las urselinas de Medún me cercan,
Y las veo en los largos corredores,
O del jardín frondoso en la arboleda,
Sin pudor, sin virtud, locas, ardientes,
Destrenzada la obscura cabellera,
Con los mórbidos brazos extendidos,
Con las jóvenes carnes descubiertas,
Llamando al brujo del placer obsceno,
Al duende tentador que las enfiebra,
Como Safo llamaba, entre sollozos,
Junto á la espuma de las ondas lésbicas,
Al que libó en sus rígidos pezones
Las mieles del panal de Citerea.

¡Oh sarcasmo! ¡oh misterio! ¡oh desventura!
¡Cuando vacilo más, cuando más terca
Mi negación suprime lo que flota
Sobre el limo viscoso de la tierra,
Mi frase es más azul, más persuasiva,
Abre las alas más y con más fuerza,
Como el sabiá, que herido mortalmente,
Por un instante se remonta, vuela
Y hace un esfuerzo, un doloroso esfuerzo,
Para volver á la nativa selva!
La santidad sublime de mi madre
A veces se levanta en mi conciencia,
Y de mis gemebundas negaciones
Con cariñosa indignación protesta.
Su juventud, — que se vistió de luto
Y que á la sombra de mi aroma espera
Unirse con el alma de su amado
Más allá de los últimos planetas,
Más allá de las nubes que en el fondo
De la extensión azul se balancean, —
Se me aparecè, triste y resignada,
Sobre los lienzos de una cuna huérfana,
En que el gurí sonríe cuando el canto
De su boca purísima le besa,

Y el tero grita en el ceibal purpúreo,
Donde sus salves el chingolo arpegia
Viendo temblar al pólen bajo el límpido
Chorro de plata de la luna llena.

Si alguna vez, cuando me vuelco en frases,
Mis dudas quieren desplumar quimeras,
La enlutada gentil surge soñando
De su huapoy bajo la sombra inmensa,
De aquel huapoy donde hay unas calandrias
Que á zurcir rimas musicales juegan,
Cuando la más flexible de mis juncias
Mece un casal de mariposas viejas.
Por la visión celeste conducido,
Remonto el mar sin fin de las ideas,
¡Y mi alma se transforma en duraznero
Cubriéndose de flores, que se aprietan
Como el fruto en la piña, y que de pronto,
Como aquel duque que sembraba perlas,
La tempestad de sus rosados cálices
Sobre la absorta muchedumbre sueltan!

¿Es una sugestión la que me impele
A no desesperar á los que esperan?

¡Si es una sugestión, que siempre dure!
¡Si es una sugestión, bendita sea!
¡A su influjo, mi espíritu es un nardo,
Mi sangre el sol de lo ideal incendia,
Y mis voces son gritos de aleluya,
Son clarinadas á la Vida Nueva!

¡Venid á mí los de las alas rotas!
¡Venid los que ignoráis que la caquexia,
Las úlceras, los mórbidos tubérculos
Y las manchas leoninas de la lepra,
Pueden trocarse en miel! ¡Yo, que vacilo,
Pongo luces de aurora en mis tinieblas,
Flotando sobre el mar de mis dolores,
Sobre el profundo mar de mis tristezas,
Como Jesús, el hijo de María,
Flotaba sobre el mar de Galilea!

También veo,—¡ay de mí!—sobre otros labios
La boca de coral de Magdalena.
El amor es un nombre que escribimos
En la orilla del agua. Cuando vuelvan
A ascender las espumas, de ese nombre,
Los verdes tumbos, borrarán las letras.

La que de amor temblaba entre tus brazos,
En otros brazos voluptuosa tiembla,
Sin que la imagen del amor que ha sido
En la pared proyecte la silueta
Del hombre que pasó. ¡Si está más muerto
El hombre aquel que la torcaza muerta,
Bajo un sudario de hojas amarillas,
En el rincón más hondo de la selva!

Noble fué mi ternura. Dije siempre
Que era, para mi amor, cárcel estrecha
El pecho en que su luz resplandecía
Como un rubí perdido en una cueva;
Pero mi amor, los muros ensanchando
Del calabozo en que cautivo sueña,
Llenó aquella prisión con lo más puro
De todas las socráticas esencias,
Abriéndose en mi pecho, á sus fulgores,
Del bien y la hermosura las diamelas,
Lo mismo que en la cárcel de las ostras
Florece el blanco nácar de las perlas.
Ninguno te amará como te amaba
El que tu altivo corazón desprecia,
¡Oh luminar del Norte! ¡oh jazminero
Del muro del Edén! ¡oh Magdalena!

Oh mi perdido amor, mi amor sublime,
Mi amor sin un adarme de torpeza,
Por tí me encumbro solitario como
El yaribá sobre las frondas nuestras.
Mi espíritu es un águila nacida
En los cubiles de Cabral. ¡Intrépida,
Subiendo por el aire y con los ojos
Hundidos en la luz, las nubes huella
Viendo á sus pies arroyos y peñascos,
Hendiduras y bosques y malezas;
Pero el ave ciclópea nunca sube
Hasta la fuente de la luz y queda
Como colgada entre los soles rubios
Y el verdor de las islas de Cabrera!

Mi ilusión fué cual grácil mariposa
Que el trigo maragato balancea:
¡Qué poco viven las de alitas de oro!
¡Las de las alas de crugiente seda!
¡Mi ilusión fué como zorzal nacido
Entre los frutos de la vid salteña,
Y que un perverso proyectil derriba
Sobre los ramos en que hierve el néctar!

¡Flor de tembetarí maldonadense,
Roja flor de la cumbre de la sierra
Donde el charrúa construyó sus túmulos
Amontonando piedra sobre piedra,
Como tú hermosa y como tú de un día
Fué la esperanza, la esperanza excelsa,
Con cuyas hojas perfumó el espejo
Azul de su vergel mi Magdalena!

¿Por qué, si lloro el nombre de su hermana,
María del Carmelo se presenta
Lo mismo que la tarde en que le dije
Por siempre adiós á mi voluble reina?
¿Será verdad que el mirlo de los montes
Y el jazmín que separa dos florestas,
Cuando se apareció en la galería,
Rezaron en mi espíritu: — ¡Contéplala!
¡No te engañes! ¡La viste del estero
Flotar sobre los juncos! ¡En la espléndida
Plenitud del estío y adornada
Con los capullos de tus rojas ceibas,
Se mecía en el ombú de la cuchilla
Cantando el canto de la Vida Nueva! —

Yo sé que muchas noches una sombra,
Que sus hábitos viste, me despierta
Para jurarme: — ¡Espérame! ¡Te digo
Que seré, allá de allá, tu Magdalena! —

CUARTA PARTE

CUARTA PARTE

I

La escala de Jacob

En los tiempos antiguos, en los tiempos lejanos,
Cuando un mundo perece, cuando un sol se desploma,
Cuando crujen las aras de los dioses paganos
Y el tramonto grisea las colinas de Roma;

Cuando todo claudica, cuando todo se vende,
El pudor en la carne, la virtud en la idea,
Y en la virgen más virgen lo lascivo se enciende
Si desnuda, en el baño, otra virgen perlea;

Cuando la oda se indigna y se indigna el idilio
Ante el lodo cesáreo y el desborde plebeyo,
Cuando gimen las musas de la edad de Virgilio
A los pies de las musas de la edad de Apuleyo;

Cuando un sol va surgiendo del chispeante rescoldo
De aquel sol que la tierra sacudida entró á saco;
Cuando aguza el cuchillo de las hordas de Haroldo
El fantasma purpúreo del viril Espartaco;

Cuando ya la ardorosa meretriz circundada
Dé columnas con perlas en su helénico plinto,
Noche á noche, en su frente, la flamígera espada
Ve que le hunden las sombras de Cartago y Corinto;

Cuando van los espíritus, que no adoran ni esperan,
Como un ibis sin ojos va de brumas en brumas,
En demanda de dioses, que no engañen ni mueran,
Desde Efeso á Antioquía, desde Ménfis á Cumas;

Cuando el alma de Roma, como un buque perdido
En las nieves glaciales del confín de lo nórdico,
El fanal de su culto, para siempre extinguido,
Busca en vano en las huecas discusiones del Pórtico;

Cuando ya la bacante, que hasta el júbilo hastía,
Cree más en el Chipre que en los untos de Hipócrates,
Y le dice á Pitágoras que su eterna armonía
Es un cuento más falso que el demonio de Sócrates;

Cuando el arte, una droga que no cura el fastidio;
Cuando el arte, un mochuelo que le teme al espacio;
Cuando el arte, que imita los primores de Ovidio,
Es el arte sin fines del retórico Estacio;

Cuando Roma sucumbe, una estrella que brilla
Mucho más que los ópalos de Nerón y Vitelio,
De montaña en montaña y de orilla en orilla
Enverdece los trigos del cristiano Evangelio.

¡Resplandor que las almas fortificas y escudas,
Como luz que en las sirtes pilotea los barcos,
Haz que aclare la noche sepulcral de mis dudas
Un prodigio de aquellos que refiere San Marcos!

¡Tu visión aparece! ¡Tu visión milagrosa!
¿Tu visión ó la suya? ¿Eres tú ó Magdalena?
¡Parecéis dos retratos de un pimpollo de rosa,
Dos capullos azules de la misma verbena!

Magda y tú sois dos frutos primorosos del seno
Que entre Magda y María repartió su hermosura;
Pero Magda es la adelfa del deleite terreno
Y María es el lirio del jardín de la Altura.

¡Eres tú! ¡Te descubren tus sentidos reclamos!
¡Es tu mística salve la oración que me falta!
¡Dí al que triunfa en la fiesta del domingo de Ramos
Que me trueque en insigne caballero de Malta!

—¡Un prodigio!... ¿Comprendes el fervor milagros
Cantan dulces tus labios de zorzal y de musa,
De los monjes que viven recogiendo al leproso
Que agoniza en las calles de la vieja Naplusa?

¡Un prodigio!... Tu duda, ponzoñosa y aleve,
Desconoce el prodigio, memorable y gallardo,
Con que oficia en las cumbres, coronadas de nieve,
El sayal de estameña que vistió San Bernardo.

¿Un prodigio me pides?... El prodigio sincero,
El prodigio glorioso, el prodigio radiante,
Te lo dan las angustias del primer misionero
Que la peste derriba bajo el sol de Levante.

Son prodigios que asombran las virtudes sencillas,
Las clemencias valientes, las bondades cristianas,
De aquellos que reprimen al blanco en las Antillas,
De aquellos que socorren al indio en las Guayanas.

¿Un prodigio me pides?... Los prodigios mejores
Son la fe y la esperanza del pastor temerario
Que en la cruz agoniza sobre aquellos verdores
Que festonan la inmensa soledad del Ontario.

El reptil de tus dudas, ¿testimonios desea?
Anteayer á una joven, bajo el traje que visto,
Ulceró las entrañas la brutal tifoidea
Junto á un lecho en que hacía los milagros de Cristo:

Yo, también, rompí en lloros; yo, también, he gustado
De la copa del huerto las agrísimas heces;
Y ante el ay de los pobres, ante el ay resignado
De las bestias de carga, vacilé muchas veces.

¡Ven á mí, varioloso! ¡Ven á mí, pecadora!
¡La emoción que me rinde, suplicante y vencida,
Ni en las manos me tiembla, ni en los ojos me llora,
Pero canta en mi pecho como fuente escondida!

De la sala de autopsia me espantó la crudeza,
Aterróme la frígida rigidez de la muerte,
Y rezando, rezando, adquiriré la firmeza
Que solloza hacia adentro. ¡La piedad es muy fuerte!

¿Un prodigio me pides?... Un prodigio es mi mano
Que acaricia las úlceras y se aroma en sus tufos;
¡Es mi fe la de aquellos que degüella Trajano!
¡Es mi fe la abnegada fe de Zósimo y Rufos!

¡Mi sayal es prodigio, que en las noches oscuras
Óleo vierte en las llagas, que azulea agonías,
Y que cubre al que vive sin saber de venturas
Con las alas del ángel protector de Tobías! —

Y prosigue cantándome la visión seductora,
El querube dulcísimo que mis dudas condena,
El flamenco rosado que sus alas colora
De los soles nacies en la luz de azucena:

—¡Jesucristo es la antorcha que relumbra encendida
Como un iris y un faro, sobre todos los mares!
¡Jesucristo es la música de la fuente escondida
En la noche de estrellas de unos viejos pinares!

Al soberbio calcina con sus frases de llama,
Prefiere el pobre al rico, el canceroso al sano
Y sonríe á las madres. — ¡Las madres son, exclama,
Higueras cuyos brotos anuncian el verano! —

¡Él va por las montañas, él va por los caminos,
Y donde el yuyo brota, donde la miés ondea,
Esparce, como gérmes, apólogos divinos
Que aún cantan las espumas del mar de Galilea!

¡Él abre sobre todos la curva de sus vuelos,
De su elocuencia triste las arrullantes galas,
Igual que una paloma que agrupa á sus hijuelos
Bajo el dosel de armiño de sus tendidas alas!

¡Sus ojos tienen toda la claridad del día,
Su voz es como un aura de cadenciosos giros
Y son, cuando perece sobre la cumbre fría,
Suspiros de clemencia sus últimos suspiros!

¡Bajo su veste lloran todos nuestros dolores,
Sus manos son más suaves que un cariñoso beso,
Y el mártir sin mancilla trató á los pecadores
Igual que al embrujado doliente de Geryeso!

¡Vuelve al pastor los ojos y con unción bendita
Del antro de la duda tu voluntad aparta!
¡Sumérgete en la lumbre de aquél que resucita
Al ya sepulto hermano de la llorosa Marta!

¡Si ansías encontrarme donde el amor no muere,
Sofoca, en mí pensando, tus dudas de precito!
¡Te juro que hasta el cóndor se esfuerza cuando quiere
Flotar sobre las cumbres y hundirse en lo Infinito!—

¡Y huyó, pero volando como una suave brisa,
Como las dulces notas de un delicado arpegio,
Dejándome en el alma la luz de la sonrisa
Que encontraréis en todos los niños de Corregio!

Por el dolor se asciende; por el dolor se alcanza;
Del dolor fluye á chorros el afán de lo justo;
El dolor es la vela, el faro es la esperanza,
Y la costa es un sueño compasivo y augusto.

Henchid la húmeda vela, resoplos de la vida;
Cercadla, tempestades, con vuestra luz fosfórica;
Y gritad, negaciones, á la nave rendida:
— ¡Lo tangible es la única certitud categórica! —

Lo triste tendrá siempre imantada fulgencia,
Y ensoñadores siempre serán los preferidos:
Jesús, en cuyo establo solloza la indigencia,
En torno de su cuna juntó á los afligidos.

¿No recordáis sus ansias y sus vacilaciones?
¿Su voz, en los olivos, no llora como un treno?
¡Tal vez hay más relumbres en nuestras negaciones
Que en las grandes certezas de Justino y Tatieno!

Vacila lo que sufre. Lo débil pide ayuda.
El concolor no niega. ¡Es un poder armado!
El águila bendice. ¡Es águila! La duda
Es propia de cordero y es propia del venado.

Visión, á la que espantan mis tristes negaciones,
Es mi piedad más honda, tal vez, de lo que piensas;
¡Mi Cristo no transita sembrando bendiciones!
¡Mi Cristo no reparte celestes recompensas!

Tu Cristo hacia las cimas del monte del futuro
Sube, sobre sus hombros, á la oveja extraviada;
¡Mi Cristo, que es un hombre desesperado y puro,
Quiere endiosar á toda la humanidad llagada!

No puedo acompañarte, por mucho que me acoses
Y mucho que me digas, por los azules llanos;
¡No sé si existen dioses, y convertir en dioses,
Benignos y dichosos, quisiera á los humanos!

El que ahuecó los dientes del áspid traicionero,
No ordenará que el buitре defienda á la paloma;
¡Yo lucho porque el lobo se apiade del cordero
Y en lirios se transformen las lacras de Sodoma!

Junto á Harán se detiene, ya lejos de Beetseba,
El Jacob de la Biblia, de caminar cansado;
La lumbre de la luna sobre los valles nieva;
Canta un himno á la noche la esquila de un ganado.

Aún hay, en el tramonto, matices de narciso;
Aún hay fosforescencias de grana en los pinares;
Aún hay, en el ambiente, perfumes de citiso
Y un verderón aún reza sus trémulos cantares.

Jacob se duerme y sueña. Ve, en sueños, una escala
Que en las nubes se oculta y en la tierra se apoya;
Esa escala se cimbra con balances de ala;
Esa escala despide resplandores de joya.

Los ángeles del cielo suben por la escalera,
Los ángeles del cielo por la escala descienden:
Cada uno con diamantes sembró su cabellera;
Las plumas de sus alas como ópalos esplenden.

La vida es la escalera que se oculta en las nubes,
Donde irradia la luna sus perleos más puros,
Y son las dos falanges de celestes querubes
Nuestros llores pasados, nuestros llores futuros.

Por el dolor se asciende hasta la última cumbre,
El dolor es la escala que se esconde en el cielo;
¡Por el dolor, te juro, que en la celeste lumbre
Me amarás como te amo, María del Carmelo!

II

El camino de Damasco

I

Con don Pedro Martí, que es abogado,
Juez de instrucción y noble caballero,
Visito el hospital. — Ya en mi bañado
Un tordo enamorado
Silba las pastorelas de Febrero.

El payador boyero,
Sobre el laurel posado,
Dice á la lumbre santa
El himno de su eglógica garganta,
La becacina cruza los yuyales
Y del perfume van las espirales
Tejiéndose en la flor de la oxiacanta.

Ya con púrpuras de ostro colorean
Nuestros tembetaríes sus vestidos;
Y en el molle negral, lleno de nidos,
Dos palomas azules ronronean.
Las espigas, granadas, se cimbrean
Con balance gentil. En la besona,
Lo que semilla fué revive en dones
Que madura la luz, y el sol corona
Con penachos de fuego á los gorriones.

Ya la garza mantuda
La orilla que dejó, temiendo al frío,
Desde la verde esplendidez saluda,
Y ya el sauzal, doblado sobre el río,
Perlea con aljófar de rocío.

Veo á mi madre, de virtudes llena,
Repartir gentilmente lo alcanzado
En el maizal, la chacra y la colmena,
Porque dar es el júbilo sagrado
De los que gozan con la dicha ajena.
Veo también, cuando la luz declina
Tras el añoso ombú de la colina,
Cómo á las casas vuelve Maldonado,
A quien, junto al fogón de la cocina,

Aguarda el rico mate preparado,
Con ruda y toronjil, por Marcelina.

Veo, en fin, por la falda de mi cerro,
A mi madre, seguida de su perro
Y sin orgullo de mundanos bienes,
Del tramonto bajar al dulce brillo,
Para decir al pie del espinillo:
— ¡Mi único y triste amor, aquí me tienes! —
Se hinca, reza y después, cuando ni asomo
Se ve ya de la lumbre tramontana,
Solloza sobre el muerto del aroma:
— ¡Mi único y santo amor, hasta mañana! —

Chozas de mis pastores,
Valéis más, mucho más que estos lugares,
Tan llenos de sollozos y dolores
Como nuestros junquíos cimbradores
Lo están de sol, de mirra y de cantares.

¡Oh aquéllos que me sois siempre queridos,
Vivid en paz bajo la luz amiga
Y en paz morid bajo el cerúleo ambiente
Que broncea las pajas de los nidos,
Que sazona los granos de la espiga
Y que azula el espejo de la fuente!

II

¡Un hospital de niños! — Me subleva
Ver á la aurora en cruz, y aquí la veo,
Pues la mitad de estos querubes lleva
 En su sangre la prueba
De las bajas nequicias del deseo.

Me explico y hasta excuso muchas cosas,
Pero este crimen, nó. — ¡Sobre las rosas
Esparcir lo que roe y desfigura!
¡Ser padre de unas placas cancerosas!
¡Ser padre de la muerte ó la locura!
Si en las regiones donde nace el día
Me ordenasen juzgar, puro de encono,
Al alma que sucumbe ó se extravía,
¡Yo, que todos los crímenes perdono,
Este crimen jamás perdonaría!

Abiertos ya los altos ventanales,
La luz de la mañana entra á raudales
En el recinto aquel. — Huele á tisana
Y huele á ácido fénico. — Coquetas,

En medio del salón, unas macetas
Sonríen á la luz de la mañana.

Como el ángel del sueño
Ya derramó su siembra de ilusiones,
Y vienen del jardín unas canciones
Tejidas por un pájaro pequeño,
Felices y olvidados
De la llaga, la venda y el quejido,
Los ojos ven, sin ver, el dulce nido
Que del jardín columpian los granados.

A cada lado del salón blanquean
Catorce lechos. — Cada lecho tiene
Un registro á sus pies. — Ensangrentados
Algunos algodones purpurean
Junto á un rostro infantil. — ¡Benditas sean
Todas las cunas de la edad que viene!
¡Oh Futuro, tu luz depuradora
Vigorice á los nardos de la aurora!
¡Álzate, Porvenir, y estos dolores,
Convierte en regocijos,
Reverdeciendo á todos los amores
En la sana hermosura de los hijos!

¡Oh venero de luz eterna y viva,
Que ningún vientre de mujer conciba
Un ángel triste y con las alas rotas!
¡Bandera del amor falso é impuro,
Te digo que en el asta donde flotas
Otra bandera cimbrará el Futuro!

III

Todo el brillo del día
Fulgura en el salón. — ¡Entra, oh sagrado
Reflejo de lo azul! ¡Que la alegría
Del oro y del carmín de mi bañado,
Llene la sala dolorosa y fría!

¿Fría? — Sí; poco importa que amanezca
Como un záfiro el cielo y que florezca,
Entre dalias y lises, el narciso:
Os juro que, sin trovas maternales,
Se enfrían de las cunas los pañales
Hasta bajo la luz del Paraíso.

Un chiquilín enfermo,
Sin madre que lo cuide, es espantoso;

La sombra de la mía, cuando duermo,
Vela constantemente mi reposo.
¿Comprendéis por qué hay algo en estas salas
De orfandad, de sorpresa y de reproche?
Los niños necesitan, por la noche,
Dormir entre las plumas de dos alas.
El ósculo letal de la tristeza,
El beso de los males de la vida,
Os juro que no roza la cabeza
Entre las blancas plumas escondida.
¡Si estos niños se mueren, con asombro
Se mueren al sentir que no los toma,
Con tierno afán, el brazo de aquel hombro
Que tiembla como un pecho de paloma!
¿Decís que aquí las pesadillas crecen?
¿Que aquí la noche angustia y acobarda?
¡Es que estos niños piensan que carecen,
Hasta al morirse, de ángel de la guarda!

¡Oh asombro! ¡oh maravilla! ¡oh sortilegio!
Por uno de los altos ventanales,
Entra una mariposa con su regio
Vestido de matices estivales.

Miradla en las macetas,

Con las alitas quietas,
Permanecer inmóvil un minuto;
Ahora vedla subir casi hasta el techo,
Y ahora vedla enseñar de lecho en lecho
Las listas de su clámide de luto.

Negras sus alas son; pero rayadas
De azul y carmesí. — Los pequeñitos
La ven volar con gula en las miradas,
Con un coro de risas y de gritos.
Una mano se tiende, muchas manos
Imitan el ansioso movimiento,
Y el joyel de tisú de los veranos
Recorre brillador el aposento.
Éste, de pie sobre la cama, espera
Y aquél sobre la cama se arrodilla;
¡Es gran triunfo rendir á la quimera
De sombra y fuego que en el aire brilla!

El más endeble, el menos esforzado,
Cáncer y tisis en connubio impío,
Contempla con arrobos de extasiado
A la joya con alas del estío.
El niño va á morir. — La cuidadora

Lo afirmó ayer. — Dormido le creyeron. —
Mañana no verá salir la aurora. —
Los padres le miraron y se fueron. —
¿Morir? — ¿Por qué? — ¡Cuando su luz riera
Esplendoroso, como nunca, el día! —
¿Si lograrse apresar á la que vuela? —
¡Entonces, sí, que no se moriría!

Próximo al triste, lo que brilla pasa;
Se hiergue valeroso y dolorido;
Rozan sus manos la luciente gasa
Y no apresan el fúlgido tejido.
Ya retorna el joyel. Desesperado,
Con angustias silbantes en el pecho,
Manotea el ambiente y cae doblado
Sobre uno de los bordes de su lecho.
En tanto un hilo de color de rosa
Sale de aquellos labios sin ventura,
Sube hasta el ventanal la mariposa
Y del jardín se pierde en la verdura.
¿Dónde está Dios? — ¡Bordando en los jardines
De allá de allá, con tucos y jazmines,
Muy brilladoras y pristinas galas,
Para los dolorosos serafines
Que vuelven con estiércol en las alas!

IV

¿No es así que tu labio me decía
Bajo la luz del día
En que un arcángel retornaba al cielo?
¡Tu hábito obscuro es resplandor de armiño,
Cuando besas á un niño
Con pústulas, María del Carmelo!

¡Sé, para mí, que vacilante dudo,
Como homérico escudo,
Con mirras de lo azul unge mi frasco,
Y alúmbrame con los fulgores rojos
Que rompieron la venda de los ojos
Del que cayó en la ruta de Damasco!

¡Tu dulce imagen llenará mi seno,
Oh mi musa de estrellas coronada,
Pero sin detenerte en tu camino,
Pues en el vaso de mi amor terreno,
Oh mi celeste y virgen desposada,
Pondré las flores de un amor divino!

¡No aromarán tus ósculos mi boca,
Ni manchará tu toca,
Diciendo que soy tuyo, el labio mío;
Ni cruzaremos juntos los ceibales,
Ni te canturrearán mis cardenales
En las ramas que tiemblan sobre el río!

¡Mística rosa de Sarón, mis remos,
En el juncal, inútilmente esperan
Sentir el dulce impulso de tus manos;
Nunca, bajo mi ombú, nos miraremos,
Ni junto a mí, cuando las tardes mueran,
Te encontrará la noche de mis llanos!

¡Zarcero de Senir, que tus capullos
Matizas sin orgullos
Al soplo arrullador de las alturas;
Incendio de azafranes y canelas,
Nube poliaromática que vuelas
Ignorando que todo lo saturas!

¡Viña de Baalhamón, en cuyo fruto
Encerró lo absoluto
La miel de la esperanza y del consuelo,

Tu hábito es como el traje del armiño
 Cuando besas á un niño
Con pústulas, María del Carmelo!...

V

Cruzamos el jardín. — El sol deslíe
Su luz sobre la joven, que suspira. —
¿Por qué, si me rechaza, me sonríe?
Si no me quiere ya, ¿por qué me mira? —

No he venido por tí; busco á la buena
Maga del hospital; en mi cercado,
De otro jagüel la música resuena;
¡Yo estoy de una paloma enamorado
Y tú no tienes alas, Magdalena!

El mirlo me conoce. Su gorjeo
Hace temblar de gozo á unas glicinas
Que besan, con muy suave balanceo,
Al escalón aquel donde aún la veo
Irradiando en las sombras vespertinas.

También sus marfilinos incensarios
Mueve la jazminera trepadora,

Y parecen trinarme los canarios:

— ¡No es la hora aún! ¡Ya llegará la hora!

El surtidor, las jaulas y las flores,
De la puesta á los cárdenos fulgores, —
Uniendo mirra y treno en babilónico
Connubio, — bordan un cantar de amores
Más ardiente que el himno salomónico.

Magdalena locuaz y yo anhelante,
Del surtidor al trémolo arpegiante,
Hablamos de las cosas sin sentido
Bajo las cuales bulle el pensamiento,
Como si fuese un pájaro escondido
En la hojarasca que amontona el viento.

El espacio es azul, suave la brisa
E himnea con ternura la fontana,
Que el crepúsculo irisa,
Cuando la joven finge una sonrisa
Al hablar del monjío de su hermana:
— Tuvo esa vocación desde pequeña;
Rezar mucho, hacer bien, vivir sin gozos;
¡María del Carmelo, cuando sueña,
Sueña que en risas cambia los sollozos! —

Sin notar que la astuta les tendía
Un lazo á mi pasión y á mi simpleza,
De la monja alabé la valentía,
La caridad, el celo y la belleza:
— ¡Tiene, dije, el encanto y la firmeza
Que santa hicieron á Isabel de Hungría! —

Heló, de pronto, el entusiasmo mío
Diciéndome con burla envenenada:
— Yo de las santidades desconfío;
También ella, á pesar de su monjío,
Si hablan de usted, se pone colorada. —

Quedéme, como un bronce, dos segundos
Con los ojos clavados en el suelo:
— ¡Cuando tu Dios se goza en poblar mundos,
Hace muy mal, María del Carmelo! —
Por respeto á su lengua y á tu toca,
Sofoqué la codicia, ardiente y loca,
De decirle que en sueños nos amamos,
Y de gritar, con mieles en la boca:
— ¡Viendo á un niño morir, nos desposamos! —

Sobre la escalinata, que sombrean
Fragantes las glicinas, —

Cuyos movibles flecos bermejean
Las últimas relumbres vespertinas,—

Miro surgir tu faz hechizadora,
Y en tanto que la fuente te saluda,
Combato, al contemplarte, con la duda
De si la luz, que el horizonte llora
Sobre la tarde ya de oros desnuda,
Es luz de anochecer ó es luz de aurora.

Tras un muy breve diálogo, tu hermana,
Con malicia mirándome, se aleja
Diciendo que se ve, desde la reja,
Mucho mejor la moribunda grana.

Voy á seguirla, un gesto me detiene,
Y como un canto de zorzal herido,
Que desde el fondo de tu pecho viene,
Suspiras con dolor: — ¡Todo lo he oído!
¡Váyase usted! ¡Le esperan sus ceibales!
¡Hay sueños que son pájaros sin nido! —

Quiero hablar, enloquezco, me confundo,
Y bajando los ojos celestiales
Donde hay angustias, pero angustias nobles,
Agregas: — ¡Los cariños de este mundo
Ya no son para mí! ¡Váyase, Robles! —

Llora el musgo, la fuente trinadora,
La enredadera, el mirlo, los rosales
Y el sabiá de tus labios: ¡todo llora!

Después, en la florida escalinata,
Con un suave ademán muestras el cielo,
La luna es una góndola de plata
Y el nudo, que me oprime, se desata
Con un : — ¡Adiós, María del Carmelo! —

EPÍLOGO

EPÍLOGO

Cita en la Eternidad

I

Ya recorrí los juncos del bañado;
Ya hablé con el ombú de la colina;
Ya están lejos las horas del pasado.

Todas las tardes, cuando el sol declina,
Bajo el aroma aquel, siempre bendito,
Lloro y oigo llorar á Marcelina.

Asoman lentamente en lo infinito
Las pálidas estrellas, y del tero
A la distancia repercute el grito.

Tres cruces, una más, la que más quiero,
La que más rica de luz, la más besada,
La que esparce más óleos de romero,

La que cubre la forma idolatrada
De mi madre dulcísima, negrean
Sobre el verdor que amustia mi pisada.

Los músicos chingolos me parlean
El adiós á la luz, y en el ramaje
Del membrillar los tucos centellean.

¡Hondas melancolías del paisaje
Entrevisto á las franjas del poniente,
A los oros del último celaje,

Envolved santamente, santamente,
La cruz que guarda á la gentil paloma
Cuyos labios aún siento en mi frente!

¡Flores que la impregnáis con vuestro aroma,
Decidla lo que yo decir no puedo
Con todos los arrullos de mi idioma!

¡La adoraron los tordos del viñedo,
Las corderas más blancas la adoraron
Y hasta el ñandú seguía la sin miedo!

¡Cuando sus dulces ojos se cerraron,
Pasó una nube obscureciendo el día
Y las calandrias del juncal lloraron!

Se fué con ella mi última alegría,
Como se va del huerto la fragancia
Cuando la luz canicular se enfría,

Y resurge más grande á la distancia
La ternura sin fin, la honda ternura
Que azuló el horizonte de mi infancia.

¡Ser bondad, ser clemencia, ser dulzura
Y convertirse en polvo! ¿Nada queda
De irradiador y eterno en tu hermosura?

¡Sí, madre, sí! Flotando en la arboleda
Las mieles de tu ser están tejiendo
El tisú rojo del ceibal de seda.

Eternamente vamos renaciendo,
La fragua universal alimentando
Y nuevos modos de sentir sintiendo.

La muerte va la vida elaborando,
Cambia la forma, lo exterior se muda
Y la vida sin fin sigue triunfando.

La muerte horrible, trágica, sañuda
Es algo personal; el yo concluye;
La muerte de nosotros nos desnuda;

Pero la vida de la muerte fluye,
Y el yo, lo individual, lo pasajero
En el eterno todo se diluye.

Hay algo tuyo, madre, en el parlero
Himno que dice al sol el gargantillo
Sobre las verdes galas del romero,

Y algo tuyo, tal vez, brilla en el brillo
Con que la luna pálida blanquea
El oro de la flor del espinillo.

Las hojas que el otoño amarillea
Volverán á vivir: no serán hojas
Ni entrarán con los vientos en pelea.

Sentirán otra especie de congojas
Sus átomos dispersos, al fundirse
De nuestro sol en las hornallas rojas.

¿Qué verán nuestros ojos, al dormirse
En el sueño mortal? ¿Ven los gusanos
Las alas de que van á revestirse?

Si hasta el lodo que infecta los pantanos
Cambia, madre, de forma y de destino,
¿Valdrán menos que el lodo los humanos?

Lo que hubo en tus virtudes de divino,
¿Se perderá en las sombras de la nada?
¿No volveré á encontrarte en mi camino?

¡Bajo otra forma, sí, madre adorada,
Cuando también, bajo una forma nueva,
Principie nuevamente mi jornada!

La vida yo no sé si es una prueba
O un galardón; pero la vida odiosa,
La vida que nos cansa y nos subleva,

Me figuro que surge más radiosa
Del crisol de la muerte. ¡Bien podría
El gusano cambiarse en mariposa,

La noche hacerse plenitud de día,
Convertirse el carbón en rutilante
Relampaguear de indiana orfebrería!

Así bajo otra forma, en la gigante
Sucesión de mis vidas, más rendido,
Más firme, más dichoso, más amante,

Triunfando de la muerte y del olvido,
En mi lóbrego mundo ó en tu cielo ,
¡He de obligarte á compartir el nido
Que te ofrecí, María del Carmelo!

II

Cruzo el valle y tu visión
Me sigue como un suspiro;
Los ojos cierro y te miro
Flotando en mi corazón.

¿Eres verdad ó ficción?
¿Eres castigo ó locura?
¡En la noche más obscura,
En la sombra más cerrada,
Lo dulce de tu mirada
Como una estrella fulgura!

Si no me puedes querer,
¿Por qué me miras así?
En las tardes de rubí,
Cuando empieza á anochecer,
Me hablan con voz de mujer
Los rumores de los nidos,
Y si cierro los oídos
Con las palmas de mis manos,
¡Me acarician más cercanos
Tus musicales gemidos!

¿Qué quieres? ¿Por qué me lloras
Tus ansias y tus dolores?
¡Déjame en paz con mis flores,
Mis trigos y mis totoras!
¿Por qué, dime, me enamoras?
¿Qué ganas con engañar?

Si no te puedo alcanzar,
Si no te puedo rendir,
¿Para qué hacerme sufrir
Llamándome sin cesar?

De niño, ya me seguías
Por la llana y el estero;
El mismo canto embustero
Que hoy me dices me decías.
En los juncos te mecías
Para saltar á mi bote,
Cuando de islote en islote
O de cañada en cañada
Iba tras una azulada
Floración de camalote.

Entonces te agradecí,
Lo mismo que á una hechicera,
Que tu dulce visión fuera
Siempre delante de mí;
En tí creía y viví
Delirando con tu amor,
Sin saber que es el dolor
Más grande de los dolores

Entregarse á unos amores
Que no pueden echar flor.

Refieren que el viajero,
Perdido en el arenal,
Sueña con el manantial
Refrescante y cancionero;
En vano busca un sendero,
Desesperado camina,
Y cuando el sol le asesina,
Cuando la sed le tortura,
Enloquece y se figura
Que la fuente está vecina.

Al fin rueda y al rodar
Ve y escucha, en su extravío,
Olas y rumor de río
Que tiene amplitud de mar;
Se arrastra, quiere tocar
Con sus labios la frescura
Del agua cantante y pura,
Del agua limpia y serena,
Y hunde su boca en la arena
Donde el sol hierve y fulgura.

Eres, oh sombra divina,
El espejismo traidor
Que finge mares de amor
A la sed que me asesina;
¡De tu boca purpurina
El amante ritornelo,
Esa música del cielo,
Ese canto de sirena,
Me hace sollozar de pena,
Mi María del Carmelo!

Cuando se enluta el mollar,
Mi monja triste y bendita,
Tu amante canto palpita
Bajo la noche lunar;
—¡Soy tuya!— dice el cantar
Sobre el verdor de las llanas,
Y en las tinieblas boscanas
Sube tu místico grito
Con rumbo hacia lo infinito
Como el son de las campanas.

—¡Allá de allá nos veremos,
Repite tu melodía,

Cuando tu forma y la mía
Por nuevas formas cambiemos!
¡En la muerte confiemos
Que morir es renacer,
Y para volverme á ver
Prométele á mi visión
Que no hay en tu corazón
Sitio para otra mujer! —

¡En el viento de las llanas
Tu perfume me sofoca,
Que el respiro de tu boca
Es como olor de manzanas!
¡Te esperaré mil mañanas
Sentado en la eternidad,
Hasta que llegue la edad
De la encarnación bendita
En que vengas á la cita
Que doy á tu santidad!

¡Eres mi huerto cerrado
Y eres mi fuente sellada,
Oh prometida adorada
De mi espíritu hechizado!

¡Rojo fruto de granado
Y panal lleno de miel,
Mi amor es eterno y fiel,
Mi amor es digno de tí,
Oh viñedo de Engadí,
Oh mi promesa de Joel!

III

Sueños de luz, que cuando muere el día
Tras los varales de la cumbre fría,
Con mallas de oro mi columpio hacéis,
¿Por qué volvéis á la memoria mía?
¿Por qué á mi herido corazón volvéis?

Dejadme en el ceibal, donde el estío
Pinta á la flor con tintes de carmín,
Junto á las garzas del cristal del río,
Donde la odiosa risa de mi tío
No susurra en el aire del jardín.

Dejadme quieto aquí, donde serena
Abre la luna su argentado tul;

Aquí donde mi voz, cuando resuena
Entre los juncos, de ternura buena
Hace que lllore el cardenal azul.

Mi dulcísimo edén, siempre bañado
Por un mar de corrientes de zafir,
¡Poco importan las penas que he llorado,
Las flores sin perfume del pasado
Y los días sin sol del porvenir!

¡Aquí me encontrarás, consoladora
Que siempre á los vencidos recogió;
Aquí me encontrarás porque aquí llora
Sobre mi sueño azul, la silbadora
Calandria que se cimbra en el timbó!

¡Aquí me encontrarás; aquí te espero;
Aquí aguardo tu golpe de segur,
Para cambiar mi traje de viajero
Y unirme para siempre á la que quiero
En donde brilla el ópalo del Sur!

FIN

ÍNDICE

ÍNDICE

	Pág
Dedicatoria	7
Como de costumbre	11

PRIMERA PARTE

I.— La narración empieza	21
II.— Avispas y mieses	41
III.— Antaño y ogaño	61
IV.— Junto al fogón	76
V.— Un cuento de Marcelina	79
VI.— Al compás de la lluvia	91
VII.— El jinete sin cabeza	95

SEGUNDA PARTE

I.— Los dioses lares	105
II.— En el corral	115
III.— Al son del arado	121
IV.— Idilio rojo	127
V.— En la noche callada	141
VI.— El padre	151
VII.— Me llevan á la ciudad	157

TERCERA PARTE

	Pág.
I.— En la ondina del Plata.....	169
II.— Visión de gloria	181
III.— Ceibos y Guayacanes	193
IV.— Sueños de amor	204
V.— Forma y esencia.....	217
VI.— Maris Stella.....	231
VII.— Allá de allá.....	243

CUARTA PARTE

I.— La escala de Jacob.....	255
II.— El camino de Damasco.....	267

EPÍLOGO

Cita en la eternidad.....	285
---------------------------	-----

863.69 R887J



a39001



008191994b

